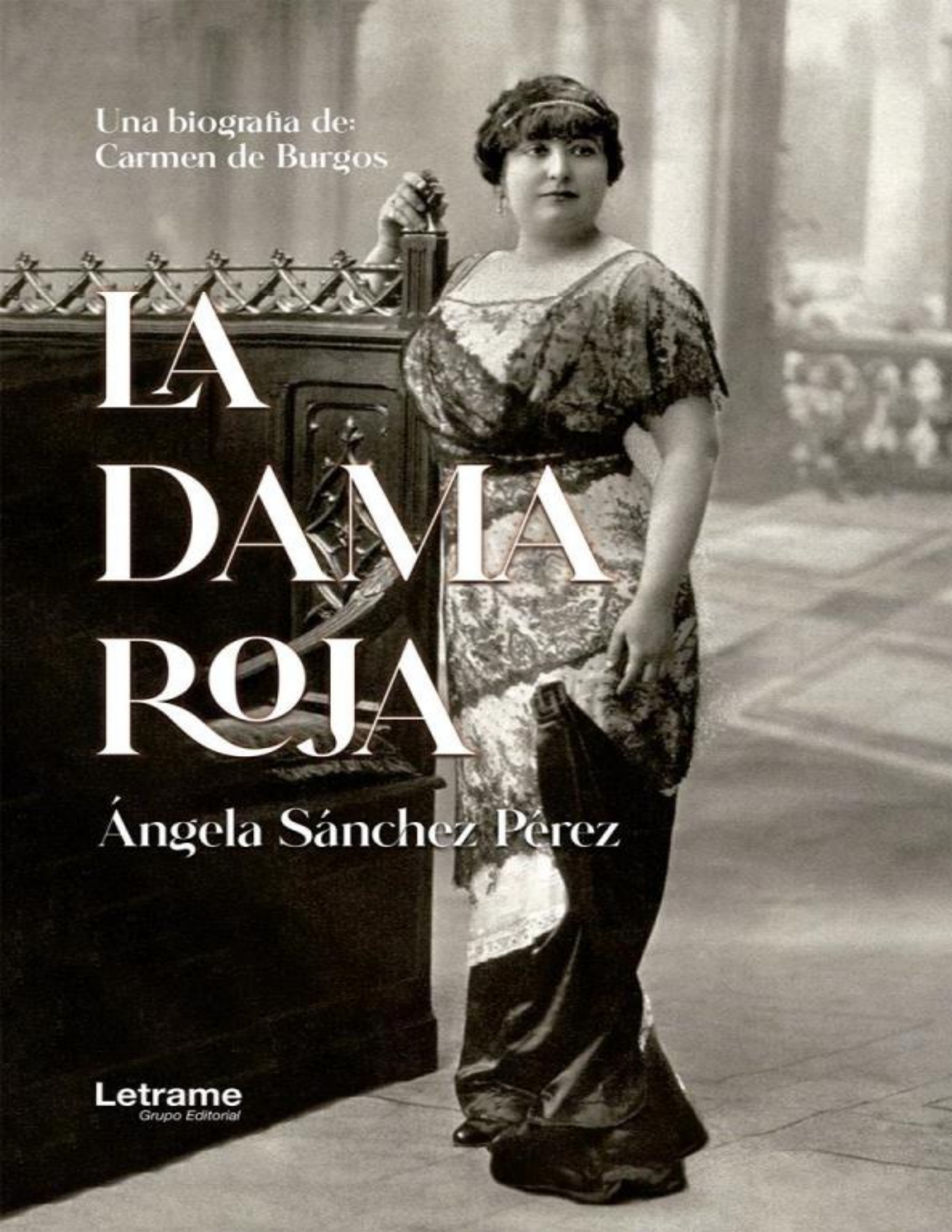


Una biografia de:
Carmen de Burgos

LA DAMA ROJA

Ángela Sánchez Pérez

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Ángela Sánchez Pérez

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Juan Muñoz Céspedes
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 978-84-1068-372-3

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Haciendo memoria

A modo de prólogo



A MODO DE PRÓLOGO

La palabra Rodalquilar despertó mi oído una mañana, a principios de los 80 del siglo pasado, en las Presillas Bajas. Pronunciarla hacía rodar la lengua por toda la boca, del paladar a los dientes, para quedar suspendida en el «qui» y reposar de nuevo en el cielo de la boca. Al atardecer, en una vieja Vespa, con mi amor de entonces y amigo de siempre, emprendimos el camino polvoriento que subía y pasaba por lo que hoy es el mirador de la Amatista, desde donde, después de contemplar la mar inmensa, descendimos hasta el valle circular que se escondía tras la palabra, recién por mí estrenada; y si la palabra había despertado mis oídos y mi lengua, el valle abrió todos los sentidos y quizá algún otro de los no catalogados.

Lo que teníamos ante nosotros era una estampa de otro tiempo, un pueblo minero abandonado, con sus casas intactas y, más arriba, la herrumbre de una mina de oro con sus lavaderos, su capilla y lo que había sido el consultorio médico de la misma. Pudimos fisgonear los numerosos expedientes médicos que habían quedado allí olvidados, porque si la mina dio prosperidad y trabajo a Rodalquilar, también fue la causante de que a este pueblo le llamaran «el pueblo de las viudas». Me hizo pensar en esa mujer toda enlutada que, con un sol de justicia, me había indicado desde la isleta cómo podría llegar a las Presillas, pues entonces no estaba señalizado en ningún sitio. Y me imaginé el valle lleno de viudas, negras figuras, contrastando con las fachadas blancas.

Todo eso pertenecía a otra franja de tiempo; descendimos al presente: poco más de una docena de casas, algunas todavía con techumbre de caña y alcatifa. El centro neurálgico del pueblo estaba en el barecillo, con todas las paredes tapizadas de llaveros y un hombre tras la barra. Le llamaban Trinidad; le siguen llamando Trinidad. Tabernero era la tapa estrella, un pisto estupendo.

Bajamos al playazo: unas cuantas ruinas a lo largo del camino y solo una nueva construcción un tanto ibicenca junto a la ermita. Me gustan las ruinas, no solo las de las antiguas e ilustres civilizaciones; cualquier ruina, por modesta que sea y anónimos sus moradores, despierta en mí curiosidad. El silencio de sus piedras —que no siempre es mudo— me invita a un recogimiento preñado de interrogantes.

Pero en ese «entre dos luces» que le dicen por aquí a la anochecida, mientras saltaba cual cabra por entre paredes medio caídas, puertas desvencijadas, clavos gitanos sueltos y chimeneas con el tiro intacto, tirando piedras a un pozo cegado por la maleza y el tiempo, no podía sospechar el tesoro que para mí guardaba el cortijo de La Unión.

Me sería revelado unos años más tarde por el escritor Rafael Lorente, pareja de otra escritora, Cristina Marystani, con quienes compartía amistad y editorial en Madrid y que habían conocido Rodalquilar una veintena de años antes que yo.

Continuamos hasta la orilla del agua bajo los guiños del faro de Mesa Roldán, entre Carboneras y Agua Amarga, nuestro refugio de temporadas en la década anterior y de donde procedíamos, avanzando o retrocediendo, huyendo de los primeros hoteles y turistas. A la derecha, desde la

arena, adentrándose en el valle, una hilera de palmeras altas. La claridad de la luna llena hizo visibles los contornos y la caldera del volcán que fuera este valle en otras eras.

Esa fue la impresión que fijó mi retina en este primer encuentro con Rodalquilar; una mirada global del mismo, sin apenas reparar en el trepar horizontal a ras de tierra de las alcaparras, el esparto, las chumberas y otras muchas plantas, flores y piedras de colores que más tarde iría descubriendo.

Pero a esa hora ya eran otros colores, los de los peces que nos llamaban desde el pequeño puerto de San José (todavía no deportivo) y desde donde salíamos a pescar a volantín con unos buenos pescadores; los hijos de una saga familiar de las Presillas (el último telegrafista, pero esa es otra historia) que a estas alturas ya es, también un poco o un mucho, mi familia.

Mi compañero me había mostrado buenos dibujos que había bosquejado las noches en que salió a pescar en las traíñas con los pescadores de la isleta antes de que yo llegara. Subimos en la vieja moto, atravesamos la rambla (no paramos en el barecillo), cogimos la tremenda curva y pasamos el pequeño puente sobre la rambla, donde la luna iluminaba los porches de las casas intactas y abandonadas de los mineros, colándose por las ventanas y alumbrándonos a nosotros (atrás habíamos dejado la torre de los Alumbres), porque la luz de la moto no funcionaba.

Todo parecía sobrenatural. Aún no había sido declarado parque natural por nadie; esas declaraciones institucionales que, una vez hechas, convierten a La naturaleza en parque artificial, focos de especulación y desmanes.

En el año 1988, por eso que nos parecen casualidades de la vida, me vi firmando un papel de compraventa de una pequeña casi ruina y del pozo al que había arrojado 8 piedrecillas a lo largo de 8 años, en una cortijada perteneciente al cortijo de la Unión, propiedad de Safarimar, de la que era socio Rafael Lorente. No pude responderle a la pregunta de si sabía quién había nacido o pasado su infancia en ese cortijo; siguiendo en la misma ignorancia cuando pronunció su nombre, a pesar de estar yo picada de letra, con un primer libro publicado y de ser una viciosa de la lectura. Se trataba de Carmen de Burgos.

—Pues también viajaba por el mundo como tú, con una hija a cuestas y, como a ti, le gustaba mucho montar a caballo y leer… Una rebelde y luchadora como tú.

—¿Eso soy yo?

Su extensa obra, literaria y periodística, había sido prohibida durante el franquismo por decreto ley, en el 39. Toda su lucha en tantos frentes: por el sufragio universal, el divorcio, la abolición de la pena de muerte, los derechos de las mujeres; secuestrada. No podía ser de otra forma, muriendo con un «¡viva la República!» en sus labios, mientras participaba en una mesa redonda del Círculo Radical Socialista en una disertación sobre educación sexual, cuando le dio un ataque al corazón. Al final de su intervención, todavía pudo decir: «Muero contenta porque muero republicana. ¡Viva la República!». Era el 8 de octubre de 1932.

Diez años más tarde, el 8 de mayo del 42, el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo recibe la denuncia para la persecución de Carmen de Burgos por pertenencia a la masonería. En el 44 y el 45 dictaron sentencia de 12 años y un día para su hermana, Catalina, y su hija, María, que ya se había ido a Argentina en 1934, donde falleció pocos años más tarde en un accidente automovilístico. Durante la guerra civil, su tía partió a Valencia con el Gobierno de la República en su condición de maestra y, en el 39, al exilio en Francia. Cuando regresó a España, se refugió en un convento y, casi al final de su vida, dieron con ella, pero respetaron su vejez y el hecho de que la logia Amor, que fundara su hermana Carmen en el 31 y de la que fuera gran maestre, había tenido corta vida.

Así entró Carmen en mi vida cincuenta y seis años después de su muerte y, desde entonces, no he dejado de buscar su rastro escrito en librerías de viejo de Madrid y cualquier provincia, o en la cuesta de Moyano, en bibliotecas y archivos; y en otros países.

A medida que las piedras de la ruina iban cayendo, yo iba levantando, libro a libro que iba encontrando en mi arqueología bibliográfica particular, un pedestal a esta mujer tan injustamente olvidada y no recuperada por los propios memorialistas. Este año, sin ir más lejos, entré en Granada, en lo que antes fuera la Normal (curiosamente, donde Carmen se graduara de maestra) a ver una exposición que, con el tema este de la memoria histórica, había hecho el Instituto Andaluz de la Mujer sobre el voto femenino; y a pesar de aparecer su rostro y corpulencia en muchas de las fotos, su nombre no se mencionaba.

Pero volvamos al año 88, que fue cuando Rafael Lorente me hablara de la tesis de una americana, Elizabeth Starcevic, del City College de Nueva York, pionera en los estudios sobre Colombine. Starcevic publicó con la editorial Cajal, de Almería, en el 76, *Carmen de Burgos, defensora de la mujer*.

En los años 80, todos los foráneos que frecuentábamos la zona, magnetizados quizá por sus fuerzas telúricas, pintores, escultores, músicos, escritores, poetas y aventureros, habíamos tenido la oportunidad de leer *Campos de Níjar*, pues con la llegada de los socialistas al poder, Juan Goytisolo pasó de ser *persona non grata* para el ayuntamiento de Níjar a su nombramiento como hijo predilecto.

Cuando publicó en el 60 *Campos de Níjar*, con gran éxito literario, el franquismo se molestó y el alcalde de Níjar llegó a increparle personalmente. No le gustaba el retrato que había hecho de lo que vio.

Campos de Níjar, un buen libro, más que de viajes de realismo social.

Juan Goytisolo llega a pie a Rodalquilar en el 56 y lo primero que le ofende es encontrar en un muro una pintada con el nombre de «Franco, Franco, Franco» que había dado la bienvenida al Generalísimo en su reciente viaje triunfal por la provincia, haciendo parada en la mina de oro. Su estupor se agrava cuando es invitado a la casa de un cacique y contempla que «en la pared hay una cartulina amarillenta con las banderas española, italiana y alemana y el retrato en colores de Salazar, Hitler, Mussolini y Franco» (Campos de Níjar, pág.102).

Rafael y Juan se habían conocido en París, cuando Goytisolo preparaba su viaje a Almería y acudió al consulado español, donde Rafael ostentaba el cargo de vicecónsul. En India, sería cónsul; el cónsul rojo le llamaban, por su afinidad con el PCE. Juan Goytisolo le contagió su pasión por Almería y Rafael se instaló en Mojácar en el año 60 y, más tarde, en Agua Amarga. En *En los reinos de Taifa*, Goytisolo le dedica unas páginas a Rafael y sus conspiraciones.

Carmen de Burgos, que siempre había denunciado la situación de abandono en que todos los gobiernos habían mantenido a Almería, considerándola la Cenerentola del reino (por la ópera bufa de Rossini), pasa el testigo a Goytisolo, quien nació en el 31, un año antes de que ella muriera.

El 17 de enero de 1966, a las 10 de la mañana, Rafael Lorente contempla, desde la terraza del Puntazo en Mojácar, la explosión de las bombas de Palomares. «A las explosiones siguió la aparición de una aureola color rojo anaranjado y la caída de un diluvio de despojos sobre todo el área de Almanzora hasta el mar». Acudió al lugar de los hechos, donde la población, aterrada, gritaba creyendo que era el fin del mundo. La prensa internacional acudió a Palomares y a Rafael como diplomático y testigo presencial de los hechos. *Le Monde* publicó el primer reportaje y a este le siguieron otros mientras la prensa española callaba.

Esto provocó que Fraga y el embajador de EE. UU. fueran a hacerse la foto, dándose un chapuzón en la playa de Quitapellejos, cercana a Palomares, para demostrar al mundo que las aguas no estaban contaminadas, a pesar de no haber encontrado todavía la bomba que había caído en el mar.

Mientras Fraga y el embajador de los Estados Unidos se hacían fotos en esas aguas, Rafael Lorente denunciaba en Europa y en el mundo la catástrofe y sus consecuencias y la impostura del régimen ante los hechos. No solo eso, también trajo expertos para que examinaran el terreno y midiesen el impacto radiactivo. Sus informes fueron silenciados. Por supuesto que su postura tuvo consecuencias, pero no sería hasta el 85 que *Libertarias* le publicara *Las bombas de Palomares. Ayer y hoy*.

Goytisolo volvió a ser declarada *persona non grata* cuando denunció las condiciones en que trabajaban los inmigrantes en los invernaderos de El Ejido. «Debo decir que, cuando me dan una medalla o un honor, dudo de mí mismo y, cuando me declaran *persona non grata*, sé que tengo razón». (Entrevista en la revista *Actualidad*, 2004).

Rafael Lorente muere en el 90 y el empeño de su compañera sentimental durante 24 años, Cristina Marystani, escritora, poeta y activista, dará lugar a la publicación póstuma del libro de Rafael Thalassa. *Memorias de una Almería insólita*, por el Instituto de Estudios Almerienses, en el 94.

Rafael, insólito, surrealista, poeta, soñador, conspirador, promotor, creador de mundos paralelos, batallador, chispeante conversador, aventurero, divertido, apasionado, un gran tipo, alto, siempre con gafas negras.

Enrique Tierno, del que fue alumno y amigo que le prologó su *Hombre boscoso*, decía de él que era un generador de energía. No puedo estar más de acuerdo, y eso que lo conocí al final de su vida.

Rafael escribió: «Soy el hombre que nunca existió», y Cristina le responde en *Contra la desmemoria*: «Fuimos compañeros en la lluvia y en el viento. Vagabundos de amor y de ilusiones, eternamente jóvenes».

En 1989 fue cuando tuve la oportunidad de leer por primera vez a nuestra autora. Se trataba de una recopilación de algunas de sus novelas cortas que había hecho la profesora, Concepción Núñez, acompañándola de una breve biografía y estudio de su obra. Le estoy muy agradecida; me dio claves para seguir buscando.

En mi próxima visita al valle, en cada ruina, peña, roca, desfiladero o cueva, yo iba situando las escenas de *El último contrabandista* y su ejército de colaboradores, descargando alijos, guardándolos, sacando del hambre imperante en su época a casi todos los habitantes, desde las Carihuelas hasta el Cabo de Gata (Ágata para los musulmanes). El arrojo de las mujeres en los lances amorosos, la extraña belleza rubia de Aurelia, con el antojo de una hoja de parra en el rostro, los carabineros muertos. El playazo lleno de naranjas y el pueblo entero enfrentándose a los carabineros en el naufragio del vapor Valencia en esa escena tan colorista, a pesar de ser trágica. Todos eran hechos reales, como ella nos confiesa, y se puede documentar que las personas fueron reales, antiguos habitantes de este valle, convertidos por ella en personajes y a quienes ha respetado hasta su nombre, en la creencia de que sus libros nunca llegarían hasta ese rincón perdido.

La prosa minuciosamente descriptiva de Carmen de Burgos, en sus novelas del ciclo de Rodalquilar, es un documento histórico-botánico-costumbrista del valle, un espacio en el que situó su primera novela larga en l909, *Los inadaptados*, habiendo publicado antes otra corta, *El*

tesoro del castillo, y también la última, *Clavel de puñales*, en el 31. Este fue uno de los libros que más me costó encontrar, del cual existen hechos alrededor de su eco que no dejan de sorprenderme. Por ejemplo, en una edición de *Bodas de sangre*, cuyos autores son Joseph Allen y Juan Caballero, Cátedra, 1985, realizan un estudio detallado sobre cómo se fue gestando en Lorca la tragedia, que parte de una noticia periodística que ocupó las páginas de todos los periódicos, el Crimen de Níjar, acaecido el 22 de julio de l928 y que dio lugar a *Bodas de sangre*.

Según cuenta la hispanista francesa, amiga y traductora de Lorca, Marcelle Auclair, el 25 de julio de ese año, Lorca charlaba con su amigo Ontañón en la residencia de estudiantes cuando entró otro amigo, Diego Burgos, quien lanzó un ejemplar del *ABC* sobre la mesa. Lorca lo recogió y exclamó al rato: «¡La prensa, qué maravilla! Leed esta noticia. ¡Es un drama difícil de inventar!».

Continúa diciendo que Lorca seguiría, con gran interés, los reportajes periodísticos de toda la semana. Quizá el reportaje más interesante fuese este diálogo imaginario publicado el día 26 en el *Heraldo* de Madrid:

—Conque te casas, ¿eh? —le dijo a modo de reproche.

—Sí, ¿qué quieres? Me caso —contestaría ella, sin poner, seguramente, mucho fuego, pero sí antes alguna tristeza resignada en sus palabras.

—Tú no te casas con ese hombre. No quiero yo. No quieres tú tampoco. Lo estoy leyendo en tus ojos. Casimiro no puede hacerte feliz porque… porque no, porque no te gusta.

—Pero es bueno, es honrado, es trabajador, y me quiere.

—Lo que quiere es el dinero de tu padre. ¿Cómo te voy a dejar yo que te cases con él si veo que no lo quieres, que me sigues queriendo a mí? ¿Recuerdas?

«Aunque este diálogo ciertamente perteneció a la categoría de *literatura*, no deja de llamar la atención aún hoy las semejanzas entre lo que se figuró el periodista del *Heraldo* y lo que el dramaturgo creó cinco años después en la máxima literatura que generaría el crimen». Esto dicen los autores del estudio.

La periodista se llamaba Carmen de Burgos, conocida también como Colombine, pseudónimo que le puso Augusto Suárez de Figueroa del *Diario Universal*, donde se inició en la profesión a principios del siglo XX, siendo la primera mujer redactora; pocos años más tarde, se incorporaría al *Heraldo* hasta su muerte. En el *Heraldo*, sería la primera mujer reportera de guerra, a los pies del Gurugú, en l909, hace más de un siglo.

Pero volvamos a *Puñal de claveles*, que debió germinar a partir de ese diálogo de esos reportajes y a raíz de ese crimen en el cortijo del Fraile, tan cercano al de La Unión, el de sus padres, y que se publicaría el 13 de noviembre de 1931, en Madrid, en *La Novela de Hoy*.

En septiembre de 1932, García Lorca llega de Granada a Madrid con sus *Bodas de sangre* y, según Auclair, después de hacer una lectura en casa de Martínez Nadal, realiza otra en El Cigarral de Dolores, la propiedad toledana del doctor Marañón.

Es posible que Lorca no hubiera leído *Puñal de claveles* (hecho extraño, si tanto se había documentado sobre el caso) que, casualmente, en los últimos párrafos dice que no es raro, en esos parajes, este tipo de sucesos, y que bodas que han sido preparadas con mucho contento acaban siendo bodas de sangre.

«No era raro en la comarca que un antiguo novio robase a la desposada en su boda en el momento supremo de ir a perderla ni que una boda preparada con alegría terminase con sangre» (*Puñal de claveles*. Carmen de Burgos. Instituto de Estudios Almerienses, pág. 101).

Colombine dejó la sangre al dramaturgo para que él hiciera la tragedia; ella se quedó con la

valentía del amor saltando por encima de las convenciones y la esperanza, en otra vida posible, para la mujer a través de la huida.

Puñal de claveles, esa novela corta publicada en 1931, adquiere a día de hoy valor de documento antropológico y responde a su afán de libertad y justicia para las mujeres. Su literatura es un vaso comunicante de su actividad como periodista y, al igual que en casi todas sus novelas, lleva un mensaje esperanzador para las mujeres, invitándolas a rebelarse, aplaudiendo que salten barreras convencionales que hacen que las familias casen a sus hijas pensando más en las tierras que se van a juntar que en el sentimiento amoroso entre los novios. A la novia, agasajada con buenos regalos de su prometido, lo que realmente le enciende la pasión es el fuerte perfume de los claveles rojo sangre de toro que, furtivamente, deja su enamorado en la ventana.

Lo curioso es que Lorca, según le contara una prima de Fuente Vaqueros a Agustín Penón (primer investigador de la muerte del poeta en el 55), había leído con ella en la prensa, hacía muchos años, del robo de una novia en Guadix que, a pesar de no haber habido crimen, los dejó muy impresionados. Eso quizás explique que fuera una cueva el escenario que eligió para sus *Bodas de sangre* (a pesar de ser poco verosímil que una familia de hacendados viviera en ese entorno), aunque la sangre la tuviera que importar de Almería, y con ella creó esa magnífica tragedia que todos conocemos . Debido al éxito que la obra tuvo, se hizo famoso el cortijo del Fraile, ese lúgubre cortijo que perteneció a un carlista, quien le adosó un cementerio y se fue trayendo todos sus muertos. Ningún criado lo aguantaba, menos el paciente Frasco, el padre de la novia, quien acabó heredando el cortijo al no poder soportar su propietario el vacío de esa sepultura que le esperaba en su propio cementerio. La novia, la Coja, como la llamaban por un mal golpe que su padre le diera, murió hace seis o siete años, soltera.

Según nos cuenta Ian Gibson, en la página 500 de *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*, publicada por Plaza y Janés en el 98:

Hacia finales de julio o principios de agosto del 32, Lorca regresó a la Huerta de San Vicente y se puso a escribir *Bodas de sangre*.

Lorca tuvo muy en cuenta la descripción, facilitada por el *Heraldo* de Madrid, de los preparativos para la que iba a ser una boda de postín, con baile, música y jolgorio hasta altas horas de la madrugada siguiente y con numerosos invitados. Pero no hubo ni boda ni fiesta. Solo muerte, desesperación y llanto. (pág. 502 a 505 de *Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca*. Ian Gibson).

Es casi seguro que Federico también leyera estas páginas de *Puñal de claveles*, publicado ocho meses antes:

La boda prometía ser un acontecimiento, un alarde de ostentación, con la que los nuevos ricos querían afianzar su prestigio de labradores acaudalados.

Todos los buhoneros que con sus arquillas sobre las burruchas o sobre las espaldas iban vendiendo telas, encajes y baratijas, acudieron a los cortijos de los novios y se hacían lenguas, contando las compras que les habían hecho. Se sabía que Antonio le había regalado a la novia un traje de olancete, otro de merino negro, un mantón de Manila y un collar de corales.

En cuanto Antonio se alejó un poco, José torció la rienda de su jaca y subió la ladera opuesta. […] Cruzó el arenal de la rambla, entre las lujuriosas adelfas y los rosales silvestres, y llegó a la tapia de Montano, la única finca cultivada como jardín de todo el contorno.

Estaba materialmente llena de claveles. Se apeó de la jaca, sacó la faca que llevaba entre la faja y comenzó a cortar flores sin hacer caso de los perros, los cuales ladraban desaforadamente,

transmitiendo el aviso de su presencia a los cortijos cercanos, cuyos perros ladraban también, en respuesta. […] Al llegar al aljibe, se apeó y dejó la jaca amarrada de una de las argollas cercanas al pilón.

Avanzó a pie en dirección al cortijo, donde lo recibieron los perros con caricias, como a un buen amigo.

Se orientó un momento y llegó al pie de la ventanilla de Pura. Estaba abierta y sobre ella se veía el gran puchero de barro que servía de búcaro al ramo de claveles, ya marchitos.

El llegó, se empinó, tomó el puchero, quitó el ramo y puso en su lugar el que traía.

Sin duda, Pura no dormía. Oyó el crujir de la cama bajo el peso del cuerpo. El ruido de levantarse y sintió cerca de él, en la ventana, a la que había llegado descalza, la voz de Pura, que preguntaba con más ansiedad que miedo:

—¿Quién anda ahí?

Era ella… Allí, cerca, blanca y desnuda, como había saltado del lecho. Se sintió sobrecogido de una angustia sin nombre.

La voz de la joven susurró de nuevo:

—¿Quién anda ahí? ¿Antonio?

Aquel nombre, en aquel momento, le produjo el efecto de un latigazo en la cara y, amparándose en la sombra, huyó como un forajido hacia el aljibe para buscar su jaca.

Entre tanto, Pura, con la ventana abierta, bebía con todo su ser aquella fragancia renovada de los claveles.

Había visto y conocido a José, o mejor, lo había adivinado. Era él quien le llevaba las flores. Ahora los claveles tenían un nombre, un rostro sin aliento. No era Antonio quien la hacía temblar de amor, era José el que la envolvía en su caricia con aquel perfume penetrante como un puñal que penetraba en su carne. (*Puñal de claveles*, pág. 63 y 88-90. Carmen de Burgos, Colombine. Instituto de Estudios Almerienses, 2009).

Esta es de las pocas novelas de las de Rodalquilar en la que Carmen cambia el nombre a los personajes; suponemos que por haberse hecho estos ya públicos en los periódicos.

Federico García Lorca los eliminó, otorgándolo únicamente al novio, Leonardo.

CRIADA.— Niña, hija, ¿qué te pasa? ¿Sientes dejar tu vida de reina? No pienses en cosas agrias. ¿Tienes motivos? Ninguno. Vamos a ver los regalos. *(Coge la caja)*.

NOVIA *(cogiéndola por las muñecas)*.— Suelta.

CRIADA.— ¡Ay, mujer!

NOVIA.— Suelta he dicho.

CRIADA.— Tienes más fuerza que un hombre.

NOVIA.— ¿No he hecho yo trabajos de hombre? ¡Ojalá fuera!

CRIADA.— ¡No hables así!

NOVIA.— Calla he dicho. Hablemos de otro asunto.

(La luz va desapareciendo de la escena. Pausa larga).

CRIADA.— ¿Sentiste anoche un caballo?

NOVIA.— ¿A qué hora?

CRIADA.— A las tres.

NOVIA.— Sería un caballo suelto de la manada.

CRIADA.— No. Llevaba jinete.

NOVIA.— ¿Por qué lo sabes?

CRIADA.— Porque lo vi. Estuvo parado en tu ventana. Me chocó mucho.

NOVIA.— ¿No sería mi novio? Algunas veces ha pasado a esas horas.
CRIADA.— No.
NOVIA.— ¿Tú lo viste?
CRIADA.— Sí.
NOVIA.— ¿Quién era?
CRIADA.— Era Leonardo.
NOVIA *(fuerte).*— ¡Mentira! ¡Mentira! ¿A qué viene aquí?
CRIADA.— Vino.
NOVIA.— ¡Cállate! ¡Maldita sea tu lengua!
(Se siente el ruido de un caballo).
CRIADA *(en la ventana).*— Mira, asómate. ¿Era?
NOVIA.— ¡Era!
TELÓN RÁPIDO
FIN DEL ACTO PRIMERO
(*Bodas de sangre*. Federico García Lorca. Pág. 54 a 58. Editores mexicanos unidos, 1985).

Sigamos con *Puñal de claveles*:

Llegó el día de la boda. José se apresuró a presentarse y, por más que quiso disimular, sus ojos buscaron a Pura. Ella lo miró un momento y los dos temblaron. […]

«¡Qué hermosa!», pensó él.

«¡Qué guapo!», se dijo ella.

Estaba en verdad interesante el muchacho, en contraste con el novio.

No muy alto, bien proporcionado, de un moreno rubianco, como tostado y trigal; con el cabello rizado y los ojos pardos, grandes y dulces, tenía una expresión franca y risueña que atraía.

Toda la tarde estuvo locuaz, excesivamente nervioso, causando la risa de cuantos lo oían con sus graciosas salidas.

—A ver cuándo te casas tú, que ya te llama la iglesia —dijo la tía Antonia.

—Yo no quiero hacer desgraciada a nadie —respondió él—. Tengo un carácter inquieto. Seguramente le daría disgustos a mi mujer.

—Eso es que no te has enamorado de veras.

—¡Quizá! Para yo enamorarme se necesitaría una cosa muy grande, muy extraordinaria y que me pillara de sopetón, sin lugar a pensarlo.

Pura se conservaba seria, indiferente, excesivamente fría. […] Ella misma no sabía lo que pasaba. Sentía abrasarse sus entrañas en una ansiedad desconocida. Todo su ser de virgen se estremecía de pasión no sentida, que despertaba con la boda, pero no para el novio: hubiera dado la vida entera por estrechar contra su pecho a José. Era como un suplicio tener cerca a Antonio. Se estremecía de repulsión al más leve contacto suyo, como si todo su ser protestara. Se sentía morir de angustia al pensar en que iba a pertenecerle; y aquel odio y aquella pasión nacían en la víspera de la boda, como un producto de la sensualidad que la preparación del casamiento y la entrega de la virgen al hombre había puesto en el ambiente.

—Quizá el perfume de los claveles estaba embrujado —pensaba con miedo—, o me ha dado algo para que lo quiera. ¡El olor de esos claveles ha sido para mí como una puñalada!

[…]

Pero, a pesar de las bromas, casi todos los hombres tardaron poco en dormirse. Se oían los ronquidos de Antonio, que había abusado un poco del peleón y del aguardiente del suegro.

Poco antes de las doce, se levantó José.

—¿Dónde vas? —preguntó entre sueños Antonio, que dormía en la cabecera de al lado.

—A dar el pienso a las bestias —respondió él.

—Iré contigo…

—No haces falta. Descansa.

—Gracias. ¡Voy a necesitar bien las fuerzas!

La torpe alusión encendió la ira de José.

Salió de la casa, fue a la cuadra y, en lugar de dar pienso a su caballo, lo aparejó.

—Es mejor que me vaya —se decía furioso—. No podré soportar ver que este animal se lleva a Pura. ¡Y pensar que soy yo, yo solo, quien se la ha entregado, por mi cobardía y mi idiotez!

Él había ido allí las primeras veces como amigo, y aunque reparó en la belleza de la muchacha, no había pensado nunca en ella hasta aquella tarde en que hablaron con el buhonero. Cuando ella rechazó las rosas porque ya estaba presa, cuando se dio cuenta de que había corrido la primera amonestación. El eslabón primero de la cadena que la separaba de él. Se preguntaba por qué no se había ido ya; pero ni él mismo sabía cómo vivía desde entonces.

—¡Está tan loca por mí como yo por ella! —se decía—. Pero ¿qué hacer?

[…]

Tenía que huir desesperado. Precisamente el domingo salía el barco de Almería para Orán. Todo era adelantar el viaje una semana. Caminando toda la noche podría llegar a tiempo.

—Me iré, me iré —decía con resolución desesperada—. Me iré; no volveré a verla. Me recomeré los hígados.

Y en el momento de irse lo invadía de nuevo el deseo loco de volverla a ver.

—¡La vez última!

Llevando la jaca de la brida se acercó a la ventana, que le pareció cerrada. Se detuvo indeciso y vio que solo estaba entornada y que se abría de par en par.

—¡Pura!

—¡Joseíyo!

—¿Me esperabas?

—¡Sí!

El apremio de tiempo excluía toda coquetería y recato.

—¿Dónde vas?

—¡Muy lejos! Para no verte en poder de otro o para no matarlo.

—¡No te vayas, José! ¡No me dejes! —imploró la voz de ella—. ¡Me moriría de pena!

—¿Me quieres?

—Más que a mi vida.

—¿Y te vas a casar?

—¡Qué remedio me queda!

—Puedes decir *no* al pie del altar. Para eso pregunta el cura.

—¿Y si me falta el valor? Es una cosa tan seria, delante de todos.

—Sí… ¡Pero piensa que no puedo vivir ya sin ti…!

—¡Ni yo quiero más que a ti en el mundo!

—¡Vente conmigo! —propuso él en una resolución súbita.

—¿Dónde?

—¡No sé…! ¡Lejos…! ¿Quieres?

—¡Yo! ¡No sé…! ¡No sé…!

—¡No hay tiempo que perder, Pura! Tenemos los minutos contados. Sí o no. ¡Para siempre!

—¡Voy contigo!

—¡Corre!

[…]

Sus brazos se enlazaron y un beso apasionado y largo selló los desposorios.

—No hay tiempo que perder.

La tomó en la grupa y espoleó la jaca.

[…]

Gozaban, sin saberlo, la voluptuosidad suprema de las uniones primitivas. La boda por rapto. Aquel deleite de los enamorados que en las tribus salvajes robaban a la esposa y escapaban con ella. Parecía más intenso así el placer de la conquista. Y la voluptuosidad de ellos era aún mayor, porque iba acompañada del sentimiento de peligro.

[…]

Si los encontraban en aquel país vengativo, la muerte del muchacho era cosa segura. No se podían detener; pero era preciso tratar con consideración al caballo, para poder hacer aquella jornada.

[…]

Iba ella a cuerpo, con sus collares y alhajas puestos, vestida ya con las ropas de novia y lavada y perfumada, con esa impudicia con que las familias preparan la entrega de la hija. La muchacha, excitada con los preparativos de la boda, viéndose hermosa ante el espejo, había oído el llamamiento de la Naturaleza que la inclinaba hacia el hombre joven, fuerte y hermoso, y le hacía huir del que le estaba destinado. Era una eclosión de juventud, de sensualidad suprema la que los había envuelto.

Y los dos corrían hacia la dicha, embriagados en el perfume del amanecer y en los olores a jabón y a colonia que emanaban las ropas de la muchacha mezclados con los efluvios de la carne morena y primaveral. Despiertos sus sentidos con el penetrante perfume de los claveles, obrando sobre sus nervios como una revelación. La clave de la pasión andaluza estaba en la sensualidad de los perfumes de su tierra.

[…]

Y avanzaban resistiendo el deseo inmenso de detenerse allí y no perder ni un instante de la pasión poderosa que los cegaba. Su sentimiento prendía en Pura y la iniciaba en la pasión desenfrenada y loca. (*Puñal de claveles*, págs. 98-100)

LEONARDO (*Bodas de sangre*): «Que yo no tengo la culpa, que la culpa es de la tierra y de ese olor que te sale de los pechos y las trenzas».

Carmen de Burgos los deja ahí, internándose en el campo para evitar encontrarse con algún conocido que denunciase su ruta, aunque la hora temprana hacía que los caminos estuvieran desiertos. «Solo las alondras, cantando a la aurora, y la música de violín de los grillos, interrumpían el silencio» (pág.101).

Y aquí ya llega Federico con la Luna y la Muerte conversando, en el acto tercero, cuadro primero.

(Es de noche. Grandes troncos húmedos. Ambiente oscuro. Se oyen dos violines).

LUNA.— ¿Quién se oculta? ¿Quién solloza
por la maleza del valle?
La luna deja un cuchillo
abandonado en el aire,
que siendo acecho de plomo

quiere ser dolor de sangre.
[…]
Pues esta noche tendrán
mis mejillas roja sangre.
[…]
MENDIGA *(la Muerte)*.— Esa luna se va, y ellos se acercan.
De aquí no pasan.
[…]
Aquí ha de ser, y pronto. Estoy cansada.

Por todo lo dicho y respetando el orden cronológico, creo que deberíamos hablar del *Puñal de claveles* de Lorca, no de Las *bodas de sangre* de Colombine, como dice Navarrete Galiano, en *Aproximación a la obra de una escritora comprometida* (Instituto de Estudios Almerienses, l996), y sin ánimo de ofender.

Esta novela de Carmen de Burgos rompió con la imagen de Rodalquilar como paraíso perdido, porque en ella no lo muestra como el paraíso perdido de su infancia, de sus otras novelas, sino como el paraíso abandonado en su juventud. Los paraísos infantiles no suelen ser aquellos de la adolescencia, que fue cuando ella huyó de allí de la forma que entonces se podía, vía matrimonial. A la joven de 15 años, despertando al amor y al deseo, no le entusiasmaban todas esas temporadas largas, especialmente en época de caza, cuando el patriarca, con toda su prole de 10 hijos —ella era la mayor— se trasladaba a Rodalquilar. Al paraíso ya le faltaba un Adán, y ese se quedaba en Almería. Era un apuesto treintañero, periodista, que le hacía versos; después, también tendría que huir de él, por razones menos poéticas. El mensaje que está dando en *Puñal de claveles* es que sí se pueden romper cadenas, que ella misma quebró el primer eslabón de todas las que después fue rompiendo, precisamente en ese lugar.

Pero retrocedamos en el tiempo, veamos lo que ella nos dice de su infancia en Rodalquilar en la revista *Prometeo* de Gómez de la Serna en 1909:

Me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las estribaciones de la cordillera de Sierra Nevada, a la orilla del mar, frente a la costa africana. En esta tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de leyes, y yo me hice mis propias leyes y me pasé sin Dios. Allí sentí la adoración al panteísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia a la mentira y los convencionalismos. Pasé a la adolescencia como hija de la natura, soñando con un libro en la mano a la orilla del mar o cruzando a galope las montañas.

De la libertad a las cadenas

El cortijo de La Unión era una propiedad de su joven madre, Nicasia Seguí, una campesina de Níjar que lo heredó poco antes de contraer matrimonio con su padre, José de Burgos, descendiente de una familia de rancio abolengo en la que uno de sus antepasados, caballero de los Reyes Católicos en el cerco de Fiñana, había sido recompensado con el castillo de Rodalquilar, que entonces era una rábita.

Cuando nuestra autora nace, en 1867, el valle está en plena efervescencia minera, especialmente el plomo y la plata, pero también cuarzo aurífero, hierro, cobre manganeso y cinc. Son explotaciones rudimentarias a las que se han lanzado febrilmente los agricultores en sus minifundios, con la esperanza de sacarle más provecho a la tierra abriéndole las entrañas que esperando pacientemente a que las estaciones la hicieran dar sus frutos, si la climatología lo permitía. Asimismo, D. José de Burgos solicitó concesiones de explotación para alguna mina que compró, hipotecando La Unión, que más tarde habría de malvender ante el fracaso de su empresa minera.

Este auge minero, casi artesanal, decaería a principios del siglo XX, quedando Rodalquilar casi abandonada, para resurgir de nuevo hacia 1915, a raíz del hallazgo de oro en estado libre en el cerro del Cinto. Acudieron grandes compañías extranjeras, con buenas instalaciones para su explotación, hasta la dictadura que, en 1943, haría que el Instituto Nacional de Industria fuera su promotor y se construyese el pueblo minero del que se habla al principio de este relato.

Otra de las actividades, desde antiguo, era el contrabando, que en algunos casos, como en tiempos de la II Guerra Mundial, confluiría con la minería. Los barcos que venían a cargar el oro no lo hacían de vacío; y no era oro todo lo que brillaba en sus bodegas cuando partían, que las armas también brillan.

El contrabando será la aventura que más espacio ocupe en la obra literaria del ciclo de Rodalquilar de Carmen de Burgos, convirtiendo en protagonista de una de ellas, *El último contrabandista*, a su abuelo paterno, al que no conoció, ya que, con 38 años, le descerrajaron 4 disparos de trabuco en la Puerta de los Perdones de la catedral. Iba del brazo de su abuela y con dos hijos de la mano. La autora mitifica a su abuelo y al contrabando por cuanto tiene de rebeldía, por saltarse las leyes, unas leyes que considera injustas. En los relatos que escuchaba en su infancia, el abuelo era presentado como el patriarca del valle, el protector que se ocupaba de sus necesidades. No les cobraba la renta cuando eran malas las cosechas. Era el dueño de una prestigiosa casa de comercio en Almería y, cuando viajaba a la Corte, se codeaba con miembros de las más altas esferas del poder.

La literatura oral, los relatos de los criados del cortijo alrededor del fuego de esa gran chimenea de campana mientras ellas hilaban y ellos trenzaban el esparto poblarían su imaginación con los personajes que luego desarrollaría en sus novelas, con naufragios, piratas, contrabandistas, buhoneros, crímenes, robos de novias y otros conocimientos ancestrales considerados supersticiones.

No asistió a ninguna escuela; fue autodidacta. La biblioteca paterna alimentó su intelecto y su jovencísima madre, que la alumbró con quince años —conocedora de las plantas y la vida campesina—, la llenó de vitalidad y le inculcó el amor a la naturaleza.

En el capítulo «Portugal», de su libro *Mis viajes por Europa*, nos confiesa cómo aprendió a leer en las páginas del *Journal do Comercio*, cuando su padre ya era vicecónsul de Portugal en Almería.

Tengo con este periódico una deuda romántica. Quizá le debo a él mi afición al periodismo, a la literatura y a los viajes. Yo aprendí a leer, espontáneamente, en la plana de ese *Journal*, que iba a perderse en las soledades de mi cortijo de Rodalquilar. La impresión de sus negritas, rotundas redondas y gruesas de sus letreros no se ha borrado aún. Junto a ellas había grabados siempre unos barcos… Sentía deseos de escaparme, de irme en aquellos barcos y, para enterarme de sus destinos, aprendí a juntar en castellano aquellas negritas portuguesas tan sugeridoras e inolvidables. «Pernambuco, Río de Janeiro, Santos, Oporto, Lisboa». Yo leía y releía sus nombres, los adivinaba por vocación, eran para mí lo que aún continúa siendo Bagdad.

Mientras ella se cría sana y libre en Rodalquilar, la situación de Almería es de pobreza y analfabetismo (90%), emigración y epidemias. En 1864, se crea la Cruz Roja de Almería para paliar una alarmante epidemia de cólera.

En cuanto a las comunicaciones, es una provincia casi aislada, más fácil de alcanzar por mar que por tierra o por raíles, aunque hasta 1868 no se finaliza el dique de poniente. Por mar llegaría la Gloriosa, solo una semana más tarde que se proclamara en Cádiz, en el vapor «Vigilante», a cuyo mando va el brigadier Palanca, que, con apoyo de la población, negociará y tomará pacíficamente el Gobierno. Formará la Junta Provisional Revolucionaria y, entre estos liberales que la firman, se encuentra D. Mariano Álvarez, periodista y escritor, editor de la revista *El Pensil* y propietario de una imprenta en la calle de las Tiendas, donde se imprimiría el Acta Revolucionaria.

D. Mariano Álvarez Bustos sería el suegro de nuestra autora. Catorce años más tarde y, con él, se iniciaría en el oficio del periodismo.

Este modesto ensayo trata de situar donde se merece a una mujer de entre siglos nacida en la segunda mitad del XIX y muerta en la primera del siglo XX. Luchó inquebrantablemente por los derechos de las mujeres españolas y, afortunadamente, murió antes de que cayera la II República, no viendo así cómo estos derechos adquiridos eran aplastados ni cómo fue su obra quemada en las hogueras franquistas y entregada al olvido su memoria.

Una chispa que sirva para encender la conciencia de las mujeres de hoy, para no dejar arrebatarnos, otra vez, los derechos adquiridos y para seguir luchando por los que nos faltan. Devolverle el prestigio que en vida le dieron su inteligencia, su talento, su valentía y su enorme capacidad de trabajo en España, en Europa y en América. Rescatar del olvido a alguien que siempre abogó por los olvidados y los oprimidos, resucitarla por la fuerza de su obra y de su vida, por la fuerza de ese libro que no pudo escribir, como ella dejó dicho. Unirnos a los deseos que su hija vierte en el diario *Universal*, un par de días después de la muerte de su madre, en agradecimiento por las muestras de pésame y cariño, de tantas personas y desde tantos lugares…

Ante la imposibilidad de contestar personalmente a un gran número de testimonios de pésame recibidos, todos ellos llenos de cariño, por la muerte de mi madre, ruego que en nombre de la madre de ella (de 80 años de edad), hermanos y mío propio, admitan todos los remitentes estas líneas como mensaje personal de profundo agradecimiento.

Únicamente me permitiré, como apostilla a mi antedicho reconocimiento, rogar a todas las

mujeres republicanas españolas que no olviden nunca la valentía y tesón con que mi querida madre luchó por la defensa de los derechos de todas y, como dijo el doctor Estellés al cubrir su tumba de flores amorosas, que cuando actúen y luchen se fortifiquen recordando las virtudes republicanas de Carmen de Burgos. (*El Liberal*, 12-X-1932).

El primer acto de rebeldía de Carmen se produjo a la edad de quince años, al casarse en contra de la voluntad paterna con Arturo Álvarez, el hijo del periodista, político republicano y escritor, D. Mariano. Su negativa no era por la juventud de la novia —a esa edad se casó su madre y un año menos tenía su propia esposa cuando contrajeron matrimonio—, tampoco por ideología. Nada personal con el novio. Su oposición se debía al hecho de pertenecer este a la familia implicada en el asesinato de su padre, D. José de Burgos Coronel, el mítico abuelo contrabandista de nuestra autora.

Debió de ser muy duro para ella contravenir el deseo paterno en aras del amor que la llevó a un matrimonio lleno de infortunio. Quizá por eso, no fue hasta 1923, un año más tarde de la muerte de su progenitor, cuando publicó estas experiencias en su novela, *La malcasada*.

Carmen fue gran lectora de los románticos y así era como entonces concebía el amor. El atractivo físico de Arturo, catorce años mayor que ella, los versos que le escribía, su pertenencia al mundo cultural y periodístico de la ciudad, hicieron que cayera rendida a sus pies.

El apremio y la rudeza con que la trató la noche de bodas sería su primer desencanto íntimo, al que seguirían todos los demás.

En *La malcasada* lo recrea: «No podía olvidar la sensación de miedo que sintió, el deseo de huir y cómo tuvo que replegarse y que esconderse en sí misma ante la ruda acometividad de su marido, que no se preocupó para nada de su pudor alarmado ni de su espíritu». Nos dice en boca de Dolores, la protagonista, siendo ella narradora en tercera persona.

En la tertulia literaria que ella crearía en Madrid, le confesaba a Cansinos Assens, según él nos cuenta en su *Novela de un literato*, lo siguiente: «Un señorito juerguista, un tenorio que me fascinó… Se pasaba la vida en tabernas y garitos… Yo lo soportaba todo porque lo quería…, lo creía un genio».

El padre de Arturo le había pasado su imprenta de la calle de las Tiendas y allí editaba él un semanario satírico que, por entonces, se llamaba *Almería Cómica*; en 1887 pasaría a llamarse *Almería Bufa* y, en 1897, *Almería Alegre*, hasta un año antes de su muerte en 1906 por unas fiebres repentinas y en absoluta soledad.

En una entrevista en la *Esfera*, el 24 de junio de 1922, dice Carmen de Burgos de él:

Ejercía un periodismo de índole poco envidiable. Tenía un periodiquito de esos para meterse con la gente con fines interesados… Se tiraba en la imprenta de mi suegro y no se publicaba más que el primer número del mes y el último… para justificar las subvenciones. En aquel periódico, para ayudar a sostener mi hogar, me vi precisada a trabajar de cajista; y como mi marido, esclavo de sus vicios, no se ocupaba del periódico más que para sacarle provecho, muchas veces, para poder componer original, me valía de la tijera y recortaba de otros periódicos; otras, redactaba yo unas cuartillas, y así fui adquiriendo el entrenamiento periodístico.

Al sufrimiento por la falta de entendimiento con su marido, sus ausencias nocturnas, su falta de asistencia a la imprenta, el alcohol y las infidelidades se unió el dolor de la pérdida de hijos. En aquella época, y en Almería especialmente, el índice de mortalidad infantil era altísimo. Murieron dos al poco tiempo de nacer, pero, sin duda, la pérdida que más la laceró fue la muerte del último, ya que pudo ejercer la maternidad durante ocho meses. En *Los inadaptados*, transfiere este dolor a su protagonista, que nunca hubiera alcanzado con la pluma tal grado de

emoción si la escritora no hubiera sentido ese desgarro dentro de ella misma.

De esa escena nos habla Gómez de la Serna en el prólogo a *Cartas sin destinatario* que Carmen de Burgos publicó con Sempere, en 1912:

Hasta que un día a Carmen se le murió un hijo en los brazos, sin saber que se le moría, porque, como tenía la fiebre, confió en aquel ardor, hasta que se lo quitaron de entre los brazos. Carmen, cuando sintió que se lo quitaban y por qué se lo quitaban, cerró los ojos presa de un ataque en la cabeza. Sin conocimiento, dándola por muerta todos, pasaron por ella algunos días. Cuando despertó, cuando «remitió» la muerte, era otra; es decir, era la misma, pero resuelta, llena de insubordinación, con un habla nueva y desatada, extraña a las cosas de alrededor, combativa y libertada.

Es posible que, en esos días de postración y catarsis, tomara la resolución de no quedarse lamentando su destino, sino de dar los pasos necesarios para cambiarlo, y así lo hizo, no solo contra la voluntad de su marido, también en medio de la maledicencia provinciana, tan acostumbrada a que la mujer no pusiera en tela de juicio el orden establecido. A fin de cuentas, los maridos eran como los melones, unos mejores y otros peores; entre los mejores estaban los que «pegaban lo normal». No es que su marido fuera la excepción en su comportamiento, es que ella era la excepcional y no estaba dispuesta a pasar por el aro, como todas, a sabiendas de los obstáculos y el vacío que le iban a imponer no solo los hombres, también las mujeres, con cuyas llamadas al «buen juicio», a veces la hacían dudar de sus propósitos y pensar que era ella la inadaptada, la exigente y romántica que no sabía acomodarse al gusto de su marido, al gusto por el maltrato.

Y ella, que creció haciéndose sus propias leyes, hubo de comprobar que estas, las leyes de los códigos eran absolutamente injustas con las mujeres, y ahí empezó su lucha contra el artículo 438 (especialmente) que decía que el hombre que matase a su esposa o a su *partenaire*, si se encontraba delito de adulterio, no iría a la cárcel, ya que estaba defendiendo «su honra». Si la finada era la esposa, podría heredar los bienes de esta. La adúltera siempre era ella; el adúltero no existía, pues en ellos la infidelidad, el ser mujeriegos, era considerado un símbolo de hombría. Con ese título, *El artículo 438*, publicaría una novela, cuya trama sitúa en Granada, en el Albayzín.

Su hábito a la lectura le dio la confianza suficiente para prepararse y adquirir, por libre, el título de maestra. Por la mañana atendía el periódico y por la noche estudiaba. En junio de 1895, se presentó en la Escuela Normal de Maestras de Granada, embarazada de cuatro meses de su hija María, para realizar las pruebas de reválida para maestras de Primera Enseñanza Elemental. Fue su primer escalón. Al año siguiente, ya era directora del Colegio Santa Teresa, que el ayuntamiento subvencionaba y estaba destinado a niñas pobres. En 1898, se gradúa en Granada como maestra de Primera Enseñanza Superior y en el 99, prepara unas oposiciones para proveer plazas de profesoras de Escuelas Normales de Maestras, que no sacaría en esa convocatoria, pero sí dos años más tarde.

En la *Memoria al Programa de Gramática, filología y literatura*, que presenta en esta primera convocatoria, muestra su gran preocupación por la educación de las mujeres; una herramienta que ella ha utilizado para romper sus cadenas matrimoniales, sabedora de que no hay otro camino hacia la emancipación más que conseguir la solvencia económica a través del trabajo.

Una de las cosas que preferentemente debe llamar la atención de la sociedad por su gran importancia y necesidad es la cultura y educación de la mujer, de la que dependen la civilización y el progreso de los pueblos. Ocuparse asiduamente de la educación de la mujer es ocuparse de la

regeneración y progreso de la humanidad: en la educación de la mujer está la solución a los problemas sociales que tanto nos afectan, pues como dice Rousseau: Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres; y el que desee hombres grandes y virtuosos que eduque a las mujeres en la grandeza y en la virtud».

A pesar de la naturaleza volcánica de esta mujer, como el origen volcánico del valle en el que creció, no tomaba decisiones drásticas; las meditaba y, ahora, ya tenía la llave, aunque modesta, del magisterio, que le abriría las puertas de su verdadera vocación: la literatura y el periodismo. Y, en aquellos finales del siglo XIX, decir literatura y decir periodismo era decir Madrid.

En cuanto a la literatura, ya había empezado a escribir sus primeros relatos y algunos poemas y cantares de los que luego no se sentiría demasiado orgullosa, pero a los que estaba agradecida, porque fue con ellos que se inició en lo que más tarde sería una fructífera obra literaria y periodística.

En 1900, publica *Ensayos literarios*, que dedica a su tío Agustín de Burgos, senador del Reino, que iba a ser su valedor en Madrid por las relaciones que mantenía en medios periodísticos. El tío sería otro escollo que salvar, pues la recibió demasiado cariñosamente, digamos, por lo que ella abandonó la casa de este, pero se hizo por su cuenta las cartas de presentación que él le iba a extender; requisito indispensable por aquel entonces para que alguien te recibiera. No obstante, ella llevaba su propia carta de presentación en esa amalgama de escritos que había reunido en *Ensayos literarios*, en el que se hace eco de la guerra del 98 con «El repatriado», cuando ese año España pierde Cuba, como Arturo la pierde a ella, y se traslada al piso principal con sus padres, en el mismo nº 12 del Paseo del Malecón, donde ellos tenían establecida la vivienda conyugal.

Es posible que la relación pública y notoria de su marido con la Calandria, una cantante, le facilitara llevar a cabo esa resolución, para la que llevaba años preparándose. También habla de ella en *La Malcasada*, con su nombre, Paca, la amante.

En esos ensayos estaba también el embrión de *La mujer moderna y sus derechos*, que en 1927 publicaría. En este ensayo corto, titulado *La educación de la mujer*, plasma ya todas las aspiraciones que ella proyecta para la mujer en el futuro.

Pues sí, un buen día dijo a su marido: ahí te quedas, me voy a vivir mi vida.

En 1901, obtuvo plaza en la Escuela Normal de Maestras de Guadalajara, pero ella ya había hecho sus incursiones en la vida madrileña, en círculos literarios y periodísticos, se había hecho socia de *El Ateneo* y había publicado algunos «Cantares y coplas» en *Madrid Cómico*, junto al «Palique» de Clarín. Publica *Notas del alma* en la imprenta de Fernando Fe, que también era librería.

Hasta 1902, que parte a Madrid con su hija, Arturo Álvarez parece que no se daba cuenta de que la cosa iba en serio. Desconcertado y lleno de furia, arremete contra ella en su *Almería Alegre*, el 23 de septiembre, con el título de «¡Maldición! Si por tu causa me encuentro / en el lecho del dolor / a pedacitos pequeños / eches hígado y pulmón».

El 17 de ese mismo mes, Carmen había solicitado del Ministerio un nombramiento en comisión de servicios para seguir un curso de pedagogía en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid. El 16 de octubre, en comunicado del subsecretario al rector de la Universidad Central, es autorizada a residir en Madrid para ampliar estudios.

Feminismo y periodismo



I.

FEMINISMO Y PERIODISMO

Carmen de Burgos llega a Madrid estrenando el siglo, en 1901, recién caído el Imperio español tras el desastre del 98 con la pérdida de las últimas colonias en la guerra contra Estados Unidos. En esta pérdida, había tenido la prensa española bastante implicación, por la arrogancia del viejo Imperio que desprecia al Imperio nuevo, presumiendo de una fragata casi inexistente y dando pistas al enemigo de los movimientos de esta, quizás porque creían que no entrarían en la guerra. Hasta el hundimiento del Maine, en el puerto de la Habana —que hay quien mantiene que fueron los propios americanos quienes lo hundieron—, España no prestó atención a las fuerzas independentistas de José Martí en Cuba (a quien una bala española mataría, derribándolo de su caballo). Manejada la isla por una oligarquía esclavista en un país que era el primer productor de azúcar y asfixiada por los altos aranceles de la metrópolis, Estados Unidos se prestó a «ayudar» por razones económicas y geoestratégicas, creando un protectorado que le abrió las puertas al Caribe y al patio trasero de Centroamérica, con Puerto Rico y la isla de Guam de regalo.

Era preciso regenerar España política y educacionalmente y europeizarla. Ramiro de Maeztu ha publicado en l899 *Hacia otra España*, rechazando el idealismo trasnochado. Este modernista del siglo XIX, rebelde e inconformista, publicaría cuando se hizo hipernacionalista y ultracatólico, treinta años más tarde, *Defensa de la Hispanidad*, un catecismo con toda la ideología franquista que publicaría en el 34, dedicado al marqués de Luca de Tena, director del *ABC*.

Estos conatos de modernidad son de las élites cultivadas y urbanas, pues la sociedad española en ese momento es, esencialmente, rural; un mundo rural de latifundios, especialmente en el sur, cultivados por una enorme masa de jornaleros casi en régimen de esclavitud. En Castilla, además de los terratenientes, existe el campesinado pobre; pequeños minifundistas que, sin tener mejores condiciones económicas, por ser poseedores de un pedazo de tierra son más conservadores que el jornalero, frente al que se siente superior.

Las proclamas de Felipe Trigo respecto al amor libre en sus novelas eróticas (entonces sicalípticas) o la celebración de la moda del pelo corto en las mujeres y las melenas en los hombres forman parte de las normas de conductas liberales que chocan todavía con la misoginia de muchos escritores y, por supuesto, con una sociedad en la que se dan crímenes pasionales y en la que, amparados en el código de honor, se retan en duelo diputados o periodistas por un «quítame allá esas injurias». Por otra parte, los obreros se están organizando por su cuenta, cultivándose ellos mismos, colaborando incluso en algunas publicaciones libertarias —algo que molesta a los representantes oficiales del pensamiento—. La *Revista Blanca* ha sido fundada por los anarquistas Urales y Soledad Gustavo, que es la directora. Aunque también escriben en ella intelectuales de primera fila.

Políticamente, en mayo de 1902, sube al trono Alfonso XIII al alcanzar la edad de dieciséis años. A la extrema juventud del monarca se une la avanzada edad de los dirigentes, los atentados

anarquistas (Morral haría uno fallido a causa del cableado, que desvió la trayectoria del ramo de flores con granada dentro y dirigido a la carroza de los Reyes el día de su boda, matando a unos cuantos civiles), las huelgas generales, el rechazo al sistema electoral por parte de los intelectuales y el recuerdo de la pérdida de las colonias en 1898, apuntando al fracaso de la política. Aunque Clarín diga que la pérdida de las colonias no se ha debido al idealismo, sino a la picaresca.

Liberales y conservadores se suceden en un baile constante en el gobierno, producto de las luchas internas de los partidos. En 1903, la muerte del liberal Sagasta abre nuevas pugnas y, ya un año antes, Canalejas ha dejado las filas del Partido Liberal en su lucha contra los privilegios de la Iglesia y la implantación de reformas sociales y económicas en favor de las clases populares; lucha orquestada desde Valencia por Blasco Ibáñez. También el conservador Maura entiende que la reforma del sistema es inevitable.

En medio de este clima político y social comienza nuestra autora sus colaboraciones en *El Globo*, *La Correspondencia de España* o el *ABC*, con artículos dirigidos a mujeres; se llama la sección «Notas femeninas», de ahí que los escritores contemporáneos la mirasen por encima del hombro, como ignorando que esa era la única puerta que ellos, los hombres, le abrían en los periódicos. Pero ella la aprovechó desde el principio, dándoles una de cal y otra de arena; sabiendo además que ellos no las leerían, alternaba títulos como «El uso de los perfumes» con «La mujer y el sufragio» o «La inspección de las fábricas de obreras», donde da noticia de las actividades feministas europeas y americanas, pero cuidándose mucho de no pronunciar la palabra *feminismo*, sabedora de que en este país se teme más a las palabras que a su contenido, que a veces se desconoce. Las sufragistas, las feministas, son consideradas entonces, hasta por los más ilustres escritores de la época, marimachos.

Resultado de estas primeras colaboraciones es su fichaje para el *Diario Universal*, donde será bautizada como Colombine y le asignarán una columna diaria: «Lecturas para la mujer». Colombine, quizás por el personaje de la comedia del arte, que nace en el siglo XVI en Italia y donde actúan mujeres y sin máscara, en contra del teatro inglés, donde los personajes femeninos los interpretan hombres travestidos. Colombine es una sensata criada de Innamorata, que porta un tamborcillo para ahuyentar a su moscón Pantaleone y le consigue el afecto de su verdadero amor, Arlequino. Mucho del aspecto físico de Colombine, aunque no la indumentaria, tiene la caricatura de Carmen de Burgos que dibuja Atiza para su primera novela corta, *El tesoro del castillo*, publicada en la colección de Zamacois, en l907.

Desde esta trinchera del *Universal* empieza Colombine su labor educadora de las españolas, pues su feminismo no se basa en seguir los esquemas del machismo para continuar enfrentando a los géneros en un «quitate tú pa ponerme yo», sino que tiene muy claro que, para alcanzar la igualdad de la mujer, son necesarias dos premisas: el acceso de estas a la educación y la solvencia económica a través del trabajo. No hay otro camino. Ahí sigue alternando sus artículos sobre «Cómo servir el té» o el «Cuidado de las manos», con «La igualdad de la mujer en Rusia» o «Las obreras de modista», a cuyos centros acude para «aconsejarlas que verifiquen su unión para estudiar las actuales condiciones y mejorarlas dentro del derecho, la moral y la familia». Al igual que combina «Sombreros y peinados» con textos de conferencias de las feministas francesas a favor del derecho de sufragio en la mujer y de la educación laica, integral e idéntica para los dos sexos. Informa, pero no aplaude; y previamente lanza acertadamente alguna llamada de comedimiento para que no le paren los pies. También desde La Unión Iberoamericana promueve la creación de escuelas de agricultura para mujeres; de colonias infantiles, basándose

en el modelo francés.

Escribe sobre las mujeres en la masonería desde la fundación de esta en 1725. Ella misma fundó años más tarde y fue gran maestre de una de las logias masónicas en Madrid, la logia Amor.

No deja de ponerles modelos de mujer a sus lectoras, como Clemencia Roger: la autora de *El dinamismo de los átomos*, traductora de Darwin, la que consagró toda su vida al estudio de la ciencia. Y de otras muchas.

Pero estas ideas sobre la mujer ya las traía ella de Almería. Se puede comprobar cuando se examina «por libre» y embarazada en la Escuela Normal de Granada y se leen las siguientes palabras en su *Memoria* para las oposiciones: «Una de las cosas que, preferentemente, debe llamar la atención de la sociedad, por su gran importancia y necesidad, es la cultura y educación de la mujer, de la que dependen la civilización y progreso de los pueblos»; y cita a Rousseau: «Los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres, y el que desee hombres grandes y virtuosos, que eduque a las mujeres en la grandeza y la virtud».

Paralelamente, va publicando en Sempere y Sopena, de Valencia y Barcelona, lo que Concepción Núñez llama *Manuales de uso práctico*. No los he leído todos, pero sí algunos; *La mujer jardinero*, por ejemplo, es un tratado de botánica y jardinería y la relación del ser humano con ellas, que no tiene desperdicio. En *Salud y belleza*, empieza por definir el término *belleza* según pueblos, culturas y épocas, recurriendo también a los filósofos y escritores clásicos en sus distintas definiciones. No se trata de un recetario de belleza al uso, aunque también dé consejos de higiene, alimentación y sistema anímico para conservarla. Es la exposición de una erudita bien documentada.

Alguno de estos manuales, aunque no expuestos al público, los he encontrado en los sótanos de alguna biblioteca pública, como uno de cocina de 393 páginas, publicado por Sopena, sin fecha —algo habitual en algunas ediciones— y cuyo título es *¿Quiere Vd. comer bien?* Este no es solamente un recetario de cocina, repostería, cócteles (entre ellos el Colombine), mermeladas, postres, etc., sino que va acompañado de consejos sobre los materiales no tóxicos que hay que utilizar para cocinar los alimentos o sobre cómo poner la mesa, todo profusamente ilustrado. En su encabezado reza: «No alimenta lo que se come sino lo que se digiere».

Y desde esa modesta columna del *Diario Universal*, Colombine lanza una encuesta sobre el divorcio en 1904 (que le acarreará el apodo de la Divorciadora o Divorcista), sobre la necesidad de la creación de una ley de divorcio en España, como ya la había creado en Francia el político Alfredo Naquet, a quien la autora conocía. Dentro de los encuestados se encuentran escritores de la talla de Azorín, Baroja o Unamuno. Otros declinaron su opinión, como Pardo Bazán, que, pese a haber tenido un matrimonio complicado, dice no estar bastante informada para opinar. Maura, presidente del Gobierno en aquel momento, no sabe, no contesta, porque todo el tiempo se lo lleva el gobernar o dejar de hacerlo. A don Miguel de Unamuno le tiene sin cuidado; él prefiere el amor libre, aunque esté unido en matrimonio. Baroja dice que sí, como a todo lo que sea romper leyes inamovibles. Galdós no le contesta, pero luego tuvo su amistad e intercambiaron correspondencia.

Ahí estaban sus enemigos de *El Siglo Futuro* el 6 de abril de 1904: «Dentro de poco podrá ofrecer el conde de Romanones, junto con sus reformas de enseñanza (digámoslo así), la reforma del matrimonio; inscribiéndolo como punto cardinal de su pendón (que jamás estuvo mejor aplicada la palabra)».

La polvareda ya estaba levantada. La parte más reaccionaria de la sociedad y, por supuesto, la

Iglesia, se llevaron las manos a la cabeza y, desde ahí, empezaron los ataques hacia Colombine, que no hacía otra cosa que plasmar con cartas de los lectores el pensamiento y deseo de otro sector de la sociedad. Pero estas opiniones parece que no siguieron publicándose, si bien la autora las recogió en un libro, ya que, según ella, eran estos los primeros pasos, la semilla de progreso lanzada al viento que un día germinaría.

De momento, lo que había nacido era su popularidad, con seguidores y detractores de sus ideas, que inventaban cualquier barbaridad para difamarla o por puro miedo del valor de esta; en algunos casos, por requerimientos amorosos no correspondidos por ella (era una mujer bella, para los cánones de belleza de la época, y esto molesta más si va unido a la inteligencia). Tenía tantos frentes que defender que no iba a ponerse a hacer desmentidos sobre todas las falsas acusaciones vertidas sobre ella, así que utilizó un método catártico: abofeteó al redactor jefe de *El Siglo Futuro*, un periódico de derechas, por no dejarla entrar a ver al director, a quien luego, según Anja Louis (*Página Abierta*, febrero 2003), escribiría una carta amenazándolo con ir armada con una zapatilla y correrlo a zapatillazos si no se retractaba. Este temple tenía la almeriense cuando le tocaban los ovarios. Y se retractó. Sus colegas hombres se mandaban los padrinos.

No sabemos si estaba al corriente de las mordaces e hirientes críticas que en prosa y en verso le escribía su marido, desde l902, en *Almería Alegre*, a través de su columna, «El feminismo», dedicándole más tiempo que el que probablemente le había dedicado en sus años de matrimonio. Él moriría muy solo, como escribiera su padre, cuatro años más tarde.

Allí viaja ella como corresponsal para el *Diario Universal* con motivo de la visita de Alfonso XIII, donde es acogida calurosamente por sus paisanos y colegas de *El Regional*: «Saludemos a Colombine con el afecto que merece como periodista que honra a la clase y como almeriense que, en el cultivo de las letras, enaltece al pueblo».

Ahora la aplauden, pero cuando salió de Almería con su hija dejando a su marido que le pegaba «lo normal», como decían entonces, fue vilipendiada.

Aprovecha Carmen, en sus crónicas del *Universal*, para hacer una crítica del abandono que esta ciudad padece por parte de los gobernantes. En *La Crónica Meridional*, dice el 27 de abril: «Esta desventurada región, rica, inmensamente rica en dones naturales, con sus suelos llenos de metales…, por la que menos hicieron todos los gobernantes…, fue siempre la Cenerentola…, la última en conocer el ferrocarril».

Ya en Madrid comienza su lucha por la reforma del código penal español, tan injusto con las mujeres, y por la mejora de la Ley de Protección de la Infancia, en un momento en que la mortalidad infantil era escalofriante.

También es desde el *Universal* que lanza su primera columna contra la pena de muerte. Esto no le impide publicar un moderno tratado de labores que es premiado por Instrucción Pública y la Real Academia de Bellas Artes, elogiado en la revista *Alhambra* de Granada, en estos términos: «La distinguida escritora andaluza, Carmen de Burgos, ha demostrado a los detractores de la cultura feminista que se puede escribir y pensar y estudiar y saber, sin que la mujer sea una pedante y olvide los trabajos propios de su sexo». La misma buena suerte corrió su otra publicación de entonces, *La protección y la higiene de los niños*.

Publica *El divorcio en España* en Madrid en la editorial Vda. de González Sierra, que contiene todas esas cartas con las que le han respondido, o no, sus entrevistados. En alguna ocasión, Carmen elogió a esta señora que se puso al frente de la editorial cuando murió su marido.

En 1904, también se inicia como traductora con *El milagro* de Helen Keller, la niña ciega,

sorda y muda que, gracias a la labor pedagógica de su maestra, logra alcanzar el éxito en sus estudios. Ha conocido esta obra en el Colegio de Ciegos y Sordomudos, donde, después de aprender el lenguaje de signos y nuevos métodos pedagógicos, ha impartido clases.

Acude a tertulias, es socia del Ateneo científico y literario de Madrid, junto con Pardo Bazán y Dña. Blanca de los Ríos, y de otras asociaciones relacionadas con el mundo del arte y la literatura. Con estas dos mujeres forma parte también de La Junta de Mujeres de la Unión Iberoamericana, donde imparte la conferencia «La mujer en el periodismo», y convocado también por La Unión Iberoamericana con motivo del tricentenario de la publicación del Quijote. Carmen de Burgos pronuncia un discurso en el paraninfo de la Universidad Central, titulado «La Resurrección de D. Quijote»: «Despierto está el caballero que infundió el soplo vivificante en nuestros espíritus, sane su locura los males de nuestra razón, busquemos horizontes de luz…».

A partir de 1905, Colombine va a tener la oportunidad de documentarse y vivir en primera fila los movimientos feministas de Europa, donde se le concede durante un año una beca de ampliación de estudios. Ella fue la única solicitante. Fruto de esos viajes son sus libros *Mis viajes por Europa*, publicados en la colección Sanz Calleja en Madrid (conseguí los dos tomos en la cuesta de Moyano; es una segunda edición, pero no aparece el año) habiendo hecho la primera edición Maucci de Barcelona, a quien había entregado el manuscrito nada más bajar del barco.

En París conocerá a Aurora Cáceres, hija del presidente de Perú, educada en Berlín y París, feminista, casada con Enrique Gómez Carrillo, escritor modernista guatemalteco; el Príncipe de la Crónica le llamaban, redactor del *Correo de la Tarde*, periódico que dirigió Rubén Darío en Guatemala durante la época que vivió allí, allá por l890. En 1898, Gómez Carrillo fue nombrado cónsul de Guatemala en París y luego le conceden una beca para ampliar estudios en Madrid, y allí colaborará en *Revista Crítica*, de Colombine, como años más tarde ella colaboraría en *Cosmópolis* cuando la fundara en Madrid, ya separado de Aurora Cáceres y casado con la actriz española Raquel Meller, cuyo matrimonio tuvo la misma duración que la revista, 1919-22. La tercera de sus esposas, Consuelo, cuando enviudó, se casó con el piloto y escritor que luego participaría en la guerra civil española, Saint-Exupery, autor de *El Principito*, cuya rosa y el volcán están inspirados en las múltiples rosas y los tres volcanes de Antigua, en Guatemala, cuando su avión se averió allí. Gómez Carrillo murió en l927, año en que publicó *La nueva literatura francesa*. Para el año que Colombine llegase a París, él ya había publicado al menos 8 libros y, en l906, publica *La verdad sobre Guatemala, la Rusia actual y todas sus crónicas*. También a principios de siglo, en el segundo viaje de Antonio Machado a París, Gómez Carrillo le dará un cargo en el Consulado de Guatemala, como antes había hecho con su hermano Manuel.

Aurora Cáceres había publicado en 1896 *La emancipación de la mujer* en *El Búcaro Americano*. En París, prologado por Rubén Darío, publica *Oasis de arte* y, en Lima, *La ciudad del sol*, con prólogo de Gómez Carrillo y, en 1929, en *Renacimiento* de Madrid publica *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, que se ha reeditado en Guatemala por Tipografía Nacional en 2008.

Antes de marcharse Carmen de Burgos a París e introducirse en los círculos literarios y feministas, ya le han editado en Madrid unos cuentos, en la colección Biblioteca Mignon, cuyo catálogo tiene nombres como Valle-Inclán, Azorín o Baroja y ha conocido a Blasco Ibáñez, a quién le unirá una duradera amistad y le dará la oportunidad de colaborar en *Pueblo*, el periódico que él fundó en Valencia, como Lerroux fundó *El País* y su paisano y expresidente de la Primera República, Salmerón, creó el *Radical* en Almería, ya unidos en La Confederación Republicana.

Dicen que Blasco, con su humor, la bautizó con el nombre cariñoso-burlón de la Colombona, nombre que ella recibía con agrado, al igual que a Pardo Bazán la llamaba Salambona. Aunque en realidad era la familia de Blasco quien la bautizó con ese nombre, ya que nunca la vieron con buenos ojos.

Con Sempere, editor al que la uniría siempre una gran amistad, editorial valenciana, publicaría en 1927 *La mujer moderna y sus derechos*, una obra de más de trescientas páginas que comienza con la transformación social que se produce después de la Gran Guerra y que da origen al feminismo «basado en las leyes, porque si solo lo hace en el avance de las costumbres, estas pasan y los códigos permanecen, por lo que es necesario que la libertad conquistada en las costumbres esté garantizada por las leyes». Hay que fijar de un modo definitivo el verdadero concepto de *feminismo* o *humanismo*, como también se le llamó.

«Aceptada la palabra feminismo para designar la causa de la liberación femenina, de acuerdo con su naturaleza, la mala fe la desacreditó y llegó a presentar el feminismo, a veces, como una cosa terrible, capaz de disolver la sociedad, y otras como una cosa ridícula y risible, que no merece ser tomada en cuenta».

Carmen de Burgos pensaba que esta palabra, *feminismo*, estaba dada a desaparecer cuando se alcanzara la igualdad de género; aún estamos en ello.

«Una de las dificultades que encontró el feminismo fue la disposición de las mismas mujeres. Por ignorancia o por miedo a la responsabilidad que lleva consigo la libertad».

Donde primero se produjo el movimiento feminista fue entre las mujeres del pueblo, que sufrían más rudamente el malestar económico, junto al feminismo obrero de las ciudades. Por el origen plebeyo del mismo, la clase media tardó más en enarbolar la bandera feminista.

El feminismo burgués estuvo marcado por el deseo de librarse de los trabajos manuales. La aristocracia, por su parte, formó el feminismo mundano, al amparo del cual las mujeres desplegaron su lujo, al poder salir solas, viajar y tomar parte en los deportes, que se consideraba cosa de hombres.

El activismo feminista tiene un marcado carácter de propaganda, al que también se unen hombres inteligentes que difunden sus ideas, desde la cátedra, el libro o la prensa.

El feminismo revolucionario va unido al socialismo porque, así como en América hicieron una causa común la emancipación de la mujer y la del negro, en Europa va unida al negro-blanco: el obrero.

Las palabras *feminismo cristiano* parecen antagónicas, sin embargo, tanto el cristianismo católico como el protestante dirigen y vigilan la marcha del feminismo. «Se ha visto no hace mucho al arzobispo de París presidir un congreso feminista y al arzobispo de Canterbury colaborar en otro».

«Estudiar la manera de borrar la injusticia de la desigualdad es el fin del feminismo moderno».

Por esos años ya es una sólida conferenciante no solo en España, con las conferencias «Derecho a saber», en el Palacio de Exposiciones de Sevilla en 1929, o «¿Qué es feminismo?» en el Ateneo. En l922, ha conferenciado en la Sorbona sobre «La mujer ante el derecho», y con los pintores españoles en el museo del Louvre, aunque aquí vamos a centrarnos en aquellas que tienen que ver con los derechos de las mujeres o con la falta de ellos y su lucha por conseguirlos.

Pero no nos adelantemos, que todavía estamos a principios de siglo; sigamos sus noticias desde Europa a través del *Heraldo* o el título de alguna de sus conferencias, «La mujer en España», por ejemplo, que dio en Roma, al mismo tiempo que cumplía con su cometido de ampliar estudios, proponiendo reformas educativas que siguieran el ejemplo del sistema educativo suizo o francés.

Abogando, por supuesto, por una enseñanza laica. «Ya se sabe cuál es el ideal de la educación monacal: aplanar la voluntad, sujetar el vuelo de la inteligencia, hacer de todas las criaturas una masa que se pueda medir con el mismo rasero; todos emplastados en pergamino; que nadie descuelle, que nadie eleve el pensamiento más allá de lo que a sus fines conviene».

La voz de Carmen desde *El Pueblo* suena políticamente más rotunda y republicana, cosa que no se permitía desde el *Heraldo*, quizás porque allí firma como Gabriel Luna, uno de los personajes de *La catedral*, de Blasco Ibáñez, al que haría adaptaciones de alguna de sus obras y se contagiaría de «blasquismo».

Pero es de nuevo desde el *Heraldo*, ahora desde la sección «Femeninas», que Colombine inicia una nueva campaña, esta vez en pos del voto femenino, abriendo la columna «El voto de la mujer», para publicar distintas opiniones sobre la necesidad o no de otorgar ese derecho. Por supuesto participaron más hombres que mujeres, de diferentes tendencias y profesiones, y la derrota fue aplastante. La encuesta había durado del 19 de octubre hasta el 25 de noviembre que, por reacciones de los más retrógrados, finalizó su andadura. Resume así la autora la actitud de España acerca del voto de las mujeres: «El pueblo español, comparado con el de otras naciones, sufre un notable atraso; es aún mayor el peso de los atavismos que la fuerza del progreso que lo impulsa. La Alianza Internacional para el Sufragio de Femenino cuenta ya con comités en todas las naciones, menos en España, Portugal y Austria».

Y sigue informando sobre las actividades sufragistas inglesas, o traduciendo a Roberto Bracco, con quien comparte opiniones acerca del feminismo y que conoció en Venecia y le dedicó su libro *En el mundo de las mujeres*, que ella traduciría.

Otro legado que trajo de París, inspirada en sus salones sociales y literarios a los que asiste, o en Roma en el salón literario de la princesa Gaetani Lovatelli, y por no estar bien visto que las mujeres asistieran a los cafés literarios madrileños, fue el iniciar una tertulia en su domicilio, «Los miércoles de Colombine», a la que asistían escritores consagrados y en ciernes. De estas reuniones han vertido opiniones, en sus memorias o libros, muchos de los asistentes, algunos de ellos contradiciéndose, según en qué etapa de su vida las hayan realizado (si antes o después de estar la obra de Carmen de Burgos prohibida). Así leemos a Cansinos Assens, en su Novela de un literato: «Colombine es el éxito y todos vienen a revolotear en esa llama deslumbrante. Colombine es el éxito y puede darlo. Tiene el periódico, dispone de la editorial Sempere y es… una mujer hermosa».

Ella dice:

Por mi casa de Madrid pasan escritores, periodistas, músicos, escultores, pintores, poetas… y cuantos artistas extranjeros nos visitan. No es necesario vestir de etiqueta, todos somos hermanos, todos hablamos de Arte…, todos son soñadores que luchan por el ideal. Jóvenes y maestros, cuantos ahora luchan despiertan mi interés y me deleito en sus creaciones.

Entre otros muchos, y cuando ella estaba fraguando la creación de *La Revista Crítica* (con un concurso literario del que formarían parte del jurado Juan Ramón Jiménez y Pérez Galdós, pero que tendría corta vida), aparece Gómez de la Serna, con quien mantendría una relación sentimental y de convivencia durante veinte años, y en su revista *Prometeo* se prolongaría *Revista Crítica* con el respaldo económico del papá de Ramón, que ya había viajado a París en 1903, como premio por haber terminado el bachillerato. Antes de marcharse, influenciado quizás por su lectura de *Tierra y libertad*, ha asistido a un mitin anarquista y, en la redada, le llevan a prisión, pero está en el Gobierno Canalejas y sale también por intervención de D. Javier Gómez de la Serna. Según su primo, Gaspar Gómez de la Serna, en un libro que escribió sobre él en

1963, «iba vestido de negro en las noches madrileñas, no era un rechazado de la vida pública y la práctica, en lo que se apoyaba D. Pío para defender su acracia; Ramón era un niño de familia bien que rechazó los puestos que esta le ofreció».

Nunca ejerció la carrera de derecho en la que hizo los cursos de dos en dos, mientras preparaba su primer librito, con diecisiete años, en el que reunía esas colaboraciones de tinte anarquista que había ido publicando en provincias. *Entrando en fuego* lo tituló, publicándose en Segovia en 1905 y siendo su temática la injusticia reinante, el hambre de los pobres, la desigualdad social. En su *Plus Ultra* declara la necesidad de acabar con las revoluciones sangrientas y buscar «la revolución de las ideas; en esa revolución tomaremos parte».

La caída del Partido Liberal y la ascensión de Maura le pondrá las cosas difíciles a Carmen de Burgos; ya no puede protegerla D. Segismundo Moret, amistad familiar y político liberal que inició su actividad como diputado en la Revolución del 68 y había presidido el Gobierno en 1905-6, al que volvería cuando Maura cayera, tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona. Francisco Ferrer, pedagogo libertario, será asesinado bajo la acusación de causar los disturbios de dicha semana.

Desde el Ministerio de Instrucción Pública es enviada a Toledo, casi como desterrada (teniendo que trasladar la tertulia a los domingos), y allí topará con la Iglesia. No solo porque haya participado al final del período liberal en los mítines anticlericales, sino porque denuncia en la prensa el expolio que la Iglesia está permitiendo que se haga con el patrimonio artístico al vender un conde dos cuadros del Greco a un comprador extranjero.

Acusa a la Iglesia por su consentimiento, al Estado por su abandono, a los dueños por su egoísmo y al pueblo por su indiferencia de este expolio artístico.

Varios periódicos lamentan que tenga que abandonar Madrid, aunque seguirá colaborando, y ella desde *El Pueblo* manifiesta el 29-12-l907:

Un hombre tan inepto como D. César Silió, subsecretario de Instrucción Pública por obra y gracia del espíritu de… Maura, hombre que negó en plena Cámara la existencia del protoplasma y de la célula; un ministro caduco, de cerebro petrificado como Rodríguez Sampedro, y toda la corte que les sigue dan al traste con la enseñanza, con la cultura, con la educación nacional.

Ha pasado la semana anterior a esa fecha, en la capital valenciana, como mantenedora de unos juegos florales (certamen poético) y ha pronunciado conferencias en la Institución para la Enseñanza de la mujer: «No somos personas jurídicas, estamos sometidas a una minoría de edad casi perpetua; hijas y esposas no podemos vender, hipotecar, ni recibir donaciones».

En su discurso como mantenedora de los juegos florales canta como siempre a la belleza y a la apertura de ese levante y convoca a todos a la celebración y la alegría.

Pero este destierro toledano lo aprovechará al máximo (ya que una ciudad, «la ciudad de los cristos», con una presencia tan aplastante del clero, no la incitaría mucho a relacionarse), pues ahí redactó su primera novela larga que saldría en 1909, *Los inadaptados*. En ella hace una dedicatoria de esta guisa y esta guasa: «A D. Faustino Rodríguez Sampedro, al que ni admiro ni estimo, en agradecimiento de haberme proporcionado la ocasión de escribir este libro, destinándome a Toledo durante su desdichada etapa en el Ministerio de Instrucción Pública».

Antes, había publicado *Cuentos de Colombine*, leyéndose en una crítica, entre otras muchas en otros periódicos, en *Diario Universal*, firmada el 3-8-l908 por Antonio de Hoyos y Vinent:

Carmen de Burgos Seguí… es un temperamento de luchadora y, sin querer, refleja este modo en todos sus escritos. Con perspicacia de mujer, imaginación de novelista, pasión de poeta y serenidad de filósofo, nos narra sentidas historias en estilo lleno de galanura… Artista de fuerte

voluntad, gran inteligencia y bello corazón, en quien hay que saludar a uno de nuestros mejores cuentistas.

Una de las alegrías de su estancia en Toledo fue encontrarse con Dolores Cebrián, que estaba allí como profesora de Ciencias y con quien mantenía amistad por haber sido compañeras enseñantes en el Colegio de Ciegos y Sordomudos de Madrid, habiendo aprendido antes el lenguaje de signos. Julian Besteiro, en aquella época todavía novio de Dolores, tenía la cátedra de Filosofía. Se casaron en 1912, cuando él obtuvo su cátedra en Madrid. Sería esta una amistad que se prolongaría hasta el entierro de Carmen, al que asistieron. Es más, puede que esta amistad con Besteiro influyera en el hecho de que Carmen figure como afiliada al Partido Socialista a partir de 1910, aunque ella no lo hiciera público, hasta que causó baja para irse al Partido Republicano Radical, cuando los socialistas mantuvieron una postura ambigua, como siempre, ante el voto femenino. Recordemos que en 1917 Besteiro pertenece al Comité de Huelga, la primera huelga general en 1917, por lo que irá a prisión.

A raíz de una enmienda que el 17 de julio de 1908 había presentado un diputado, apoyada por Canalejas (pidiendo el voto llamado *administrativo* solo para las municipales y concedido para mujeres no sujetas a potestad que fueran cabezas de familia), el presidente de la Cámara había contestado enfurecido: «No quiero Colombines en el Congreso».

Colombine firma otra columna con el título «El voto de la mujer», en la que dice: «¡Ay, mísera de mí! ¡Ay, infelices! ¿Qué he hecho yo para que un personaje grite en los pasillos del Congreso, al discutirse el voto femenino, "No quiero Colombines en el Congreso"? ¿Acaso cree su señoría que encarno y represento el espíritu feminista en España?».

Sin ninguna duda, lo representaba; esta «protomártir» del feminismo español, como la llama Juan Manuel de Prada en su libro *Las esquinas del aire* cuando ve su fotografía en la Biblioteca del Ateneo, añadiendo en tono despectivo: «Era una señora que andaba en bicicleta por Madrid». Por no citar las barbaridades que dice sobre ella en su otro libro de héroes y máscaras.

Antonina Rodrigo, en su biografía de María Lejárraga en la página 122, dice: «La vanguardia del feminismo español, en estos años, está representado por la almeriense, Carmen de Burgos Seguí». Pero, querida Antonina, a Carmen no la abandonó el marido, fue ella quien lo abandonó, por irresponsable, mujeriego y maltratador.

A través del Círculo de Damas de París que conoció en su viaje, como sección del Lyceum Club de Londres, creado para reunir y atender a las mujeres intelectuales, artistas o filántropas, Colombine explica a las mujeres españolas la trayectoria de ese club (en el que está invitada a dar una conferencia), lamentándose de que hasta en Sudáfrica tenga representación, cosa que no sucedía en España. «Y aún dicen que nos europeizamos».

También hace una crítica del libro de Moebius: *La diferencia mental de la mujer*. Con todo su horror, es uno de los libros que ha tenido que traducir; trabajo es trabajo.

En las vacaciones escolares vuelve a participar más activamente en el *Heraldo*, reflexionando sobre las posibilidades de las mujeres según la clase social a la que pertenezcan.

Los acontecimientos de la guerra de Marruecos, que llenan las portadas de los periódicos informando de la masacre de soldados españoles en el Barranco del Lobo y el alzamiento revolucionario en protesta por la guerra que daría lugar a la Semana Trágica de Barcelona, hacen que Carmen viaje a Málaga en agosto para seguir de cerca el estallido bélico y enviar crónicas al *Heraldo*, convirtiéndose así en la primera mujer corresponsal de guerra.

Antes de partir, había escrito sobre las damas de la Cruz Roja (obra social creada por la masonería) y su labor en distintos países. El día 8 de agosto: «Desde Málaga, de nuestra

redactora Colombine», que es recibida en la estación por el presidente de Cruz Roja y visitará los lugares que se están habilitando para recibir a los heridos; y, veladamente, hará alusión a las deficiencias de medios y la escasez de agua de Melilla, a pesar del envío de barriles en todos los vapores. Al estar la prensa sujeta a censura militar, decide trasladarse a Almería, donde, todas las noches, un periódico local expone los telegramas al público en la farola del paseo, uno de los sitios más concurridos de la población, y la gente —hombres, mujeres y niños— forman cola, ávidos de leer noticias. El servicio de correos no tiene suficiente capacidad para canalizar toda la correspondencia entre soldados y familiares.

Pero ella quiere estar en el lugar de los hechos, libre de la censura militar y se las arregla —está en su terreno— para dar el salto a Melilla, sorprendiendo al propio *Heraldo*, quien inserta en portada y a toda plana el día 30 de agosto: «Por los campamentos: Colombine en Melilla». Como siempre, su misión está allí justificada por actuar de puente corresponsal para las cartas de los familiares de los soldados (quizá cruzase en el barco-correo). Recorre campamentos y entrevista escuadrones, hace llegar a los lectores escenas de un Ejército en guerra. Detalla minuciosamente una misa de campaña celebrada a los pies del Gurugú, así como la escena dantesca al encontrarse los cadáveres de la masacre del Barranco de los Lobos, en contraste con la gloriosa de izar la bandera española en lo alto del Gurugú. También semblanzas de los rifeños, de las mujeres marroquíes, de sus costumbres. El sufrimiento de los soldados; sus alegatos pacifistas los dejará para más tarde (en su artículo «Guerra a la guerra»), pues son los militares quienes la están recibiendo.

Y cuando el 29 de septiembre *Heraldo* publica en portada «La bandera española en la cumbre del Gurugú», una muchedumbre que ha seguido de cerca la contienda, gracias a las crónicas de Colombine, se concentró en los alrededores de la sede del periódico.

Exactamente un mes más tarde, publica en el *Cuento Semanal* (nº 148) «En la guerra (episodios de Melilla)», con la siguiente nota al lector:

He escrito esta novela en el campamento con el mismo brazo que acababa de curar heridas de verdad… Por eso hay un raro temblor en ella. Impresionada por las desgarraduras y crudezas de la guerra vista frente a frente, sin telégrafo ni censura por medio, necesitaba una sangría que me aliviara de todo el exceso de sangre que vieron mis ojos, y de cuya carga deplorable no sabía cómo aligerarme… A esa necesidad urgente se deben estas cuartillas atormentadas y cruentas que, hasta como obra de artista, son algo accidental y, en el fondo, labor de periodista, momentánea, envuelta en la emoción atropellada y un poco llena de convencionalismos a los que no podía sustraerme. Tal vez no retrate en ella todo el horror que la guerra me inspira ni toda la tristeza de las cosas contempladas en la ciudad, en el hospital y en el campamento, pero algún día haré esa historia cruel.

Carmen de Burgos.

Melilla, Chaaban, año l287 de la Hégira.

El comedor del hotel Victoria presentaba un aspecto animadísimo. Una multitud de militares con trajes de rayadillo iban de un lado para otro formando pintorescos grupos donde los jefes y oficiales se mezclaban con voluntarios aristócratas, de modo que no era raro ver la banda roja de un general entre los sencillos uniformes de elegantes soldados.

[…]

Sorprendía lo cercano de la ciudad al campo de batalla. Era allí mismo, al pie de las últimas casas, donde empezaba la línea de los fuertes, coronados de cañones, a cuyo amparo se tendían los campamentos con las tiendas de lona que se perdían en la llanura, semejantes a pequeños

montecillos de tierra. Parecían habitaciones de pueblos nómadas, aduares berberiscos bajo la influencia de un ambiente genuinamente africano, repulsivo a todo lo exótico.

En cada campamento, las trincheras hacia las líneas avanzadas iban protegidas por las alambradas de estilo japonés, testimonio de la ferocidad indomable de aquellos moros rifeños, que sabían lanzarse sobre la boca los cañones con un temerario desprecio por la muerte. El espectáculo guerrero impresionaba hondamente. […] Se veía el fogonazo del tiro salir del terrible tubo de hierro, la bala pasaba silbando sobre la cabeza de los cristianos, invisible en su trayectoria, hasta que una luz de relámpago anunciaba que había estallado en las lomas del Gurugú. Pocos segundos después, se escuchaba el eco de la detonación, repercutiendo de loma en loma como una doliente queja.

La misa no se interrumpió; todos continuaron tranquilos, indiferentes. […] Tal vez en el mismo instante en que el sacerdote católico entonaba las últimas preces, iban a reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma, destrozados por los proyectiles.

[…]

Una hora después, el aspecto de los campamentos era tan alegre y animado que nadie al verlos hubiera creído que los terrores de la guerra […] forjaban planes sobre lo porvenir. No se admitía la posibilidad de un balazo.

—Las balas llevan siempre el nombre y apellido de aquel a quien van destinadas —decían.

Ninguno pensaba que se hubiese forjado la suya. La vida rebosante de juventud no admitía la posibilidad de dejar de existir.

[…]

—Hemos de reunirnos a comer en Lhardy.

—Y llevaremos nuestros platos y nuestros vasos.

—La señora nos acompañará.

[…]

Y se envalentonaban con cánticos como:

El alto del Gurugú
es muy malo de subir,
mas los bravos españoles
pondrán su bandera allí.

[…]

Los soldados pasan el tiempo con guitarras, mientras llegan las cartas de los familiares o las novias que rompan el tedio y la ansiedad de no saber cuándo empiezan las operaciones, pues su misión es obedecer y tienen todavía muy reciente el recuerdo de la masacre del Barranco de los Lobos:

Del 27 de Julio de 1909
el batallón de Llerena
muy triste recuerdo tiene;
al alto del Gurugú
a pelear nos llevaron,
el cual todos subimos
muy valientes y animados.
Apenas empezó el fuego
muchas bajas nos causaron.
De los jefes y oficiales

no quedaron más que cuatro.

[…]

—¡El cartero!

[…]

Los días de llegada, los carteros de los regimientos acudían temprano al muelle, ansiosos de ver entrar el Mahón, el Velarde o el Cisne, que les llevaban las noticias esperadas como bálsamo bienhechor entre las zozobras de la campaña. Cuando el mar picado por el Levante no dejaba desembarcar, se apoderaba de todos una gran angustia. Se tomaban botes para ir a bordo a llevar o buscar noticias, maldiciendo el abandono de los que, durante tantos años de posesión, no habían dotado de un puerto a Melilla. La gente se agrupaba a la orilla del agua, entre la balumba de mercancías, el ir y venir de muchos judíos, de trabajadores; y el entrecruzamiento peligroso de carros y vagonetas.

[…]

Otro de los rasgos psicológicos del soldado consistía en el afán de enviar retratos. Una nube de fotógrafos descargaba sobre los campamentos y todos hacían buen negocio. El soldado se gastaba los ahorros en comprar tarjetas. […] El deseo más grande era salir retratado en los papeles.

[…]

Después, en las horas de descanso, el baño les prestaba un confortable refrigerio. […] Por fortuna el aire libre y las brisas del mar mantenían un buen estado de salud a las tropas.

[…]

Mientras los hombres combatían contra los cristianos y los poblados de Frajana y Benisicar eran incendiados por las granadas, una turba de mujeres, chiquillos y viejos avanzó en confusión revuelta hacia Melilla.

Aquellas mujeres que venían a acogerse a la hidalguía castellana sabían combatir, como todas las hembras de las tribus nómadas al lado de los hombres; ellas eran las que le llevaban armas, municiones, víveres, les alentaban ferozmente a la matanza y hasta les ayudaban saciando su odio religioso, con ese apasionamiento de la mujer contra los *Rumi*, malditos por sus santones. Apaleaban con porras de madera, claveteadas de hierro, a los soldados heridos y moribundos. Más de una mora había perecido en el campo de batalla y algunas se arañaban el rostro con desesperación de furias infernales cuando sufrían una derrota.

[…]

El señor, el amo, era más temido que amado; inferiores a él, no sentían celos; su deseo de complacerlo era el medio de asegurar su favoritismo y bienestar.

[…]

Venían cargadas de enseres de sus casas, sin cuidarse del recato de cubrirse el rostro, enseñando tatuajes en los brazos y las secas y largas piernas. Traían a los muchachos pequeños sujetos en una especie de mochila a la espalda y los mayorcitos cogidos a la falda, casi rodando por los peñascales. Muchos morirían entre el incendio de su *dchar*, (poblado rifeño), porque se habían acordado más de los animales que de ellos.

[…]

Los españoles acogieron a las fugitivas en el *dchar* cercano. Aquellas aldeas de los bereberes se diferenciaban de los aduares de los moros en que, en vez de habitaciones nómadas, son el asiento fijo de sus futuras ciudades. Hay una lucha que decidirán los siglos entre el *dchar* y la próxima ciudad cristiana.

[…]

La caballería maniobraba en el llano, sin poder avanzar por las pedregosas cuestas, y los cañones disparaban sus balas por cima de los combatientes para ir a caer y estallar en columnas de fuego sobre el ejército rifeño. Por un momento se desvaneció algo el humo; se luchaba cuerpo a cuerpo; los cazadores cargaban a la bayoneta y algunos soldados rodaban por el suelo unidos con desesperado abrazo a sus adversarios. Entre el infierno de la batalla, los médicos, camilleros y capellanes se metían entre las filas de los combatientes para recoger muertos y heridos.

Y ahí es cuando ella se pone el brazalete de la Cruz roja y ayuda a los sanitarios a curar heridas, como nos ha contado en el encabezado de esta novela sobre la guerra.

Entretanto, hacia las lomas del este del Gurugú se libraba otro combate. […] Conforme avanzaba la tarde, el fuego iba disminuyendo y la ansiedad aumentaba; no se distinguía más que un grupo informe de combatientes. ¿De quién sería el triunfo?

Entre los últimos rayos del sol poniente ondeó una bandera española sobre las lomas del Gurugú y en lo alto de los poblados de Frajana. Cesó el fuego. Las baterías de la plaza saludaron la insignia de la patria con la salva de honor de los veintiún cañonazos.

¡Victoria, victoria por el ejército español!

[…]

Aquel siniestro barranco del Lobo, donde quedaron insepultas las víctimas del 27 de Julio, se había recorrido en la última descubierta. Los que llegaron hasta él contaron con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos, desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces.

[…]

Melilla se entregaba a la embriaguez del triunfo.

[…]

Se hablaba de 200 heridos y 38 muertos. ¡Sin duda, a medida que pasase el tiempo resultarían muchos más! ¡Lo de siempre!

Le parecía una crueldad olvidar la sangre que la victoria había costado para entregarse al júbilo. Una vida valía más que todas las conquistas. Pensaba en los cadáveres insepultos, en las madres a quienes el telégrafo les llevaría una triste nueva. Había que restar tanto dolor, que no encontraba lugar al goce.

En 1912, en un volumen publicado por Sempere, aparece también esta novela y en ella se incluye un artículo aparecido en *La Correspondencia Militar*, el 17 de agosto de 1910. Colombine. Recompensa debida:

Entre los cronistas y corresponsales que la prensa periódica envió a la última campaña de Melilla y que desde allí informaron a la nación del curso de las operaciones, figuró en distinguido lugar por las preeminencias de su sexo, por su talento, por su patriotismo y hasta por la firmeza de ánimo con que soportó privaciones, penalidades y riesgos, la ilustre y bella escritora doña Carmen de Burgos, Colombine, cuyos interesantes artículos recordarán con gusto seguramente cuantos los leyeron, y cuyo nombre es bendecido desde entonces en multitud de hogares españoles.

Llevó Colombine a los campos rifeños, desde *Heraldo* de Madrid, el especial encargo de contestar a las familias que preguntaban por soldados, cuya suerte ignoraban; y en el empeño de esta humanitaria misión, casi siempre difícil y en muchas ocasiones peligrosa, prodigó, visitando hospitales, transitando por parajes inseguros y recorriendo campamentos, admirable suma de caritativo celo, de sumisión al deber y desprecio a la propia conservación; y todo esto sin

pedantería ni jactancia, con sereno y jovial espíritu, como quien en nada rebasa las familiares lindes del cotidiano y sencillo vivir.

Siguen un par de párrafos en elogiosos términos para reivindicar al final que:

No obstante, los títulos anteriormente expuestos, tan honrosos para Carmen de Burgos; mientras a los demás periodistas que estuvieron en Melilla y a algunas damas que prestaron servicios relacionados con la campaña se le han concedido una cruz y una medalla que sin duda merecieron, ella no ha obtenido igual recompensa, cosa que constituye una sensible preterición, no voluntaria, seguramente, sino achacable a un olvido que fácilmente puede subsanarse.

Nosotros nos permitimos recomendar este asunto al señor ministro de la Guerra, persuadidos de que el general Aznar otorgará a la ilustre Colombine el premio del que, por sus notorios merecimientos, se ha hecho acreedora.

Esa «preterición» parece que no fue subsanada por el Sr. Aznar, imaginamos que por la postura antibelicista y pro-objeción de conciencia de la autora, pues ya había escrito:

El mundo civilizado pone el fusil en la mano del hombre, le da orden de matar, y si el hombre arroja el arma y rehúsa ser homicida, se le trata como delincuente… Todo hombre debe, ante todo, y cueste lo que cueste, negarse a tal servidumbre.

En agosto de l909, mientras ella estaba enviando crónicas desde el frente, en la revista *Prometeo*, se publica una autobiografía que Gómez de la Serna le ha pedido.

Querido Ramón: Me dice usted que desea vivamente mi autobiografía y auto-crítica y añade que sea sincera.

Tanto he de contarle, que no sé por dónde empezar. Mi vida es compleja; varío de fases muchas veces; tantas, que me parece haber vivido en muchas generaciones diferentes… Y yo también he cambiado de ideas…, de pensamientos… ¡Qué sé yo! Me río de la unidad del yo, porque llevo dentro muchos yoes, hombres, mujeres, chiquillos, viejos… Se pelearían si discutiese con alguno…, pero les dejo que venza el que más pueda y haga cada uno lo que le dé la gana… ¡Todos son buenas personas! A veces imprudentes, demasiado confiados… Suelen obrar con ligereza y tener de qué arrepentirse… Entonces intervengo. Nada de esa debilidad que nos hace estar todo el tiempo de cara al pasado lamentándolo…, nada de lágrimas… Consuelo como puedo al culpable y despierto a todos los demás para que lo aturdan con sus cantos… la, la, ra, la, ra, la, la , la…

Muchas veces, envidié las vidas sencillas que llevan trazado el camino…, pero me duró poco. Hoy me gusta lo impensado, lo incierto; me atrae lo desconocido; el encanto del libro que no se ha leído y de la partitura que no se escuchó jamás… No comprendo la existencia de las personas que se levantan todos los días a la misma hora y comen el cocido en el mismo sitio. Si yo fuera rica, no tendría casa… Una maleta grande y viajar siempre. Deteniéndome donde me agradase, huyendo de lo molesto…, aspirando el aroma de las cosas sin analizarlas. Eso de hacerse un palacio con cementerio y todo para vivir y morir en un mismo sitio me parece que nos asemeja a los moluscos, ¡pícaro progreso que trajo los ferrocarriles en lugar de las cómodas escobas sobre las que cruzaban el aire nuestras respetables abuelas!

He sufrido mucho… Ya no me acuerdo…, pero experimenté el placer del sufrimiento. No lo crea usted paradoja, tuve el placer de sentir la vida intensa, vibrar agitándome en ansias de muerte y de desesperación… Otras veces me desbordó el pecho en amor, en placer, en esperanzas…, algunas en anhelos de bien y de justicia…

¿Qué más da? Lo hermoso es sentir la vida. Por fortuna, tengo una naturaleza fuerte y sana que se libró del peligro de excitar la morbosidad del dolor… Hoy (con ligeros interregnos) mi gesto

favorito es el encogimiento de hombros. ¡Hay tan pocas cosas que valgan la pena de apasionarnos! No soy ambiciosa ni me importa el juicio ajeno. La calumnia se estrella a mis pies lamiéndolos mansamente como el agua del mar a las rocas inquebrantables.

Detesto la hipocresía y, como soy independiente, libre y no quiero que me amen por cualidades que no poseo, digo siempre todo lo que siento y se me antoja… Así los que me quieren, me quieren de veras. Los que me detractan por la espalda, se quitan el sombrero delante de mí. Jamás pensé en el medro personal a costa de mi libertad o de abjurar de mis convicciones.

¿Hechos de mi vida? Ninguno notable. Me crié en un lindo valle andaluz, oculto en las últimas estribaciones de Sierra Nevada a la orilla del mar frente a la costa africana. En esa tierra mora, en mi inolvidable Rodalquilar, se formó libremente mi espíritu y se desarrolló mi cuerpo. Nadie me habló de Dios ni de Leyes y yo me hice mis leyes y me pasé sin Dios.

Allí sentí la adoración al panteísmo, el ansia ruda de los afectos nobles, la repugnancia a la mentira y los convencionalismos.

Pasé a la adolescencia como hija de la natura, soñando con un libro en la mano a la orilla del mar o cruzando a galope las montañas… Después fui a la ciudad…, y yo que creía buena a la humanidad toda, vi sus pequeñeces, sus miserias…, y sentí el dolor de los pesares ajenos, y lloré con los oprimidos y envidié los mundos donde no habitan los hombres.

Podría parodiar a los héroes de Homero: «Reina en unas partes, mendiga en otras». Fui rica y carecí de todo. Vi alejarse a las gentes con la miseria y dejarme sola cuando tuve hambre, los que me convidaban cuando nada me hacía falta y los vi volver otra vez con la fortuna, y los recibí con un encogimiento de hombros…

Y así sufriendo y amando…, entre lágrimas y goces se formó mi espíritu de hoy… Viajé…, estudié…, me adularon y me zahirieron…

Hoy solo creo en el arte y acepto el amor como bella mentira, una forma más perfecta de la amistad. ¿Otra de mis vidas? La de profesora… Esta sería insufrible como el matrimonio y el cocido si yo no la supiera adornar de azul. En todo caben ensueños. Pienso en las almas de mujer que con una frase puedo liberar del oscurantismo…; pienso en los corazones en que despierto el amor al arte…

Mis penas como profesora son dos: la imbecilidad de gentes inferiores que dirigen a los que valemos más que ellos… y haber visto un día un sitio vacío en el banco que ocupaba una pobre alumna pálida… ¡La mató la primavera!

Mi vida de periodista es más curiosa; empecé por cajista de imprenta, en la que regentaba mi padre político, en Almería; después, escribí —con las tijeras— para completar un periódico satírico. Mi primer artículo mereció los honores del triunfo y la reproducción fuera de la provincia, y mis paisanos debieron pensar que eran muy brutos y que necesitaban que les dijeran lo mucho que yo valía. ¡Claro, no lo creyeron! Y me empezaron a pedir artículos… La primera vez que me llamaron escritora volví la cabeza a ver si se lo decían a otra y me ofendí cuando me dijeron literata…, casi me sigo ofendiendo…

He escrito muchos miles de artículos en toda la prensa del mundo; me los han traducido a todos los idiomas. Me pagaron y me elogiaron. Es decir, se me discute.

¡Qué honor! No se pondrán nunca de acuerdo ni yo me inquietaré por el fallo. No tengo vanidad de escritora y, si alguna de mis compañeras la padece, le aconsejo que se haga periodista militante, vaya a las redacciones y verá como se nos dan los bombos… El lector puede tener la seguridad de que hemos puesto de necia y majadera, por lo menos, a la insigne que elogiamos.

¿Libros? Muchas traducciones, muchos prólogos, muchos arreglos…, muchos… trabajos de

hojarasca para ganar el sustento.

Hoy ya es otra cosa; empiezo mi labor. Permítame usted que guarde silencio acerca de todo lo que preparo. Baste decir solo que, hasta que he recibido todas las lecciones de la vida y llevo tantos años de escritora, no me he atrevido a escribir mi primera novela. Miro la novela con miedo. Es la diosa de la literatura.

¿Tendencias? Yo soy naturalista romántica y variable como mis yoes. Me gusta todo lo bello y la libertad de hacerlo sin afiliarse a escuelas. […] Me gusta rodearme de la gente joven y tengo a orgullo el afecto que toda la juventud sana me demuestra. Siento con ustedes entusiasmos y energías y no me importan las críticas de mala ley.

¡Los hados me libren de los genios consagrados y de los viejos dómines!

Y esto se acaba. ¿A qué seguir? En mi vida familiar e íntima usted me conoce. No se adivina que soy escritora, ¿verdad? Sé amar a mi hija, una preciosa gitanilla que es la mejor de mis obras, y ser alegre con los míos, atender a «las labores propias del sexo» y entretenerme fácilmente en nimiedades que no entienden los genios. Aparte de que me gustan los cintajos y los trapos y no me suena mal algún piropo…, aunque no sea literario.

Para complemento del retrato que me obliga usted a hacer: mis caprichos. Un día me pongo el mantón y escandalizo a mi portera, para ir a enterarme de cómo son las casas donde duermen los golfos o cómo viven los gitanos del barrio de las Cambroneras.

Otro día tomo un palco en el Real y escandalizo a «mis amigos», que no saben de dónde saco el lujo (podían ver que son las cuatro de la mañana y aún arde mi lámpara de trabajo). Ya tomo el tren para ver la miseria de una ciudad minera, para curar heridos como ahora en Melilla, o para aceptar una paella en la Albufera valenciana, la tierra española que más amo, o escapar a París a comprarme un abrigo.

Si quiere usted hacer el resumen de todo esto, hágalo. Yo no veo más que una amalgama de todas las cosas que forman la vida de una mujer, que poco a poco fue desligándose de preocupaciones y avanza tranquila…

La historia de amor que acaba de iniciar con Gómez de la Serna —saltando por encima de convencionalismos que aprueban el matrimonio de una chiquilla con un hombre que le dobla la edad, pero no que una mujer mantenga relaciones con un joven—, sus viajes, su consolidación y reconocimiento como escritora, el éxito, en definitiva, no impide que Colombine siga comprometida en la lucha por todo aquello que siempre ha defendido y pronto se verá envuelta en una cruzada. No deja de estar atenta a la obra de otras mujeres y, desde París, envía al *Heraldo* de Madrid en 1910 una reseña del libro *La mujer de ayer y de hoy*, que Aurora Cáceres ha publicado en París. También por entonces conferenciaba en la ciudad de la luz Dña. Blanca de los Ríos, socia como nuestra autora del *Ateneo* de Madrid y de quien Carmen opina que es una de las mujeres más cultas y valiosas de cuantas cultivan las letras. Informa sobre un mitin unitario de organizaciones feministas que han convocado en París, recordando su lucha por el sufragio a través de su encuesta de hace cuatro años en el *Heraldo* y aboga por un partido sufragista en España.

En 1910, se inaugura en Zamora el *Ateneo*. Carmen es invitada y el *Correo de Zamora* hace eco de su llegada en tren la noche anterior, acompañada del presidente, y se anunciaba también la participación en el acto de Cánovas del Castillo.

En ese mismo periódico se convocaba a los zamoranos en la plaza de toros —a los zamoranos católicos, patriotas y amantes del orden— para realizar protestas «contra las escuelas laicas», aunque en Zamora no había ninguna, pero por si acaso. Los argumentos esgrimidos, entre otros

muchos…: «La escuela sin Dios es necesariamente escuela contra Dios, contra la Patria, contra la educación, contra el pueblo, contra la familia, contra todos los fundamentos de la sociedad». Hasta crearon un himno escolar contra las escuelas laicas. El tema de la conferencia de Colombine es —cómo no—: «La educación de la mujer». La prensa local da noticias de esa conferencia, diciendo sobre Carmen de Burgos: «Quiere para la mujer la educación fundada exclusivamente en la ciencia, en la ciencia de la biología y la antropología, prescindiendo de los prejuicios que encendieron las hogueras de la Edad Media».

Y le auguran muy mal porvenir al *Ateneo* si sigue las líneas marcadas por la conferenciante, si bien reconocen sus méritos: «Su trabajo, en justicia, revela una mujer instruida y una escritora correcta, pero sectaria». Y ahí estaba, precisamente, el arzobispo de Toledo, muy molesto con las reformas que planteaba Canalejas, sobre todo en el campo que más le dolía a la Iglesia: la educación; convocando una cruzada contra el liberalismo y dirigiéndose en el *Heraldo* (curiosamente el periódico del liberal Canalejas) especialmente a las mujeres para que organicen esta cruzada en defensa de la Iglesia y los religiosos.

Las damas de la Unión del Sagrado Corazón se hicieron representantes de todas las demás damas cruzadas de España y visitaron a Canalejas, reclamando la presencia de la religión en la vida pública. Lógicamente, los liberales convocan a las mujeres que quieran defender las reformas y se crea «la guerra de mujeres».

Ahí estaba Colombine alentando y movilizando y, como siempre, buscando una vía más sólida para la lucha: la asociación política (se afilia al Partido Socialista Obrero Español). Y ante la enorme cantidad de mujeres que apoyan al clero, Carmen no puede menos que denunciar la utilización política que hacen de las mujeres los mismos que les niegan habitualmente sus derechos, el derecho a asistir a mítines, por ejemplo.

Su convocatoria es: «A la protesta de las señoras vaticanistas, opongamos la contraprotesta liberal».

A principios de julio, preside un mitin feminista en el teatro Barbieri y convoca una manifestación anticlerical, que ella misma encabezaría. De esta «guerra de mujeres» saldrían importantes transformaciones en el sistema educativo de entonces. Se crearon el Centro de Estudios Históricos y un Negociado de Enseñanza, ya que, según Carmen de Burgos (con plaza numeraria en la «Sección de Letras» de la *Normal*, derecho que le sería reservado al año siguiente cuando ingresase como profesora especial de la Escuela de Artes y Oficios, para la enseñanza de Elementos de Historia del Arte):

Estamos en una época en que se trata de reorganizar la enseñanza en España, de crearla, diría yo, ya que no se puede llamar así a lo que hoy tenemos. Las escuelas de primera enseñanza son una desdicha: malos locales, peor plan de enseñanza, nada de educación física, ni de coeducación, ni de cultura práctica.

Esta idea de la educación krausista que ella tenía la encontraría pronto en el Instituto Internacional, donde inscribe a su hija cuando esta tiene dieciséis años, siendo una de sus compañeras la sobrina de Sorolla. Este Instituto Internacional fue creado en 1892 en San Sebastián por unos misioneros protestantes, pero en el de Madrid siguieron los criterios de la Institución de Giner de los Ríos. Su biblioteca cuenta con cuatro mil volúmenes, en francés, inglés y español. Por supuesto, enseñanza laica, impartiendo educación física, contando con un laboratorio y material de experimentación e idiomas y modernos métodos de formación.

No es de extrañar —ya que sus ideales educativos distaban mucho de lo que tenía que llevar a la práctica en el ejercicio de su profesión— que, de todas sus profesiones, la de la enseñanza

fuera una de las facetas de su amplio abanico profesional que menos satisfacciones le reportaba, habiendo tenido ya la oportunidad de visitar los centros de enseñanza europeos para poder comparar.

El 18 de febrero de 1911, nos dice Concepción Núñez que Carmen de Burgos ofrece una extensa conferencia en el *sitio* de Bilbao, bajo el título de «Misión social de la mujer», cuyo texto fue impreso en esa ciudad por José Rojas Núñez. En dicha conferencia, efectúa una extensa exposición de todos los temas que ha ido desarrollando respecto a la mujer. También tiene tiempo para entrevistar a Dña. Emilia Pardo Bazán, de quien ha leído la novela *Dulce dueño*; entrevista que publicaría *El Liberal* de Madrid. Con anterioridad, ha rendido homenaje al trabajo de su amiga, Dolores Cebrián (compañera de magisterio en su época toledana), *Métodos y prácticas para la enseñanza de las ciencias*; fruto de los estudios realizados y pensionada también por la Junta de Ampliación de Estudios.

En verano de ese mismo año, viaja de nuevo a Europa y en París conocerá, a través de Gómez Carrillo, el escritor modernista guatemalteco, a uno de sus poetas favoritos junto con Juan Ramón Jiménez, a quien ya le une una gran amistad; se trata de Rubén Darío, con quien realizaría proyectos de colaboración, según lo refleja su epistolario. De este viaje que parece más introspectivo, menos descriptivo que el anterior, saldrá su otro libro de viajes, *Cartas sin destinatario* (aunque seguro que el no destinatario es Gómez de la Serna) y *La justicia del mar*, con Holanda y el calvinismo como argumentos.

También hace crítica de arte cuando visita los museos, probablemente con Gómez Carrillo, que era crítico. Nos da cuenta del hueco que ha dejado *La Gioconda*, cuyo cuadro han robado; habla de moda, de la moda y los modos de Normandía, de los *ballets* rusos que presencia, como *La noche del fauno*, con el gran Nijinski. Descubre entusiasmada las «casas rodantes» en una colonia de veraneantes ingleses, habla del Caravaning Club que se ha creado en Londres y fantasea sobre el potencial turístico de España, viéndolo más idóneo por su clima y sus playas. No sabemos si visualizaría el playazo de Rodalquilar, con esas caravanas que tiene ahora. Más de una vez, Colombine ha trazado en su pensamiento el futuro que ahora vivimos. Aunque no sé si pudo sospechar esos cuarenta años negros que casi la sucedieron y que dieron lugar, entre otras cosas, a hacernos rastrear su obra como sabuesos.

Puntualmente siguen sus columnas en el *Heraldo*, enviando información a las españolas sobre los avances que las mujeres van logrando en Europa, en todas las profesiones; así, el 30 de julio de 1912, lo dedica a «Las mujeres soldados» que están recibiendo entrenamiento en Alemania y en Inglaterra. El 22 de abril, habla de las mujeres piloto como «Las conquistadoras del aire» y, el 25, la dedica a «Las cazadoras», poniendo como ejemplo a una bailarina rusa residente en París, Ida Rubinstein, que participa en safaris africanos. Envidia cómo en Francia glorifican a sus grandes figuras, como Max Nordau, y cita a su venerado Larra: «Escribir en París es escribir, escribir en Madrid es realizar un monólogo».

También hay espacio para los logros colectivos; las suecas que han alcanzado el derecho de sufragio. En la columna «Las españolas en América», hace comentarios sobre las críticas que la escritora argentina, Eva Canel, hace de aquellos escritores españoles que, al visitar su país, hablan con desprecio de las mujeres españolas, mientras las adulan a ellas. Habla, concretamente, de Valle Inclán, que les ha visitado en fechas recientes. Carmen lo lamenta en su propia crítica, diciendo: «¿A quién se puede culpar sino a ellos del atraso de España? Se necesitaría que fuese la suya una obra educativa, sin vejar ni humillar a las mujeres». En *Luces de bohemia*, publicada en 1920, D. Ramón pone en boca del librero Zaratustra: «¿Y qué nos cuenta Vd. de estos

marimachos que llaman sufragistas?». Nada nos sorprende de aquellos dómines, que en el caso del gran Valle va más allá de la misoginia barojiana, y esto se lo han transmitido a muchos de nuestros escritores contemporáneos.

En junio de 1913, Le Conseil Nacional de Femmes Francaises convoca en París el Décimo Congreso Internacional de La Mujer y Colombine está invitada; única asistente por parte de España, lo que la lleva a declarar: «Yo creo que no nos educan para el ejercicio de nuestros derechos, y como no estamos preparadas, no podemos o no sabemos ser mujeres políticas y tener, en general, la cultura y la fuerza que el conocimiento de la defensa de nuestros derechos nos daría».



Colombine cruza el Atlántico

II.

COLOMBINE CRUZA EL ATLÁNTICO

La Junta de Ampliación de estudios le concede una beca de seis meses en Argentina, y su partida desde Barcelona, donde tomaría el barco, es anunciada con su foto en la portada del *Heraldo*.

Es un viaje que ha preparado minuciosamente; en misiva del 12 de mayo, a Galdós le solicita una carta de presentación para el presidente del Club Español de Buenos Aires. Tiene concertadas con el Teatro Odeón diez conferencias que versarán sobre «El alma española a través de los grandes maestros de la pintura», Goya, Velázquez y El Greco; también sobre sus contemporáneos, Sorolla y Julio Romero de Torres, quien, dos años más tarde, pintaría un retrato de la autora con esta escueta dedicatoria: «A Colombine, con la admiración de Romero de Torres»; y otro de su hija, que también la acompaña a Argentina, como en todos sus viajes, y que ya es una señorita a la que algún escritor argentino pretende seducir. Dicho retrato de la autora será la portada del libro de relatos *Ellas y ellos o ellos y ellas*, que se publicará en 1917.

Dentro de ese libro se encuentra el relato que lleva por título «La travesía», donde Colombine nos da cuenta de ese viaje en un transatlántico, contrastando las escenas de flirteos, romances y chismorreos de primera clase, compuesta apenas por cuarenta pasajeros, con la realidad brutal de los emigrantes que se hacinan en cubierta; hombres, mujeres y niños que ni siquiera han sido registrados con sus nombres, como ocurría en los barcos de negreros.

Hombres macilentos y astrosos pasaban gran parte del tiempo en mística contemplación del oleaje. Muchos de ellos formaban partidas de naipes y de azar, de un modo que recordaba al patio de una cárcel a la hora del recreo. La gente moza se entretenía rasgueando la guitarra y cantando coplas de la tierra; ya una doliente petenera, una aguda soleá o una vibrante jota, las cuales parecían, al extenderse sobre la amplitud de los mares, llorar el doble de dolor: del alma árabe desterrada de su patria y el dolor del alma española, contristada al abandonar el suelo nativo para buscar en playas ingratas una incierta fortuna.

Su proximidad al agua les hace espectadores de primera fila del surtidor de agua que lanza alguna ballena y del jugueteo de los delfines. Nada más entrar en el puerto bonaerense, se llevarán la primera decepción de inmigrantes por los saludos de los que los esperaban.

—¿A qué venís?

—Os traen *engañaos*, no hay colocación.

—Estamos 14 OOO obreros sin trabajo.

—¡Nos tratan como a perros! La crisis arruina a este país.

No es de extrañar que Carmen de Burgos rechazase la emigración, insistiendo en la necesidad de poner ese afán en el desarrollo del propio país y crear en él infraestructuras y puestos de trabajo. Critica también el sistema social argentino basado en el dinero, la especulación y la ostentación, y no le duelen prendas al romper la imagen grandilocuente que reflejan los intelectuales que allá viajan, incluso su amigo Blasco Ibáñez, que ha publicado *Argentina y sus*

grandezas, con la que se ganaría la simpatía de las autoridades y la banca argentina para su proyecto de colono.

Sin embargo, ella será agasajada con un banquete en El Ateneo Hispanoamericano y a sus conferencias sobre pintura, que están acompañadas de proyecciones luminosas de imágenes de los cuadros, asistirán personalidades del mundo de la cultura y la política. Obtuvo un éxito rotundo, con titulares y columnas en todos los periódicos de Buenos Aires, haciéndose eco de ello la prensa madrileña.

Como siempre, Carmen estudiaría diversos aspectos de la ciudad y sus ambientes, que recogió en *Impresiones de la Argentina*, entrando en contacto, por primera vez, con la masonería, a través de la logia Grande Oriente Argentino.

A su regreso, en la escala que el barco hace en Canarias, Carmen recogerá todos los afectos de los escritores canarios, a quienes ella había acogido en su tertulia madrileña y a quienes la unía una estrecha amistad. Los estamentos insulares que la recibieron, gritando «vivas» a Colombine al darle la bienvenida, eran el ayuntamiento de Santa Cruz, los Ateneos de Tenerife y La Laguna, Casino, Club Náutico, etc. Por supuesto, la prensa, que ya había anunciado su llegada, va dando cuenta de las conferencias que impartirá en el teatro Pérez Galdós de Las Palmas, los días 18 y 19 de octubre, entrevistas a la misma y elogios en todas sus páginas. En *El Tribuno*, el diario republicano de las Palmas, aparecen varias firmas que escriben en su honor y le dedican la portada de este, el día 17.

Entre ellos, Francisco González Díaz la pone como modelo de la mujer emancipada por el pensamiento: «Hay un género de emancipación que se reconoce universalmente, que no se discute: la emancipación por el pensamiento. Una mujer que piensa muy alto sintiendo muy profundo, como Colombine, ya está en la cumbre de la libertad».

Rafael Abellán romancea sobre ella:

Con su arrogante figura y su típica elegancia, logra el triunfo con su ingenio y su atractiva mirada… Sabe hacer anatomía de las pasiones humanas y, con su hábil escalpelo y su admirable constancia, las fibras de un corazón las estudia y las separa, descubriendo por qué llora, por qué sufre y por qué calla. Su última conferencia en el teatro Pérez Galdós fue «La emancipación de la mujer», donde se cerró el acto con el elogio de los anfitriones.

Pero con la Iglesia ha topado de nuevo, esta vez, en la figura de un canónigo de la catedral que se niega a entregar la llave de la Sala capitular cuando, acompañada de su hija, de Francisco González Díaz y Rafael Romero (Alonso Quesada), quiere admirar los tesoros que esta encierra; añadiendo el buen canónigo en su negativa: «Ni aunque venga con el nuncio doy la llave. Que se vaya esa señora a predicar al teatro».

Nadie es profeta en su tierra y ha tenido que pasar más de una década para que Almería le rinda «un homenaje de admiración por su esclarecido talento». Pelear muchas batallas, triunfar en Madrid, en París, en Argentina y las ínsulas (todo mientras criaba a su hija, María Álvarez); para que la prensa local anuncie su llegada y las corporaciones municipales y diversas asociaciones la reciban en el puerto en la madrugada de Todos los Santos, primero de noviembre de 1913, con cohetes y banda de música del ayuntamiento. Al día siguiente, el Casino ofrece un brindis con *champagne* en honor de Colombine.

En el Círculo Mercantil, después de haber conferenciado en tantas tribunas, habla por primera vez ante el público almeriense sobre sus «Impresiones de la Argentina» y les agradece esa calurosa acogida, reprochándoles, amablemente, el rechazo social que había sufrido en su ciudad en tiempos difíciles para ella:

Para mí han sido estos momentos de los más dulces de mi vida… Cuando con bondad superior a mis méritos recibía aplausos de España y del extranjero, pensaba con dolor en mi tierra nativa y en la copla popular: «Para todos fuiste madre / y madrastra para mí».

Cosecha aplausos y elogios de los suyos y es agasajada con un *lunch* en el propio Círculo Mercantil e Industrial.

Se cerró, también para ella, ese círculo que fue capaz de abrir, al romper con un matrimonio que no la satisfacía, no a tontas y locas, sino preparándose con el magisterio para alcanzar la piedra angular de la emancipación: la independencia económica. Valor para ponerse el mundo por montera.

La gran guerra



III.

LA GRAN GUERRA

En 1914, Carmen y su hija emprenden un nuevo viaje a Europa, del que nos dará cuenta en *Mis viajes por Europa*, en la editorial Calleja. Habla de los logros de las mujeres en Dinamarca, que tienen abierto el camino en todos los campos profesionales, así como en el área del respeto y la dignidad, donde ya existe una ley de divorcio y puede ser elegida y elegible. Y, por supuesto, en las crónicas que envía al *Heraldo*, que van desde su interés por la obra de Strimberg, hasta su bajada a las minas de cobre de Falun, en Suecia, o la contemplación de éxtasis ante el sol de medianoche del Polo Norte. Pero el estallido de la guerra no la deja seguir sus planes de ir a Rusia.

Al Cabo Norte no llegaron los ecos de estas desdichas, de estas luchas, de estas miserias. Allí nos encantaba la naturaleza solemne, grandiosa, noble, con toda su poética melancolía; pero a mi regreso a Bergen he hallado cambiada por completo la faz de aquella honrada y trabajadora población.

Las gentes se agrupaban ansiosas a leer los telegramas que se exponían ante la redacción de uno de sus principales periódicos y se retiraban llorando. Se veía bien la nobleza de este pueblo noruego, en cómo se afectaba con las noticias de las luchas y las muertes. Era un espectáculo de desolación y de tristeza, el presentimiento de los días de luto que esta guerra prepara a la humanidad.

Apenas anunciada la guerra sus daños se dejan sentir; han subido, de un modo extraordinario, los artículos de primera necesidad. Me apena lo que este país, cuyas producciones no pueden bastar a su sostenimiento, va a tener que sufrir.

Y yo evoco todos aquellos barcos grandes, color de acero, que he visto en Kiel, donde he visto más claro el poder guerrero de Alemania, el famoso canal célebre por sus fiestas y regatas mundiales, donde están los más famosos astilleros y donde se admiran anclados, una fila interminable de navíos de guerra, de todas clases y formas, que constituyen la imponente escuadra del káiser. Sus astilleros son, quizás, los primeros del mundo. (pág. 31- 2)

Su intención es llegar a Rusia, pero otra guerra, la Gran Guerra, que no empezaría a ser la Primera Guerra Mundial hasta que llegó la Segunda, ha estallado delante de ella, como en su primer viaje a Italia, cuando está subiendo al cráter del Etna y este entra en erupción. La prensa vaticana dijo entonces que era un castigo de Dios por los pecados cometidos.

Al llegar a Alemania, se encuentra inmersa en un malentendido que le pudo costar la vida. Su espontaneidad hace que, al enterarse en el tren de que la escuadra rusa ha sido destruida en el Báltico, no sepa disimular su pesar y empieza a levantar sospechas de que pueda ser rusa.

Al subir al vagón, un hombre rubicundo y rechoncho empuja con tal fuerza a mi hija que le hace dar un grito de dolor. No puedo contenerme, me abalanzo a él, retirándolo con violencia por el cuello, con una fuerza que no esperaba.

En Gotebörg, la ciudad comercial por excelencia, han subido a nuestro vagón dos señoras alemanas que hablan francés. Estas señoras me dicen que van a Hamburgo y que tienen miedo de que, con la movilización de las tropas, no circulen los trenes. Yo les manifiesto la dificultad que hay para mí en este tiempo anormal, no poseyendo el idioma, y se ofrecen amables a servirme de intérpretes. En la estación de Malmo compro periódicos ilustrados y me entretengo en ver los grabados, todos bélicos, de guerreros, de cañones, de barcos. Las damas me hacen muchas preguntas acerca de mi viaje. Tenían la idea de que las españolas no viajaban solas. Uno de los caballeros interviene en la conversación y me dice que hago mal en aventurarme por estos sitios, que la guerra promete ser algo terrible.

De pronto, el tren se detiene y siento un movimiento desusado en los viajeros. Pregunto en vano si hemos llegado y vamos a trasladarnos al barco en el que debemos continuar el viaje. Cada uno, preocupado con sus cosas, no atiende a los demás; todos bajan y suben a los coches, pero nadie baja los equipajes.

Al fin logro enterarme. El barco que debía enlazar con nuestro tren no ha llegado; estamos en Trelleborg y nos abandonan los coches, marchándose todos los empleados. Hay que pasar la noche como se pueda, en un vagón o a la *belle ettoil* en medio del campo. Cada uno se acomoda como puede; los vagones de primera se ven asaltados de pasajeros de las otras clases, que se valen de la ocasión para introducirse en ellos. Hay que ocupar los sitios. Las dos alemanas y otra señora que ha permanecido silenciosa todo el tiempo se tienden a la larga, y en el sitio que nos dejan, nos acostamos abrazadas mi hija y yo. Estamos tan cansadas que el sueño no se hace esperar, y dormimos con una tranquilidad sorprendente, hasta que la viva luz de la mañana nos despierta. ¡Estamos solas! Todos nuestros compañeros de viaje se han marchado; aquellos que dormían en nuestro vagón no solo no nos han despertado, sino que parecen haber puesto especial empeño en dejarnos allí.

Después de un tiempo de desorientación, logramos que un mozo de estación atienda nuestras voces y nos guíe hasta la estación central para poder sacar nuestros equipajes. Nos dice que el vapor va a llegar y vemos a todos los pasajeros esperando frente al mar. Las damas que han sido nuestras compañeras vuelven la espalda, esquivando el saludo.

Yo me miro y miro a mi hija y no comprendo que haya nada en nuestro atavío que pueda intranquilizar a esas señoras.

Son las cinco de la mañana; está todo cerrado en Trelleborg y el hambre se deja ya sentir, pues la noche antes hemos tenido que consumir, para cenar, los restos de nuestra provisión de frutas.

A las seis se abre un café frente a la estación. Cuando entramos, ya está todo lleno y tenemos que servirnos de pie, entre una muchedumbre ávida que se disputa los panecillos y las tazas de café, arrebatándolas de las manos de los mozos o del mostrador. Cuando llegan estos momentos, se ve qué superficial es ese baño de buena educación con el que todos nos revestimos. Cada uno se ocupa de sí, egoístamente, casi brutalmente; y creo que esta lucha va a durar ya todo el viaje hasta salir de estos países en que con tanta imprudencia nos hemos metido.

El vapor que ha de conducirnos está ya atracado al muelle. Es un vapor extraño; le falta la popa, como si la hubieran partido de un hachazo, y deja ver, por su hueco negro el interior, la bodega. Estos vapores atracan así al muelle y, dentro de ellos, penetra el tren de manera que se hace el viaje por mar sin necesidad de movernos de nuestros vagones; pero en esta ocasión no se sigue la costumbre, sino que los pasajeros vamos embarcando uno a uno, después de un detenido registro de los equipajes y hasta de los saquitos de mano.

Desde la cubierta contemplo la gran superficie de mar que se extiende antes mis ojos y la

apacible costa sueca, verdeante y bella, entre los celajes de la mañana. En los largos malecones, frente al barco, está agrupada una gran multitud; son, en su mayor parte, alemanes, que acuden llamados por el peligro de su patria; se suben sobre una eminencia y entonan a voz en grito, como un orfeón, el antipático himno nacional Uber Kaiser.

Abren mucho la boca, gesticulan y gritan como demonios; sus caras grasas y rubicundas parece que van a reventar en la excitación sanguínea que les produce su entusiasmo. Cada vez que hacen una pausa, la multitud que les escucha, de pie, con respeto, prorrumpe en un aplauso. Yo contemplo todo esto con cierta curiosidad y escucho su himno con el desagrado que todos estos alardes patrioteros me causan siempre. Por fortuna, el vaporcito da la señal de marcha y todas aquellas gentes se apresuran a entrar en él. Lo invaden todo: cámara, cubierta, comedor. Noto que todos nos miran con una expectación nada benévola, que no acierto a explicar, pero que me molesta, y mi hija y yo nos retiramos hasta el camarote, donde han agrupado los equipajes; nos sentamos en un ángulo y no tardamos en dormirnos.

Es un momento de apuro el desembarco. Ninguno de los mozos que pasan por nuestro lado quiere cargar los equipajes. Noto cómo crece la hostilidad en torno nuestro; en cuanto nos acercamos a un grupo, estalla el himno nacional. Vemos con angustia cómo todos van llevando sus equipajes al tren y el apresuramiento que demuestran, y que nosotras nos vamos a quedar allí solas. Enérgicamente, indico a un mozo mis baúles y, en las sencillas palabras que pronuncia, tengo la clave del misterio.

—¿Rusas? —me pregunta con indecisión.

—Españolas —contesto.

Entonces el hombre se decide a prestarme el servicio que reclamo.

Se verificaba el embarque de los rusos que querían regresar a su país; millares de familias se agrupaban en el muelle, entre soldados que paseaban con las bayonetas caladas, y al más leve tropiezo la emprendían a culatazos.

Aquellas pobres gentes no cantaban, ni hablaban apenas; era un espectáculo humillante verlas temblorosas, encogidas, aterrorizadas en medio de la soldadesca. Tal vez los pobres dejaban la casa, la industria, que constituía su manera de vivir, después de muchos años en esta tierra que habían creído amiga y a la que ya les ligaban intereses y afectos.

El mozo mira con recelo mi emoción ante el sufrimiento de los rusos. Noto que me cree rusa y que me hago sospechosa y empiezo a percatarme del lujo de precauciones que toma Alemania con los extranjeros y me entero del atropello de Bélgica y de la guerra con Francia.

Subo al vagón, y como no llevo dinero alemán para pagar al mozo, le entrego un franco. El hombre lo mira y lo rechaza con indignación; creo que le parece poco y le doy otro, y como sigue gritando y gesticulando, le añado un tercero. Su patriotismo cede ante la suma y se aleja en silencio. ¡No es caro este patriotismo!

Todo el día vemos pasar a nuestro lado trenes blindados y trenes ordinarios llenos de soldados. Van todos asomados a las portezuelas, alegres y contentos; más que gentes que van a matar, parecen alegres muchachos que van de romería.

En una estación hay cambio de tren para los que no vamos a Berlín. La gente se precipita al nuevo tren que nos señalan, sin orden ni concierto, porque nadie se preocupa de pedir o revisar los billetes.

Al subir al vagón, un hombre rubicundo y rechoncho empuja con tal fuerza a mi hija que le hace dar un grito de dolor. No puedo contenerme, me abalanzo a él, retirándolo con violencia por el cuello, con una fuerza que no esperaba. Desconcertado, se vuelve hacia mí y grita:

—¡Una espía rusa!

Entonces, sucede una cosa que aún me parece una pesadilla. La multitud se agrupa en torno mío; se alzan bastones, una mano me arranca el velo y otra se lleva mi sombrero; mi hija llora tendiéndome los brazos desde el vagón; hago un esfuerzo supremo y logro subir en el estribo; desde arriba, tira de mí una mano… El tren parte…. (*Mis viajes por Europa*, pág. 37-47).

Como espías son tratadas hasta que, en Hamburgo, consiguen que las entreguen al consulado español, sin dinero y habiendo abandonado un baúl que contiene cartas de presentación para personalidades rusas y las cartas que Ramón Gómez de la Serna le ha entregado al despedirla y que también la comprometerían. Consigue un anticipo a cuenta de su salario como funcionaria.

Pero no es fácil salir de Hamburgo; todas las fronteras están cerradas.

Siento una desesperación violenta al no poder salir de Hamburgo… Mi tormento mayor es la incomunicación, la falta de noticias de España; el no poder escribir ni telegrafiar para tranquilidad de los nuestros. Alemania expulsa a los extranjeros y, al mismo tiempo, cierra las fronteras, impidiéndoles salir.

La representación de nuestros representantes en Hamburgo no puede ser más difícil. El haberse hecho cargo de los consulados de Francia, Rusia y Bélgica, los coloca en situación comprometida y, a pesar de su buena voluntad, no pueden atender a todos los que piden socorro. Es un espectáculo desgarrador el de la peregrinación de gente que acude pidiendo los medios para huir de este país inhospitalario.

No merece la pena llamarse gran nación para obrar como lo hace Alemania. Está llegando a crueldades terribles, tales como hacer salir a los enfermos de los sanatorios y apalear a los extranjeros.

En el Consulado de España, hemos visto a un joven español con la cabeza vendada, el rostro herido y todo el cuerpo molido a palos. Venía de Ghota a Hamburgo y, en Northeim, lo tomaron por espía, como a nosotras. Groseramente, un oficial le hizo bajar del tren y, sin darle tiempo a que se explicase, el pueblo se precipitó sobre él, golpeándolo brutalmente, a pesar de la intervención de los soldados. Hemos presenciado escenas terribles.

Una señorita española me cuenta que ha querido afiliarse a la Cruz Roja, y se ha dado el caso inaudito de que, dentro del local mismo de esa institución, se le amenazara y se le obligara a huir.

Para tomar un automóvil, el *chauffeur* nos pide el pasaporte; en una tienda, nos preguntan la nacionalidad, y nunca falta alguien que nos siga, receloso, por la calle.

El aspecto de Hamburgo se ha hecho desolado; las agencias de viajes están cerradas, la mayoría de los bancos han suspendido las operaciones, los teatros no funcionan; se han dado batallas en los cafés entre alemanes y extranjeros y, en una de ellas, han destrozado el pabellón de recreo del Alster, que es solo un montón de ruinas.

No se ven en la calle más que mujeres y chiquillos y estos se ofrecen para ir al campo a hacer la recolección de las mieses, de las frutas y todos los trabajos agrícolas. Los hombres de veinticinco a cincuenta años han sido llamados a las filas. Alemania se propone hacer un alarde de su fuerza y movilizar en quince días a seis millones de soldados.

Los pacifistas no pueden oponerse a esta corriente. La movilización se lleva a cabo reuniéndose los soldados a dos horas de distancia de la ciudad para evitar las manifestaciones. Todo eran himnos, cantos, mapas expuestos en los escaparates con banderitas que marcan triunfos y conquistas. De creerlos, el káiser estará en París antes de una semana. París es para estos prusianos el colmo de la victoria. Se ve cuánto lo admiran en cómo lo detestan y lo codician.

Lo que más me admira es este espíritu de las mujeres alemanas; tienen una ferocidad propia de Esparta. Están tranquilas, animosas, no comprenderé jamás a estas mujeres que saben ocultar sus lágrimas. Acompañan a padres, maridos y hermanos que van a la guerra, como si los despidiesen para un viaje de placer; parecen estar hasta contentas de inmolarse por su káiser, con ese fanatismo de la mujer hacia los ídolos… Ahora se forman esas asociaciones femeninas de beneficencia para que no les falte nada a los soldados en campaña; esos rebaños de borregos, empujados por todo y por todos, que van al matadero.

Después de unos días, estrenan pasaporte y pueden embarcarse en un mercante, con el encargo que le hace la colonia española para que use sus influencias en la prensa y solicite que el Gobierno español les envíe un barco para salir de Alemania.

¿A los españoles solo?, me pregunto yo. ¿Y esos pobres rusos, franceses, belgas…? ¿No habrá un momento en que se sobreponga a todo el sentimiento humanitario y se asegure la suerte de tantas pobres gentes pacíficas que sufren las crueldades de la guerra? ¡Qué incomprensible es todo esto!

Embarcan en el Ciscar, pero, antes de llegar a él, serán registradas cuatro veces por los soldados, que no encuentran el dinero francés que llevan escondido y que, en ese momento, es casi un delito.

Su tripulación nos acoge cariñosamente y el modesto vapor mercante de la matrícula de Barcelona, que no llega a dos mil toneladas y no tiene comodidad para pasajeros, me parece el más hermoso de los transatlánticos.

Somos 39 refugiados…, no hay camas ni sillas, pero se compran butacas de lona y colchonetas; el capitán y el primer oficial nos ofrecen sus camarotes.

Durante tres interminables días permanecemos anclados en el puerto, sin lograr permiso para salir. Algunos españoles nos envían libros y regalos, en nuestra calidad casi de náufragos.

Un barco que ha salido del puerto ha tropezado con una mina y ha volado en mil pedazos, a pesar de llevar práctico. Algunos de nuestros compañeros desembarcan asustados, pero la mayoría nos quedamos. De todos los peligros, el más temible es el de que no nos dejen marchar y estar por tiempo indefinido aislados de todo, sin poder dar nuestras noticias.

Por fin, al cabo de tres días, se recibe la orden de salir… Un práctico militar viene a bordo y, durante cinco mortales horas, el Ciscar corre a toda máquina por el Elba. Al final, llega un barco alemán y, después de pasarnos revista, manda encerrarnos en la cámara y en la bodega.

Algunos nos encerramos en los camarotes y, a través de las cortinillas, vemos la escuadra alemana: torpederos, cruceros y submarinos. Estos últimos parecen, a primera vista, una larga fila de palos clavados en el fondo que sobresalen del agua; fijándose, se ven los grandes cuerpos de ballenas sobre los que suelen aparecer algunos hombres.

Dura más de una hora el paso de las minas. Deben efectuar una operación difícil.

Cuando nos dan la orden de subir a cubierta, el oficial alemán y dos soldados, revólver en mano, nos cuentan de nuevo como a cabezas de ganado y, al fin, abandonan el Ciscar, dándonos orden de seguir.

¡El mar libre! Es acogido con un grito de entusiasmo, aunque está sembrado de peligros y aunque el ánimo se sobrecoge al pensar en lo imprevisto de esas minas flotantes, contra las que no se puede luchar, y de hallarnos en el lugar de la posible batalla que se cree que habrá en estas aguas; como el cielo está sereno, el mar hecho un espejo y la naturaleza tan apacible, nos inspira confianza y nos retiramos a descansar.

A las doce de la noche, me despierta la voz potente del oficial de guardia, con un grito: «¡A

babor!», y, casi instantáneamente, suena un cañonazo y siento un golpe seco que hace crujir las tablas. Creo que el barco va a hundirse y, en vez de la rebelión que incita a la lucha, me siento invadida de una conformidad fatalista. Miro a mi hija sin querer despertarla, como si pudiera pasar dormida de una vida a otra. La idea de que no hay tierra para correr me quita el aliento de intentar salvarnos. Pero esto dura solo un momento; llamo a mi hija, nos vestimos rápidamente y subimos a cubierta, que está iluminada con claridad solar por la luz de los reflectores de un crucero próximo.

Es un buque alemán que nos ha dado orden de detenernos y, aunque se le ha obedecido, nuestro barco siguió avanzando por la velocidad de su carrera, lo que hizo al crucero dispararnos un cañonazo. Gracias a la presteza de la maniobra, ordenada por el oficial de guardia, de echar atrás toda la máquina, el Ciscar dio un brinco como caballo que se encabrita y quedó parado en seco, evitando el ser alcanzado.

Veo aproximarse al crucero alemán y, con el acento estridente de esas bocinas que refuerzan su voz, grita de un modo osco y desagradable:

—¡*Ihre papiere*! (los papeles).

Es preciso enviarle la documentación envuelta en una goma, mediante un cable, y, al cabo de media hora, nos la devuelven, gritando con su bocina:

—*Das Schiff kann weiter-fahren*. (Este barco puede pasar).

Al cabo de dos horas, otro crucero nos detiene y se repite la misma escena de inspección. Está todo el mar lleno de barcos de guerra y vemos algunos zepelines cerniéndose en el aire. Esperamos con ansia la mañana, temiendo ser víctimas de alguna equivocación. La luz del amanecer es como un conjuro, y ya no volvemos a ver más barcos alemanes ni a escuchar sus gritos groseros y antipáticos.

No es descriptible la alegría que experimentamos al detenernos ante la isla de Wight, donde hay que esperar órdenes de los armadores del Ciscar. Hemos salido del mar del Norte, del Estrecho; estamos lejos del peligro alemán, frente a España.

El telegrama de los armadores da al traste con esta placidez de nuestros ánimos.

—Vaya a Newcastle —dicen las banderitas al capitán—, y no entre de noche en el puerto.

Volver a Newcastle es volver a cruzar ese terrible mar que hemos pasado, sembrado de minas, lleno de barcos de guerra, donde se tiene el temor de un combate. ¡Y nos habíamos creído ya en España! Un armador, por no renunciar a su ganancia, no duda en comprometer la vida de un centenar de personas.

Hay que obedecer. Otra vez vuelve a empezar la peligrosa ruta. Un amable crucero inglés nos provee de un pase y nos traza el itinerario que nos ha de librar de las minas. Es un itinerario tan costoso que hemos de pasar constantemente entre bancos y escollos; el capitán vela sin cesar sobre el puente…, los Zeiss de 16 centímetros exploran sin cesar el horizonte…, los dirigibles parecen peces voladores, de plata, cerniéndose en el aire, cruzan sin cesar los aeroplanos. En algunos momentos, la belleza de todo esto es tan grande que se olvida el peligro y nos arranca gritos de entusiasmo.

Por fin llegan a Londres y, desde allí, enviará al *Heraldo* noticias de la razón de su silencio durante ese tiempo, dando cuenta de los hechos, de ese viaje trágico, que el periódico publica con grandes titulares de portada el día 25 de agosto.

Han entrado en España por el puerto de A Coruña y, el día treinta, en la sociedad Reunión de Artesanos, ofrece una conferencia sobre los avatares de la guerra, por haber estado en el escenario de la misma. Y, si ya en el pasado se ha declarado decididamente antibelicista, después

de esta experiencia de primera mano, no dejará de tratar las barbaridades de la guerra: «… Los que creíamos que la humanidad había suavizado sus instintos animales, acercándose más a la perfección, dudamos de nuestra creencia ante el horror de las crueldades modernas y decimos, como el príncipe danés, palabras, palabras».

También divulgará la labor que están realizando las mujeres en pro de la paz en esos tiempos de guerra, como el Comité Femenino Pacifista de Cataluña. Y se lamenta de que sea precisamente la guerra quien traiga «para la mujer un progreso, un desenvolvimiento de su energía, de esas facultades que parecían como dormidas en el reparto de funciones sociales, establecidas en tiempo normal».

España se declara oficialmente neutral, aunque, a través de la prensa, nueva arma en esta contienda, aparte de las químicas, creará la *propaganda*, alineándose en germanófilos y aliadófilos. La censura al servicio de los intereses bélicos. También en Palacio la monarquía está dividida, ya que la reina madre, María Cristina, era austriaca, y la reina, Victoria Eugenia, británica.

«Neutralidades que matan», titularía Romanones un artículo anónimo en el *Universal*, el día nueve de agosto del catorce. Se compraron periodistas y se crearon periódicos ficticios españoles; los países beligerantes subvencionaban unas u otras publicaciones. La Embajada alemana canalizaba estas cantidades a través del Banco Alemán Transatlántico. La británica, a través de John Walter, antiguo corresponsal del *Times* en España, y la francesa se serviría de León Rollin, buen conocedor de las triquiñuelas de la prensa madrileña. Esta pasaba por una crisis tan tremenda por el precio del papel que hasta tuvo que intervenir el Estado con un crédito a Papelera Española.

De los veinte periódicos madrileños, son aliadófilos *La Correspondencia de España*, *El País*, el *trust* (*Imparcial*, *Liberal* y *Heraldo*), *El Socialista*, *El Sol*, *La Mañana* y *El Radical*. Germanófilos son *La Acción*, *El Debate* (de los banqueros), *El Universo*, *La Nueva España*, *Correo Español*, *El Mundo*, *La Tribuna*, *ABC*, *El Siglo Futuro* y la *Correspondencia Militar*.

Y se vendieron muchas armas a ambos bandos.

En diciembre de 1916, nuestra autora viaja de nuevo a la Europa en guerra, esta vez acompañada de Ramón; su hija ya se ha independizado. Tomará el pulso a la situación en París, citándose con la escritora Gabrielle Reval, a quien ya ha entrevistado en Madrid; ella la introduce en los ambientes de la literatura de vanguardia parisinos y también en el Museo de los Horrores de la Guerra: los hospitales. De esas vivencias saldrá el libro *Pasiones*, con el hilo conductor de una historia de amor entre la enfermera, Solange, y un herido de guerra, creando con un coro de enfermeras esa atmósfera de dolor que allí se respira, con esos hombres mutilados —troncos—, los que han quedado ciegos, otros que son rehabilitados, para enviarlos de nuevo al frente, dándose la circunstancia de que algunos regresan en las mismas o peores condiciones.

O aquellos otros que […] no habían sido heridos en batalla, sino en pleno reposo, cuando descansaban en las posiciones que recientemente habían conquistado al enemigo: las minas dejadas arteramente, gozando de una venganza que no habían de ver, hacen explotar muertos a gran número de soldados. Los pocos que, después de largos trabajos, habían conseguido salvarse, iban en una situación lastimosa. (Pág.11)

La desolación de las calles, las estaciones a las que llegan los heridos y las escenas desgarradoras al encontrarse con los familiares que les esperan; todo el sufrimiento del pueblo, metido en contiendas cuyo significado ignora, nos lo transfiere en *El permisionario*, publicada en Los Contemporáneos el once de mayo de 1917:

Adelantó Fernanda unos días su viaje, quería tenerlo todo preparado para cuando él llegase. Aunque estaba acostumbrada al ambiente melancólico de París, al espectáculo de mutilados y mujeres enlutadas, el viaje la entristeció aún más. Aquella multitud de soldados en todos los trenes y todas las estaciones; todos callados, desalentados, con huellas de cansancio; los uniformes sucios; tan distintos ahora de los soldados de los primeros días que iban cantando La Marsellesa, animados y contentos como si la primera estación del camino fuese Berlín.

Veía en algunas estaciones batallones de soldados ingleses, muy ocupados en lavarse en las fuentes públicas y en cepillar sus trajes y darle brillo a los dorados, con la misma pulcritud que si fuesen a asistir a una revista de corte. Le parecían más contentos que los franceses.

Los trenes, faltos de carbón, no hacían con regularidad su servicio; tuvieron que pasar toda la noche mezclados todos los pasajeros en una inmunda estación de Tarascón, alrededor de una estufa medio apagada, pisando un suelo fangoso y respirando una atmósfera pesante, con olor a ropas sucias y sudor.

Nadie hablaba de nada, desconfiaban unos de otros, aquel letrero repetido «Desconfiad, oídos enemigos os escuchan», parecía separarlos.

¡Niza!… Al fin llegaba, después de tan fatigoso camino. Un mozo de la estación Reformé tomó su maleta y ella ordenó:

Hotel Niza.

—No existe ya, señora.

—¿Cómo?

—Está convertido en hospital de sangre.

—Gran Hotel, entonces.

—También es hospital.

—Hotel… Cimiez —añadió después de dudar un rato.

—Está cerrado.

Se contentó con un hotel de tercer orden, donde halló alojamiento en una estancia alta, fría. Tocó los tubos de calefacción.

—No se enciende, señora, por la escasez de carbón.

—Bien, ¿me podrá traer un poco de agua caliente? No se enciende la cocina.¿No se come aquí?

—No, señora, está cerrado el restaurante.

La repercusión de la guerra, sus efectos en toda la parte civil, era espantosa, lo dificultaba todo.

Cuando llegó a la Promenade des Anglais, se detuvo. Allí florecía Niza; la Niza de siempre por el milagro de su sol y de su mar. A primera vista, toda aquella multitud que paseaba con sus vestidos elegantes, sus sombrillas de colores, conversando en animados grupos, daba la sensación de una felicidad completa, de que allí no llegaba la convulsión de la guerra. Pero luego, al fijarse, se notaba algo que no era habitual; tanto uniforme azul de soldado, tanto luto, luto de moda, luto de crespones flotantes, de trajes firmados por grandes modistos; luto cuya ostentación y coquetería no revelaba ciertamente el dolor, pero luto al fin y al cabo. Un signo de una vida desaparecida en plena juventud, porque, al ver a aquellas graciosas mujeres, se tenía idea de muertos jóvenes. No daban la sensación los muertos de esta guerra, de hijos, daban la sensación de amantes. Se pensaba más en las viudas que en las madres. No estaban allí tampoco los tipos de siempre. No se veía la multitud de ingleses, alemanes, americanos y rusos que formaban la mayoría; faltaban muchas de todas aquellas personas que componían la sociedad cosmopolita, que viaja siempre y que se cita en Trouville, en Monte Carlo, en Túnez o en Egipto… Se veían soldados permisionarios, ingleses y rusos, no faltaban senegaleses e indios de

piel roja.

Una voz a su lado le produjo un sacudimiento semejante al de un despertar brusco.

—¿Usted aquí, Fernanda?

Uncaballerorubio,debarbaralaypómulos prominentes estaba a su lado.

—Qué suerte haberla visto —siguió él—. ¿Cuándo ha llegado Vd. y Luis?

—Debe llegar mañana.

—¿Cómo?

—Permisionario. Viene de las trincheras de Verdún.

—¡Ah! Entonces es de la aristocracia de los héroes, porque ya sabe usted que una de las ilusiones de nuestros soldados es haber estado en Verdún.

—Luis no ha pretendido nada, se limitó a cumplir su deber.

Ahora pasaría su permiso con la mujer con la que se había casado en el momento que lo llamaron a filas y con la incertidumbre, al subir de nuevo al tren, de si también ella pudiera convertirse en una viuda. Pero la muerte o la posibilidad de ella enciende el deseo carnal y vivirán apasionados esos días de permiso, como si no hubiera un mañana.

Se escribían en las estaciones las estrofas más dolorosas de la guerra: las de la separación. (*El permisionario*).

El contrapunto a esta novela lo encontramos en la última de su trilogía sobre la guerra, *El fin de la guerra*, que publica en esta misma editorial el dieciocho de septiembre del diecinueve, donde recrea los espacios suntuosos en que se mueven los políticos, espías, aristocracia y alta burguesía.

Madrid es un nido de espías. Mata Hari (a quien el cine y la literatura hicieron famosa), bailarina de la danza del vientre (aunque no fuera oriental), más cortesana que espía, infiltrada en la Embajada alemana, al final, es acusada de contraespionaje cuando se encuentra en San Sebastián y, al llegar a Francia, la hacen prisionera y, más tarde, la condenan a muerte. En los mentideros literarios de la villa, se decía que el otro gran amigo de nuestra autora, Gómez Carrillo, había tenido algo que ver en ello. Él ha estado desde el 14 cubriendo la corresponsalía de guerra del *Liberal*, del que ahora pasa a ser director y será uno de los más prolíficos cronistas, desde Alsacia y Lorena, dejando varios libros sobre esta guerra de topos en esas trincheras que, como él decía, ya tienen algo de sepulturas. También ostentaba la presidencia de la Asociación de los Corresponsales de Guerra. *Campos de batalla*, *Campos en ruinas*, *Las trincheras* y otros muchos son sus libros sobre la contienda bélica.

Años más tarde, en el veintidós, es cuando un político francés exiliado, que había sido ministro de Interior, le revela que de él se cuenta en Madrid haber sido el último amante de la Mata Hari y que él fue quien la entregó. Confiesa que ni la conocía y, a raíz de esta noticia, se pone a investigar y publicará *El misterio de la vida y de la muerte de Mata Hari*. Lo cierto es que ya tenía dos libros publicados sobre la danza y danzarinas, sin que aparezca el nombre de ella. Y todavía no conocía a Raquel Meller, con quien más tarde se casaría, a la que hacen cómplice de su fechoría. Él presentó su renuncia de académico de la lengua española, puesto al que le habían nombrado con veintiún años, porque otro académico del egregio cenáculo había sido remunerado por entregar a Madame Humbert.

El material de documentación que utiliza, entre otros, para escribir el libro son el acta del proceso en 1917, redactada por el comandante Massar, jefe del Cuartel de la Fortaleza de París, y testimonios de altos cargos que fueron sus amantes. Dice en el acta: «La orden de matar a Mata Hari no me emocionó mucho; puesto que esta mujer había recibido dinero de los alemanes, no

hay que buscar en otros terrenos los motivos de su culpa».

Mata Hari confesó su fascinación por los militares, de cualquier nacionalidad, y que ella no cobraba menos de 30 000 marcos por sus favores; cortesana sí, pero que jamás había sido espía. En su casa de Neully, encontraron cartas de oficiales, aviadores, aristócratas, ministros de Guerra, pero todas ellas de carácter íntimo. Así como libros sobre las artes amatorias orientales, entre ellos el Kamasutra, que son las que, dicen, la hacían irresistible para los hombres.

Cuando Mata Hari está en el frente en una ambulancia, conoce a un capitán ruso, Marow, que se había quedado ciego, del que se enamorará. A ella, tras decir «mi amor es un artículo de lujo para millonarios enloquecidos», le preguntaron que, siendo tan caros sus servicios, por qué no los ofrecía a banqueros y millonarios, y ella respondió con una medio sonrisa y esa serenidad que asombra a los presentes que los más generosos no son los que más poseen.

Ante la pregunta por su último deseo antes de ser ajusticiada:

«—Lo único que llena mi alma en estos momentos es la imagen del hombre a quien amo.

»—¿Dónde se encuentra?

»—En Rusia, por eso no pido verle, sino escribirle».

Blasco Ibáñez, que regresa arruinado de su empresa agrícola en Argentina, llega a París y mantiene una entrevista con el presidente francés, Raymond Poincaré, quien le propone ir a la línea de combate, pero no como cronista, sino como novelista —de ese encargo saldrían sus *Cuatro jinetes*, al mismo tiempo que envía crónicas y fotografías para su editorial Prometeo, en Valencia, que irán saliendo semanalmente, como «Historia de la guerra europea de 1914»—. *Cuatro jinetes del Apocalipsis* se convertirá en *best seller* en EE. UU; más tarde será llevada al cine con Rodolfo Valentino. Sus cuentos de la Gran Guerra, primero tragedias, nos darán cuenta de la otra historia, la del pueblo —esas historias que no aparecen en la historia y que son los novelistas quienes nos sumergen en ellas— y se publicará en los *Contemporáneos* en 1918.

Hay un hecho fundamental que hará que esta sea, hasta aquel momento, la Gran Guerra, dejando pequeñas a la guerra de los Cien Años, o la de los treinta, a las campañas de los reyes españoles contra medio mundo, a los quince años de las campañas napoleónicas. Esta es la primera guerra que hacen los pueblos con ejércitos formados por el servicio militar obligatorio, naciones enteras puestas sobre las armas. Desde los 18 a los 50 años, todos son soldados, nada que ver con los miles de hombres de las guerras anteriores que se daban en el campo de batalla sin que se paralizase la productividad de las naciones beligerantes; los ferrocarriles dejarán de transportar civiles, a disposición de los soldados y las armas para la guerra. Mares y océanos surcados de barcos cargados de armamento, submarinos en sus entrañas con torpedos destructores. Hombres, de distintas razas y de los lugares más remotos de la Tierra, vierten su sangre en los campos europeos. Existe otro factor nuevo: la mujer, que se hará cargo de la industria, incluida la armamentística, la mejor pagada; de los talleres, de los hospitales, adquiriendo un protagonismo que no le estaba permitido en la paz. También habrá una equiparación de las clases sociales, ya que las bombas y los obuses matan igual al soldado pobre que al aristócrata. La ciencia, la química, están al servicio de la guerra. Ciudades incendiadas y su población huyendo despavorida, viendo sus casas en ruinas y fusilados sus familiares.

Blasco Ibáñez y Gómez Carrillo se habían visto en Madrid, a finales del XIX, como Gómez Carrillo nos cuenta en su libro *La miseria de Madrid* (pág. 213-4) en la librería y tertulia de Fernando Fe, en la carrera de San Jerónimo.

Entró en la tienda, llenándola toda con su aire, con su garbo, con su melena, con su chambergo, un mocetón moreno, hermoso, risueño, romántico a no poderlo ser más de aspecto.

—¿Sabe usted las señas de D. Nicolás? —gritó dirigiéndose a Fernando Fe.

—No, contestó el librero, muy seco.

—Pues trate usted de encontrármelas… Cualquiera se las dará a usted… Tengo que verlo antes de marcharme.

Había en la voz de aquel hombre algo que cantaba en un tono cálido y varonil.

—¿Quién es? —pregunté cuando se hubo marchado.

—Un chico valenciano, que fue escribiente de Fernández y González… Un tal Blasco Ibáñez.

Pocos meses después, en París, tuvo ocasión de encontrar, de nuevo, en un café del Barrio Latino, al futuro autor de los *Cuatro jinetes del Apocalipsis*, que ya entonces había escrito páginas admirables, las más bellas, las más puras tal vez de su obra inmortal y formidable, para Gómez Carrillo.

—Yo creo conocerle a usted —me dijo.

—Yo le vi a usted, hace poco, en la Carrera de San Jerónimo.

—Eso es… Cuando yo preparaba mi viaje huyendo de la justicia…

Así fue como comenzó una amistad que jamás ha sido enturbiada por ninguno de los inevitables chismes del oficio y que cada día es más fraternal, más tierna, más grave.

—¿Cuál es, según usted, el más gran literato español? —preguntáronme veinte años ha.

—El autor de *La barraca* y de *Sónnica* —contesté.

Si hoy me interrogaran del mismo modo, respondería:

—El poeta de *Sónnica* y de *La barraca*.

Blasco preguntaba por Salmerón, el paisano de Colombine, presidente de la I República, e iba huyendo por haber sido acusado de lesa majestad, debido a un soneto que había hecho contra todos los reyes de la Tierra.

Hasta el final de sus vidas, con un año de diferencia, fueron vecinos en la Costa Azul, así como el poeta Maeterlinck, que se casaría con la que fue otra de las esposas de Gómez Carrillo, la actriz Georgette Leblanc.

Pero volvamos a la guerra; también en 1916, Valle Inclán parte como reportero de *El Imparcial*, al frente de Verdún, una batalla que cambió el curso de la guerra. Allí se hace amigo de unos aviadores que, durante dos noches, le hacen elevarse de la tierra y contemplar la batalla con una visión estelar; ese sería, confiesa, el punto de vista de su novela *Visión estelar de un momento de guerra*. «Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador».

En cuanto a la posición política del escritor, ha variado mucho desde hace seis años, cuando se presentase a las elecciones por el Partido Carlista. Y no, el brazo no lo perdió en el campo de batalla como *El manco de Lepanto*, se lo amputaron por gangrena después de un bastonazo que le propinó su amigo, Manuel Bueno, en el Café Nuevo de la Puerta del Sol, cuando contaba treinta y tres años. Siguieron siendo amigos. Era habitual en aquella época que los periodistas o escritores se mandasen los padrinos, por un «quítame allá esas palabras injuriosas» o por plagiarse alejandrinos. Hasta veinte o treinta veces se batieron algunos de ellos en estos lances de honor, sujetos a código, de los que daban cuenta ampliamente los periódicos. Grandes duelistas, Vicente y Enrique, de los que hemos hablado antes.

De esa visión de la contienda desde el aire, de la trinchera al campo de batalla cubierto de nieve, de las playas donde los cadáveres de los soldados alemanes son arrojados al mar, de aldeas incendiadas y madres perdiendo a sus hijos, le plantea al narrador que ajuste los acontecimientos a su caminar y a su mirada.

En 1917, el *ABC* envía de corresponsal de guerra a la también gallega Sofía Casanova a

Varsovia y San Petersburgo, cubriendo, además, la información de la revolución bolchevique, siendo la única representante de la prensa española en la Revolución rusa, entrevistando a Trotsky.

Sofía Casanova, nacida cerca de A Coruña en 1861, llega muy joven a Madrid, siendo su valedor literario D. Ramón de Campoamor en el café de Fornos y luego protegida por el rey Alfonso XII, que «costeará» la publicación de su primer libro de poemas. D. Ramón le presentará a un filósofo y aristócrata polaco, con quien se casará y con quien vivirá en Polonia, hasta que el señor filósofo la repudie por haberle dado cuatro hijas y ningún varón.

A raíz de la firma del armisticio el 11-11-1918, Carmen de Burgos reflexiona acerca de una paz, firmada en soportes tan endebles, que harán preciso «evitar los nuevos conflictos del odio que se había sembrado en los profundos surcos de las trincheras y que germinará en lo porvenir». (*Fin de la fuerra*, pág. 14).

Península Ibérica



IV.

PENÍNSULA IBÉRICA

Cuando Carmen de Burgos nace, en 1867, en el balcón del domicilio de sus padres en Almería, ondea la bandera portuguesa, ya que su progenitor es vicecónsul de este país y es allí donde tiene su sede. Va a ser Portugal quien la acoja después de su periplo viajero por Europa en guerra, y no solo va a encontrar un remanso de paz, sino que verá cómo en ese país, cuya República se ha proclamado hace un lustro, ya se han conseguido las libertades por las que ella lucha.

Tiene allí una amiga muy apreciada por ella, Ana de Castro Osorio, viuda del insigne poeta, Paulino de Oliveira, quien la introducirá en los ambientes periodísticos, literarios y políticos. Esta mujer es la presidenta de la Cruzada de Mujeres Portuguesas y editora de la revista *La Semadora*, perteneciente al Grupo de Propaganda y Defensa de la mujer.

Colombine visita las redacciones de los periódicos. En *A Capital*, con fecha 23 de agosto, se informa: «Colombine está en Lisboa, "*é uma das mais interesantes figuras da Esphana intelellectual contemporánea*"». Es entrevistada por *O Mundo*, donde más tarde colaboraría. En *La Semadora* del mes de septiembre escribirán: «*Conoce toda a nossa literatura e estima o progresso e a felicidade de nosso povo*».

Ella nos confiesa en *Mis viajes por Europa*:

Yo hubiera querido visitar el *Journal do Comercio*; tengo con ese periódico una deuda romántica. Quizás le debo a él mi afición al periodismo, a la literatura y a los viajes. Yo aprendí a leer espontáneamente en la plana de anuncios de ese Journal que iba a perderse en las soledades de mi cortijo de Rodalquilar. La impresión que hacían en mi ánimo las negritas rotundas redondas y gruesas de sus letreros no se ha borrado aún. Bajo ella, había siempre grabados unos barcos… Sentía deseos de escaparme, de irme en aquellos barcos y, para enterarme de sus destinos, aprendí a juntar en castellano aquellas negritas portuguesas tan sugeridoras e inolvidables. «Pernambuco, Río de Janeiro, Santos, Oporto, Lisboa». Yo leía y releía sus nombres, los adivinaba por vocación, eran para mí lo que aún continúa siendo Bagdad… Yo quisiera poder estampar su nombre con aquellas mismas negritas, rudas y fuertes. (Págs. 242-2)

Luego, ella entrevistará al presidente saliente de la República y al recién electo Bernardino Machado, hombre humanista y culto, amigo de Giner de los Ríos, de su paisano Salmerón y de otros muchos intelectuales y políticos españoles. Casi todos los políticos de aquella República portuguesa eran escritores, intelectuales o poetas, feministas y masones.

Bernardino Machado es siempre el mismo hombre, de rostro fresco y mirada vivaz; correcto, pulcro y cuidadoso; habla con voz cálida y persuasiva. Recuerda a sus amigos de España, especialmente a Giner de los Ríos y Morote, y hay una lágrima en su voz al evocarle.

—Yo iba mucho a casa de Morote —dice.

Después, habla con entusiasmo de haber sido nombrado profesor honorario de la Institución

Libre de Enseñanza.

Se ve que lo que estima más por su título de profesor; es un hombre que ha ofrecido alto ejemplo de trabajo y laboriosidad, desempeñando concienzudamente su cátedra de la Universidad de Coimbra.

—El presidente nos acompaña al jardín, enseñándonos de paso las bellezas de este Palacio de Belém, donde se hospedarán, en no lejanos días, los reyes de España y los de Inglaterra.

Al volver, la biblioteca nos detiene. Machado nos muestra preciosas ediciones, en las que no faltan libros castellanos.

Parecida impresión a la de Bernardino Machado me produjo también Teófilo Braga, cuando lo visité en mi viaje anterior, siendo aún presidente de la República. La figura de Teófilo Braga es más bien de sabio que de político. No vivía en el Palacio de la Presidencia.

La nota predominante de su morada es tener libros y papeles en todas partes: en las mesas, en las sillas, en los sofás. No son libros de filosofía ni libros trascendentales; son amables libros de literatura y de estudio, que revelan la modalidad simpática de este hombre que, siendo presidente de la República, seguía viajando en tercera clase y paseando a pie por la ciudad, casi siempre con un paraguas bajo el brazo, lo que le ha valido de sus conciudadanos la inocente broma de llamar Teófilos a todos los paraguas.

Sin embargo, a pesar de esa modestia y de esa gran *bonhomie*, Teófilo Braga tiene dos condiciones que le granjean enemistades: una gran memoria para recordar los actos buenos y malos de cada uno y una gran facultad de satirizar a sus adversarios. Esto hace de él «un hombre terrible y temido».

Esas entrevistas irán saliendo en el *Heraldo*, en la nueva sección «De Portugal».

Sebastiao Magalhaes Lima, que en ese momento era ministro de Instrucción Pública, había presidido en París el primer Congrés Internacional des Droits des Femmes. También había ostentado el título de gran maestre en la logia de la masonería portuguesa.

Magalhaes, gran maestre de la masonería portuguesa, es un sincero amigo de España, admirador de nuestro arte y muy conocedor de nuestra vida y nuestros hombres. Uno de sus admirables libros, *La federación ibérica*, es una buena prueba de su afecto.

Magalhaes se ha pasado toda su vida entregado a una obra de pacifista, trabajando por un ideal de paz, de amor y de concordia, de fraternidad y solidaridad entre los pueblos y se consuela del desastre de sus ideales pensando que la guerra actual es una guerra contra el militarismo: es la guerra de la paz.

De ella se derivará —me dice— un nuevo mundo de orden y de justicia, porque llegará el día en que todas las naciones del universo recuerden horrorizadas esta guerra y se comprometan con un solemne juramento: no mataremos más.

Su figura, menudita y ágil; su semblante, noble, afable, algo ingenuo; y sus ojos, claros, de un azul que solo pueden encubrir pensamientos nobles. Magalhaes es un ejemplo de fe, de optimismo, de confianza en los destinos de su nación. Él, como todos los portugueses, siente más vivamente que nunca el amor a la patria: no tienen dueño, se sienten más señores de su tierra, más responsables al tener que gobernar por sí propios.

[…]

No faltan en la República portuguesa figuras femeninas. Desde muy antiguo, las mujeres portuguesas figuraron entre las más sabias y refinadas de Europa. Eran más exquisitas que las parisienses y las inglesas. […] Nuestras crónicas nos cuentan el lujo y la libertad de las damas portuguesas que acompañaron a las princesas que ocuparon el trono de España, y la infanta Dña.

María fue la Princesa sabia, que reunió en torno suyo una corte de artistas y poetas.

Del mismo modo, las mujeres del pueblo y de la clase media han dado siempre en Portugal muestras de inteligencia y energía. Ellas han laborado de tal modo en la implantación de la República, que una gran escritora francesa que visitó Lisboa advirtió a la reina Amelia: «Señora, es preciso atraer a las mujeres portuguesas, porque en ellas está el peligro». (*Mis viajes por Europa*, pág.207 y 208)

Sigue mostrando un ramillete de portuguesas ilustres en todos los campos: en la abogacía, la medicina, el periodismo y la literatura, sin olvidar a todas aquellas que trabajan en *La Cruzada*.

El nombre más representativo de todas ellas, Dña. Ana de Castro Osorio, figura interesante de esas mujeres de la Revolución que se han consagrado, quizás con más intensidad que los hombres, a la gran obra social…

Ana de Castro ha escrito novelas y libros llenos de arte, y tiene una labor enorme en artículos de periódico y conferencias. Ella dirige *A Semadora* y la casa editorial Para los Niños, de la que es fundadora. Además de tan gran labor intelectual, Ana de Castro ha realizado una obra sociológica… Esta mujer admirable ha influido en la ley del divorcio, en la reforma de los códigos. En la actualidad, ocupa uno de los puestos que se han dado a la mujer en el nuevo Ministerio de Trabajo. (*Mis Viajes por Europa*, pág.209-10)

Ana de Castro hacía hincapié en que:

La mujer, antes de ser política, debe ser feminista, esto es, tiene que salvaguardar sus derechos, para que en la nueva República no encuentre la hostilidad que ha encontrado siempre tras las revoluciones que ellas han auxiliado, como por ejemplo en Francia. Igual les pasaría más tarde en Portugal.

A las veladas en casa de Ana de Castro acude también un emigrado, D. Manuel García del Castillo: «Un antiguo comandante revolucionario, que fue condenado a muerte primero, y a cadena perpetua después, por las autoridades militares españolas, y que logró escapar valientemente, arrojándose al mar desde el castillo de Santa Catalina, como el héroe de Dumas, y vino a refugiarse en Portuga». (Pág. 212). Este hombre sería la inspiración para su novela *Don Manolito*.

El último capítulo lo dedica a los escritores españoles del Romanticismo que llegaron a Portugal con sus melancolías, como al amparo del sentir del fado. Es sabido el viaje de Espronceda, poeta romántico y masón, exiliado político, que hizo célebre la anécdota de arrojar al Tajo su única moneda de dos pesetas «por no querer entrar en ciudad tan grande con tan poco dinero. Esta tierra acogedora protegió al gran poeta y fue la cuna de aquel amor cruel y turbulento que sintió por Teresa Mancha y que tanto influyó sobre toda su vida». (Pág.262). Este amor de Teresa Mancha y Espronceda daría lugar más tarde a la novela de Rosa Chacel: *Teresa*.

De él publicaría Carmen una semblanza literaria en l919, en el nº 173 de *La Novela Corta*. También su querido Larra, Mariano José de Larra, *Fígaro*, su maestro del Romanticismo, cuya tumba visitó en el cementerio civil recién llegada a Madrid, ignorando, entonces, que Baroja y otros miembros de la generación del 98 le habían rendido, poco tiempo antes, el homenaje de su visita al maestro (que se pegó un tiro en la cabeza con solo 28 años y en pleno éxito literario y periodístico). Esa tumba ante la que Zorrilla leyera los versos que le dieron tanto éxito. Al lado se encuentra ahora Gómez de la Serna, en el Panteón de Hombres Ilustres. En la actualidad, no muy alejadas están las tumbas de Colombine y Baroja en el cementerio civil.

En 1919, Carmen de Burgos publicará *Fígaro*, una biografía de Larra, la mejor según los críticos. Ahora exalta la figura de la poetisa romántica, Carolina Coronado (tía de la madre de

Gómez de la Serna) que desde joven se retiró a Portugal, después de perder a su marido y a su hija, a quienes embalsamó y llevó con ella. Esta obsesión le venía porque ella padecía catalepsia.

Ninguna figura de mujer tan interesante en la literatura española como la de Carolina Coronado. Ella legitimó la inclinación literaria de la mujer hasta el límite que hoy tiene; fue intrépida, decidida y se apasionó del arte con una pasión literaria y fervorosa… Era la improvisadora, cuando la iluminaba una idea, cuando una cosa la deslumbraba o la ensombrecía, se sentaba ante el papel y escribía unos versos. (Pág. 264).

Una vez nos ha dado cuenta de estas personalidades portuguesas y allegadas, vamos a visitar los castillos de Sintra con ella:

Sintra deja en el alma de los que una vez la visitan una impresión inolvidable, cuya saudade debe acompañarlos siempre, porque Sintra es un lugar de esos idealmente fantásticos con los que hemos soñado alguna vez ante un paisaje de Van-der-Neer o ante una descripción virgiliana. Es algo que supera a toda realidad; un esfuerzo de la naturaleza que quisiera sobrepasarse y superarse a sí misma. Aún después de conocer los paisajes más bellos de la Tierra, Sintra sorprende por su grandiosidad. Richard Strauss confesaba que, aun habiendo viajado por Italia, Sicilia, Grecia y Egipto, no había visto nada comparable a Sintra, y creía reconocer en su parque el verdadero jardín de Kligsor, coronado por el castillo del Santo Grial, en la cima de la montaña de la Luna, nombre primitivo de Cintra, Cynthia (Sintra ahora en la ortografía reformada), donde la diosa Diana tuvo templo en la antigüedad.

La luna preside en Sintra; es el suyo un paisaje lunar por su placidez, por su calma, por sus melancolías, por su dulzura. Tiene, a pesar de su exuberancia, sosiego y suavidad de luna.

Aquí hay ruinas de ciudades primitivas y de templos romanos. El edificio más antiguo que se conserva, el Castillo de los Moros, sobre uno de los picos del monte, puede formar una decoración de leyenda oriental, destacándose con sus viejos torreones ruinosos y sus almenas de piedra del fondo azul del cielo en aquella inmensa llanura, que se extiende hasta la orilla del Atlántico…Villas, hoteles, quintas y palacios se vislumbran entre las frondas. En una de ellas habitó Lord Byron, ese amador de los bellos paisajes que cantó los mármoles de Venecia, el encanto de Pisa y la grandeza de Sintra; el Glorioso Edén como la ha llamado en su *Childe Harold*. No hay vegetación más espléndida en toda Europa, ni más exótica ni más tropical. La araucaria del Brasil, los eucaliptos y los leucodendros forman bosquecillos férricos entre los altos pinos, que se pierden en el aire, de un modo que recuerda el bosque de nuestra Alhambra. Estos bosques necesitan los castillos como un coronamiento.

El más alto es el castillo de la Pena. Su nombre parece profético cuando, recorriendo los salones, vemos las estancias de los fugitivos reyes D. Manuel y doña Amelia, como las dejaron cuando el 5 de octubre de 1910 se proclamó la República en Portugal. Están allí las camas desechas, la mesa de lectura con el periódico abierto, todo mudo y abandonado en la huida.

En la fachada principal, la influencia que el descubrimiento de la India ejerció sobre la arquitectura portuguesa. Bajo este influjo nació el estilo Manuelino, que es un gótico portugués, un gótico del último período, que se modifica con las tendencias del Renacimiento y transforma la curva ojival en el arco de vuelta entera.

Este estilo manuelino puede decirse que es el último adiós del arte de la tradición ojival. No es un estilo que deba confundirse con el plateresco, al que se asemeja por la prodigalidad de la ornamentación. Así como el manuelino es la última fase del gótico, el plateresco hay quien lo considera como la primera fase del Renacimiento.

Toda la montaña continúa sembrada de palacios y castillos.

No se puede dejar Sintra sin consagrar un recuerdo a Latino Coelho, uno de los mayores estilistas portugueses, enamorado del ideal republicano y patriarca que hoy sirve de ejemplo de hombres inteligentes y honrados.

Para mí Latino Coelho es un amigo; se aparece en mi recuerdo de un modo querido y familiar. El artista insigne fue íntimo amigo de mi padre. Siempre vestido de negro, correcto siempre, esquivando la admiración de las gentes, que se descubrían a su paso con cariño y respeto.

En política, Latino Coelho era partidario de la Unión Ibérica bajo el régimen de una federación republicana.

Sintra rinde estos días un homenaje a Latino Coelho, y esto me hace, por un fenómeno que no analizo, hallarme menos extranjera aún, como si la sombra protectora de este amigo de mi padre hiciese este lugar para mí algo así como esas viejas moradas señoriales que se abren para recibir a los huéspedes, los cuales se sienten como en su propia casa.

Después de conocer Sintra, pensamos en decir: «Alma, hagamos aquí nuestra morada», y resta como un anhelo de pasar dentro de su perpetua primavera todos los veranos y todos los inviernos de nuestra vida.

Ya está rondándoles a Ramón y a ella la idea de retirarse aquí a escribir.

Vamos a Coímbra.

Coímbra es la ciudad madre, la ciudad tradicional, la que sirve de cimiento y fundamento a la nacionalidad; algo así como el solar en que se ha edificado un Estado.

El río Mondego, ese río portugués que la baña, fue la primera frontera histórica que separó a Portugal del resto de la Península. Gracias al Mondego Coimbra, no tiene un aspecto ruinoso y oculta su valor histórico y su caudal de ciudad sabia entre bosquecillos de verduras y jardines de flores y plantas tropicales. Se conoce que han tenido especial empeño en aclimatar la flora exótica de América, de Asia y de África, y que lo han conseguido.

La fama de esta ciudad radica en la célebre y prestigiosa Universidad, por donde han pasado todos los grandes hombres.

Uno de los prestigios que me hicieron amar a Portugal fue el de Eca de Queiroz, el escritor moderno, galano, comparable solo con Anatole France, el grande y puro ironista, descendiente directo de los grandes escritores castellanos del Siglo de Oro.

Eca de Queiróz lleva, como vemos, el nombre de la madre en primer término, siguiendo la costumbre portuguesa de que los hijos lleven primero el nombre de la madre que el del padre, por más que en la adopción de los apellidos de familia reine una anarquía que permite elegir a cada uno aquel de sus patronímicos que más le agrade.

Era aquel tiempo de la adolescencia de Eca el tiempo de las célebres revoluciones de Coímbra, de las que había de salir una luz nueva para los espíritus y una nueva orientación para las inteligencias.

El alma de esa generación, el que más influencia ejerció en ella, era Antero. Eca ha retratado la emoción que le causó la vez primera que lo escuchó, predicando su doctrina de rebeldía en las gradas de la vieja catedral a la luz de la luna. Era el pontífice de una religión nueva; dotado de una gran simpatía, de extraordinaria fuerza de sugestión; una figura de leyenda, audaz e irreverente.

Hay en Eca algo de Larra. Es el mismo espíritu satírico, demoledor, apasionado, enamorado de todos los adelantos y todos los refinamientos. En pleno triunfo, crea el club de los Vencidos de la Vida, en el que se agrupan todos los artistas portugueses que se encuentra un poco solitarios y aislados. Uno de estos «vencidos», quizás el único que los sobrevive ya, es Guerra Junqueiro.

En esta Sociedad, que por su nombre parece sombría y triste, reina la mayor alegría; se reúnen constantemente en comidas y fiestas; allí lucen su ingenio, se leen las primicias de sus trabajos; es algo que los alienta en la lucha y que los desquita de las ingratitudes; que les proporciona una exaltación de su espíritu. Algo así como esa reunión de los fantasistas que se agrupan al lado del gran dibujante Leal da Câmara.

Portugal va a ser para ella como su segunda patria, adonde quiere retirarse a escribir libros, junto a Ramón, y dejar el periodismo.

Escenario también de algunas de sus novelas, *La flor de la playa*, *Las tricanas* y *El retorno: novela espiritista*.

Bien podríamos atribuirle a nuestra autora aquello de que «nada de lo humano le fue ajeno», por lo que no podía dejar de tratar el espiritismo, tan en boga para los estudiosos de su época, con alguno de los cuales tuvo relación directa. En 1905, que coincide con su primer viaje a París, se inaugura el Instituto General de Psicología, en el que colabora el rector de La Sorbona, donde hemos visto que Colombine imparte una conferencia, y es en ese instituto donde se van a estudiar fenómenos sobrenaturales o paranormales. A este centro experimental llega el psiquiatra italiano Cesare Lombroso, con la famosa médium Eusapia Paladino de Bari. Ignoro si Carmen lo conoció personalmente, pero sí sabemos que conocía sus teorías, pues en su libro sobre el desdichado poeta, *Giacomo Leopardi*, publicado en 1911, combate las tesis lombrosianas aplicadas al autor, pues «acabarían por hacernos creer que el talento es una enfermedad que se cura en el manicomio».

Allan Kardec (Dr. Hypolite León, 1804-1869) había publicado *El libro de los espíritus* el 18 de abril de l857, definiendo el espiritismo como una ciencia de observación y una doctrina filosófica. Trata del origen y destino de los espíritus, así como sus reacciones y comunicación con el mundo material.

En *El Retorno*, uno de los personajes es espiritista, doctor en medicina, que trata de materializar la sustancia espiritual, los fluidos que emanan en las sesiones a través del médium, por medio de un aparato de rayos beta, que, al ser expulsados por la radioactividad astral, chocan con los electrones del átomo y dan lugar a los muy penetrantes rayos gamma. Pero en el experimento que él realiza, las cosas no salen como esperaba y acaba creyendo que ha abrasado al alma que intentaba materializar.

Bueno, no está tan lejos del túnel acelerador de partículas de Suiza, en el que ahora nuestros científicos andan buscando, nada menos, que el alma o la partícula de Dios. El bosón.

Este interés de doctores y hombres cabales por el fenómeno de los espíritus hizo que la moda se extendiera por los salones europeos, y las damas de alta alcurnia jugaban a las mesas rodantes; en muchos casos, como pasatiempo y, en otros, buscando emociones y encontrándose, a veces, con obsesiones. Pero, a Carmen, esas inquietudes seguro que ya se le habían despertado en su infancia, pues el valle de Rodalquilar y sus alrededores, como ella misma nos cuenta en sus narraciones, siempre ha sido proclive a fenómenos extraordinarios o «supersticiosos»; ha tenido, y aún tiene, zahoríes y poderosas médiums y las sesiones espiritistas han llegado hasta nuestros días.

Recordemos, por otra parte, que la prudencia de nuestra autora hizo que tardara mucho en confesarse feminista, a pesar de tantos artículos informando sobre feminismo. Así, Roberto Braco, el escritor napolitano a quien traducirá, le escribe con mucha ironía, en la dedicatoria de su libro *En el mundo de las mujeres*: «A Carmen de Burgos (Colombine), antifeminista…, pero escritor». Anti-espiritista…, pero escribiendo novelas espiritistas.

El espiritismo es un tema eterno y muy complejo desde el principio de los tiempos y en todas las culturas; en unas, como inquietud personal y clandestina; en otras, como práctica colectiva; pero no dejará de estar presente. Un misterio, si se quiere, que solo tendrá carta de credibilidad cuando la ciencia, que en estos momentos es la religión más dogmática —niega cuanto ignora— y es la única que parece tener carta de credibilidad (la ciencia oficial, claro), tenga herramientas suficientes para poder explicarlo. Y entonces ya tendremos que creerlo, de la misma manera que creemos en los microbios, las bacterias, los virus… y no los vemos. Ah, me dirán: pero conocemos sus efectos. Sí, pero no a todos le afectan; de la misma manera que esas otras fuerzas invisibles, no todos las perciben.

Será en Portugal, en Estoril, donde construirán El Ventanal, la casa que compartirá con Ramón y donde los dos escribirán, a cuatro manos, en la misma mesa (en esa mesa con forma de piano de cola y una tórtola que va de hombro a hombro), dos obras muy diferentes, compartiendo inquietudes y alegrías y haciéndose, una al otro y el otro a la una, prólogos, epílogos y semblanzas.

A partir de 1916, Carmen publicará mucha de su obra en *La Novela Corta*, colección que nace en esas fechas y que tiene como colaboradores a Pérez Galdós, Benavente, Pardo Bazán, Pío Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Blasco Ibáñez y Colombine. Eso no le impedirá publicar más de un centenar de artículos y hacer algunas traducciones. La *Biblia* de Amiens de John Ruskin, de quien ya había traducido *Las siete lámparas de la arquitectura* en 1910, en Sempere, o *Las piedras de Venecia*, en 1913. *La corona de olivo silvestre*, del mismo autor, la he encontrado en la Biblioteca de Andalucía, editada por Sempere, pero sin fecha.

Ese año, también tiene Carmen que lamentar pérdidas de personas a las que admiraba, como Rubén Darío, que fallece el 6 de febrero en su Nicaragua natal y quien deja descendencia en España, fruto de su relación con la hija del jardinero de Palacio, a quien conoció cuando fue a presentar sus credenciales diplomáticas al rey Alfonso XIII.

El 7 de abril, en el *Heraldo* habla de su visita a la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, en la calle de Alcalá, que era mixta y donde encontró a una jovencísima Rosa Chacel «sobresaliendo en el difícil arte de la escultura».

La guerra sigue como marea de fondo, y hacia sus consecuencias vuelve la mirada Colombine. En Polonia, el pueblo que más sufre las crueldades de la guerra, «las mujeres han sido separadas de sus maridos, los hijos de los padres, ofreciéndose espectáculos de horror indescriptibles».

Como siempre, utiliza sus columnas para sensibilizar al pueblo y reclamar a los países neutrales su responsabilidad ante esos niños indefensos, dando cuenta de la gran movilización por parte de Francia e Inglaterra para recogerlos y atenderlos. Sus palabras tuvieron respuesta y comenzaron a llegar cartas de personas que se ofrecían para acoger niños en sus hogares y la creación de un patronato para ocuparse de ellos.

Tampoco ceja en su empeño por mejorar la condición femenina; esta vez, se ocupa de pedir que a las presas no las lleven a la cárcel a la vista de todos, avergonzándolas, sino en un carruaje, protegidas por unas cortinillas.

A pesar de su anticlericalismo, dedica espacio a las monjas, ensalzando la labor de las hermanas de San Vicente de Paúl, las Hermanas de la Caridad, en su labor de educar a huérfanos y cuidar ancianos.

También defiende a los vendedores ambulantes, fotografiándose con ellos y reproduciéndose esa fotografía en portada del *Heraldo*, defendiendo la imagen vital y colorista que estos vendedores callejeros dan a las calles europeas.

Entrevista a actrices famosas y a los liliputienses que participaban en los espectáculos, aunque lamenta que esté incompleta esta serie de entrevistas por no haberlas hecho a las actrices ancianas, ya retiradas y algunas en la miseria, o a aquellas otras jovencitas que trabajan casi por amor al arte, con el afán de medrar.

En su novela *Ellos y ellas o ellas y ellos*, publicada en la imprenta Alrededor del Mundo en l917, refleja el mundo en el que se mueven los homosexuales, el ambiente del Majestic; cómo la sociedad les vilipendiaba y ellos mismos asumían, en muchos casos, ese sentido de culpa, porque su condición era considerada una desviación o una enfermedad. Juana, una de las protagonistas, actúa con su pareja como asumiendo la parte varonil, llegando a maltratarla físicamente, como le confiesa a Manuel, quien, por cobardía, se ha casado con una joven a la que ama, pero no sexualmente:

Tú eres un enfermo como yo, porque yo también quisiera ser hombre *de verdad*. Nuestros amigos se pasan la vida imitando a las mujeres a las cuales abominan: yo envidio a los hombres que desprecio. Este dolor no es nuestro. Es el mal de esta generación heredado de todas las virtudes de nuestros antepasados…, esas virtudes que han formado esta deformación, esta debilidad, estos seres indecisos que no se sabe si son *ellas* o *ellos*… Sufrimos una equivocación de la naturaleza que nos dio almas de sexo distinto al nuestro… ¡No somos viciosos…, ¡somos doloridos… y se ríen de nosotros!

Estos exquisitos decadentes o iniciados, como les llamaban finamente, sin librarse de la burla y las palabras mal sonantes.

… había siempre un gran dolor en aquellas almas truncadas de todas aquellas criaturas que parecía habían alcanzado una mayor suma de sensibilidad artística, de gracia delicada…, envueltos en aquella terrible malla de los anhelos imposibles e irrealizables; aquellos anhelos que habían llevado a algunos adolescentes al suicidio… porque aquí, en la sociedad mediatizada, con la que abiertamente no se atrevían a romper…, se atracaban de éter para caer en la estupidez…, faltos de la pericia y la sabiduría de los extranjeros iniciados en los refinamientos que pretendían imitar… En vez de dar una impresión de perversión que suscitara el rencor o la indignación…, dejaban solo lugar a un sentimiento de conmiseración piadosa. (Pág. 68-69).

Luisa, la amante maltratada de Juana, la abandonará y se hará amante de la esposa de Manuel, quien, al asistir a un baile de disfraces en el teatro de la Zarzuela y enterarse de quién es la mujer que, bajo el disfraz, va acompañando a Luisa, entrará al palco 9 y la matará.

Este hecho no es entendido por la concurrencia; la razón de ese crimen no se la explican. «Se comprendía al hombre vengando su honor, no su amor» (pág. 88).

Como vemos, no hay un solo colectivo social del que Colombine no se ocupe, metiendo su escalpelo minuciosamente, diseccionando el entramado psicológico, emocional e íntimo de los personajes, orquestado desde fuera con todas las extravagancias de una coral de ambiente, cuya común inclinación unía a personajes variopintos, de cualquier clase social, cosa que no sucedía fuera.

En 1917, publica en la editorial Renacimiento *La rampa*, otra obra pro-derechos de la mujer y en la que, en un recorrido de los protagonistas por Madrid, nos van mostrando la construcción del Palace y el Ritz, la Gran Vía, el Palacio de Comunicaciones. Está dedicada a las mujeres que han acudido a ella en busca de orientación y que le han hecho sentir su tremenda situación.

En 1918, se inicia con la sección «Españoles de Antaño», que luego sería «Hablando con los descendientes», y dedicada a escritores, pintores, músicos, actores, toreros…

Y esta sección del periódico la llevaría a los familiares de Larra, quienes le aportan material, no

para una semblanza, sino para toda una biografía; unido, claro, a la devoción que tiene por la figura del suicida y el conocimiento de su obra. *Fígaro* se publica en la imprenta Alrededor del Mundo en l919 y tuvo excelentes críticas; hasta el día de hoy, ocupa un lugar relevante en la bibliografía de biografías sobre D. Mariano José de Larra, como pronosticara de la Serna en el epílogo de esta obra que ella le dedicó. Se ocupa del Larra poeta, dramaturgo, crítico, político, periodista, de su espíritu e intimidades, de su correspondencia amorosa con Dolores Armijo; nombre que se conoce entonces por primera vez; la mujer casada con la que mantuvo una relación tormentosa. Y la escenificación de su suicidio, el 13 de febrero de l837.

Así mismo, de los homenajes *post mortem* y el tratamiento que le da la prensa, para finalizar con semblanzas de sus descendientes.

En el nº 1404 de *Nuevo Mundo*, 10-dic-1920, Fortunio dice de esta biografía: «Es como una súbita revelación de Fígaro, como si hasta ahora no le hubiéramos conocido, y como si la autora de tantas novelas interesantes escribiera con hechos reales y gentes conocidas la más interesante de todas».

También en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, del día 6 de marzo de l921, aparece una reseña de *Fígaro*, firmada por Dña. Emilia Pardo Bazán. «El libro de Carmen de Burgos es un servicio prestado a la historia de las letras y ojalá tuviésemos muchos tan abundantes en noticias sobre los escritores legítimamente consagrados».

El 18 de diciembre de l920, Beatriz Galindo, presidenta de la Asociación Nacional de Mujeres Españolas y, más tarde, vicepresidenta del Lyceum Club de España, actriz, escritora, diplomática y periodista, escribía en el Sol acerca de Fígaro: «… aparte el enorme interés de la figura biografiada, hemos leído y saboreado con verdadera fruición y singular complacencia el nuevo libro… El malogrado escritor no hubiera hallado, por otra parte, comentarista más entusiasta, cordial y sincera que Colombine».

En 1919 ha publicado, en Biblioteca Nueva, la novela *Los anticuarios*, un mundo que conocía de cerca al alojarse a veces a las afueras de París (Villemomble, donde escribe su novela *Pasiones* en l917), en casa de un pariente que se dedica a las antigüedades. Quiere denunciar en ella la tropelía, engaños y triquiñuelas, la picaresca utilizada en las trastiendas de esos locales atiborrados de objetos y el expolio que se hace del patrimonio artístico (recordemos la defensa que de este hizo en la prensa en su época toledana); y ella misma confiesa el fin moralizante que quiso darle a esta obra, pero le salió el tiro por la culata al darse cuenta de que había servido para instruir cuando se encontró en Méjico con un anticuario que le da las gracias por haberlo hecho enriquecerse. Pues, para que ningún otro anticuario pudiera hacerlo, compró todos los ejemplares que salieron a la venta en su país y ahí aprendió los trucos del negocio.

Sigue atenta a las transformaciones y logros adquiridos por las mujeres tras la guerra, mientras en París se celebra la victoria. En el *Heraldo* informa el veinte de enero acerca de La Asociación de Viudas de la Guerra, y en las movilizaciones feministas tras la contienda para alcanzar la igualdad de la conferencia de las mujeres sufragistas de los países aliados para elegir sus representantes y estudiar las demandas a presentar en la próxima Conferencia de la Paz, como la jornada de 8 horas, el permiso por maternidad o el sufragio; sus esperanzas en una nueva realidad para las mujeres.

Y si en 1906 emprendió por libre su lucha por el voto femenino, ahora lo hará encabezando las actividades de la Agrupación Femenina Socialista; el terreno también está mejor abonado por las iniciativas, al respecto, que empiezan a impulsar los poderes públicos, con una reforma de la Ley Electoral, donde la mujer sea electora y elegible, e incluso el ayuntamiento de Madrid propone

un estudio sobre los empleos municipales que pueden ejercer las mujeres. Según la opinión de Carmen, si puede opositar con los hombres, puede acceder a cualquier puesto, como ellos.

«No basta ya esperar con los brazos cruzados el voto», le dice a las mujeres españolas desde el *Heraldo*, y las invita a los mítines que las mujeres socialistas van a dar, comentándoles la conferencia pronunciada en la Casa del Pueblo por Beatriz Galindo. «La responsabilidad de la mujer ante el voto» y de la creación del Consejo Nacional de Mujeres, con la satisfacción de que «España entre en ese concierto de la civilización mundial».

Por esta cuestión del sufragio dejará su militancia en el Partido Socialista, ya que este tenía reparos de concederlo, por miedo a que el voto de las mujeres estuviera intervenido por maridos y confesores, favoreciendo a la derecha. Pero ella, en contra de Victoria Kent, no está de acuerdo en coartar la libertad, ni en nombre de la libertad.

El fin de la guerra, en la que Portugal ha luchado con los aliados, coincide casi con el asesinato de Sidónio Pais, el golpista militar que, el 5 de diciembre de l917, destituyó a Bernardino Machado como presidente de la República portuguesa, por lo que, en l919, cuando Colombine llega a Portugal, sus amigos están de nuevo en el poder, aunque renovados por las nuevas generaciones. Entrevistará al nuevo presidente, Ernesto de Sá Cardoso —quien había sido encarcelado por el golpista Pais, ya que había abandonado la presidencia del parlamento portugués para irse a la línea de combate francesa—, y a todos los ministros, que le darán cuenta de sus programas. También visitará al asesino del golpista militar, que les ha dado de nuevo el poder y que sigue en la cárcel.

Propone como modelo para España la creación de barrios obreros, que está construyendo el Ministerio de Trabajo, viviendas individuales con un pequeño jardín, escuelas, biblioteca, centro deportivo, y se ofrecen en económicos arrendamientos. Nos habla de la «ciudad jardín» para Madrid.

En Madrid estamos un grupo de entusiastas… que nos proponemos hacer la *ciudad jardín* en este Madrid, que podría ser tan bello si se cultivaran sus condiciones naturales. Las flores y el agua, que parecen un lujo superfluo, se convierten en objetos de primera necesidad.

A través del *Heraldo*, publica sus entrevistas con personalidades e irá mostrando a la sociedad española el proyecto político de la República portuguesa.

Ese verano de 1919, comienza su colaboración con el diario *O Mundo*, donde mostrará a la sociedad portuguesa el quehacer político, social y cultural de España. Así inaugurará, el 19 de octubre, la columna «Coisas de Espanha. Crónica de Colombine». En esta columna, carga las tintas sobre todo en aquellos problemas que atañen a los dos países. Como ya nos ha comentado en otras ocasiones, para ella, nuestra península no puede comprenderse sin conocer Portugal; sin él, está incompleta.

Portugal la recibe con los brazos abiertos, reconociéndola como esa fiel amiga, embajadora de las artes y las letras lusitanas, que tanto ha cantado a Portugal desde sus columnas en la prensa y es condecorada, por el Gobierno de la República, mediante decreto firmado el 12 de agosto. El 14 de julio, ha presenciado el desfile de la Victoria, junto al Gobierno, con el grupo de mujeres de la Cruzada de Mujeres Portuguesas. De todo ello se informa en la prensa española, con la que ella seguirá colaborando.

La Universidad de Lisboa invita a la autora, a través del Gobierno, a impartir un curso de literatura española; la Escuela Normal entiende la honrosa misión de la profesora y le concede un permiso de seis meses.

Cuando regresa, en enero de 1920, no puede recibir a las personas que vienen a saludarla

porque se encuentra enferma; su dolencia de corazón, que mucho tiempo han confundido los doctores con una afección pulmonar o asmática, empieza a marcarle el paso.

Este es el recibimiento de *O Mundo* el 15 de febrero:

(…) *alto apreco em que é tida entre nos, pelas suas altíssimas facultades de talento e de trabalho e pela forma corajosa e nobre como sempre tem defendido a Liberdade e a Justica, honrando a sua Patria e o nosso País que tanto se orgulha em a ter por espanhola e amiga*.

Ya recuperada, se instalará con Ramón en el hotel París, de Estoril, y desde allí recorrerá el trayecto por la ribera del Tajo para impartir sus clases en Lisboa. Enviará al *Heraldo* noticias del incipiente nacimiento del turismo, en esa primavera de los años 20. «Así que esté acabado de construir el hermoso parque y el suntuoso casino, Monte Carlo y Niza van a tener un rival temible… Es más bella que la Costa Azul, más florida, más cálida».

El 8 de abril, dedica su crónica a la figura de D. Juan Baptista de Castro, juez que concedió el voto a una mujer, la doctora en medicina Carolina Angelo, amparándose en que la ley concedía el voto a los portugueses mayores de edad que fueran jefes de familia y, en que el código civil establecía que «eran ciudadanos portugueses los hombres y las mujeres».

Pronuncia conferencias en la Academia de las Ciencias y una copia de su retrato, pintado por Romero de Torres, aparece en la librería más importante de Lisboa, junto a sus libros.

La noche del 7 de mayo habló sobre el Romanticismo de Larra, su vida, su obra y su contacto con Portugal.

El día 10, la conferencia versa sobre los pintores, que son los artistas que mejor supieron interpretar el espíritu español, según nuestra autora. La última, dos días más tarde, sobre literatura contemporánea. Por supuesto, a todas ellas asistieron las más floridas personalidades, políticos, artistas, escritores y estudiantes.

Al año siguiente, según informa el *Heraldo* el 18 de enero, la harían socio honorario —*socia honoraria* que se diría ahora— de dicha Academia de las Ciencias. Fue proclamada «socia benemérita» de la Cruzada de Mujeres Portuguesas por aclamación general. También fue acogida, como hermana, en el gremio Carolina Ángelo, logia masónica fundada por esta y a la que pertenecía Ana de Castro desde l907.

Y con Ana de Castro viajan Ramón y ella a Madrid, donde la agasajan, dándole la bienvenida desde el *Heraldo*, publicando una fotografía y semblanza de la escritora. A la fiesta que dan en casa del pintor Benlliure acuden escritores, pintores, músicos y las mujeres de los círculos feministas, a quienes les sirvieron té en el jardín mientras disfrutaban de una velada musical, admirando la obra del pintor.

A raíz de esta visita nace la Cruzada de Mujeres Españolas. El 1 de agosto, Colombine preside la reunión preparatoria, participando en ella otras luchadoras pro-derechos de las mujeres: la presidenta de la Unión de Mujeres de España, doctora Concepción Aleixandre; la marquesa del Ter, presidenta del Consejo Nacional de Mujeres; Carmen Blanco, Josefa Barrera. La intención de esta asociación es influir en la legislación, como ya habían hecho las Cruzadas portuguesas, y trabajar por la dignidad social de la mujer. Colombine escribirá en *O Mundo* el día 16 de agosto las peticiones que van a hacer a las Cortes: «Establecimiento del divorcio. Investigación de la paternidad. La igualdad de derechos entre hijos legítimos e ilegítimos. Reforma del código civil y penal en lo que respecta a la mujer».

Ana de Castro informa, en este periódico, de la creación de la Cruzada de Mujeres Españolas y su hermandad con la organización portuguesa, de su presidenta y de otras afiliadas, entre las cuales se encuentra la hermana de Carmen, Catalina, la hermana que la acompañó, en silencio,

durante toda su vida, en casa y por los campamentos en la guerra con Marruecos.

A estas alturas, Colombine entiende la necesidad de organizarse políticamente, o más bien de reorganizarse, porque el Partido Socialista, al que ya hemos visto que está afiliada, no cumple sus expectativas. Es por eso que, para poder influenciar en la reforma de las leyes y la política, necesita un partido, y el programa de Unión Republicana es más claro en sus intenciones respecto a los derechos de las mujeres.

El 31 de agosto de 1920, escribe en el *Heraldo*:

Para la Unión Republicana, no admite duda ni discusión la concesión de los derechos civiles y políticos de la mujer en toda su extensión, sin más limitaciones que las establecidas para los hombres en idénticos casos. La liberación de la mujer no puede alcanzarse más que así, con el apoyo fuerte de un partido político que le dé el puesto que merece y que le abra francamente las puertas de su colaboración.

Con esto, está invitando a las mujeres a militar en el mismo, ya que la lucha política completará la misión de la Cruzada y del Consejo Nacional de mujeres (que las internacionaliza) para conseguir los fines que persiguen.

Al crear el Consejo Nacional de Mujeres, tenían la intención de que se celebrara el Congreso Feminista Internacional en España, pero parece que a quien vino a planificar la celebración del evento no le pareció que estuviera muy consolidado dicho Consejo, por lo que se celebró en junio en Ginebra, asistiendo a él una delegación del Consejo Nacional de Mujeres, presididas por la marquesa del Ter. En dicho Congreso participaron 98 naciones. Carmen se había sentido molesta porque no se celebrara en España y así lo había manifestado en el *Heraldo* el día 2 de junio: «Era más importante este Congreso aquí como obra de propaganda, cosa que han debido tener en cuenta, pues no tiene la misma extensión la obra entre convencidos que en países como el nuestro». También en el *Heraldo* da a conocer los trece puntos en los que se desglosaba en el Congreso, la igualdad de ambos sexos ante la ley.

Se ocupó de los niños en el Centro Instructivo Republicano durante el mes de julio, hablándoles del amor, del respeto, de la belleza de las plantas y de la bondad de los animales, para los que deberían tener cuidados.

Con motivo de la muerte de la granadina Eugenia de Montijo en el palacio de Liria a los 94 años, Carmen publica el 10-7-l920 su biografía. Ella la había conocido a principios de siglo en Venecia, donde la exemperatriz de los franceses visitaba a su amiga Cecilia Madrazo de Fortuny, esposa del célebre pintor. La describía por entonces como una mujer de suaves facciones, mirada inteligente y voz armoniosa; ya estaba viuda y su hijo había muerto también en el campo de batalla. Es posible que Gómez de la Serna acompañase a Carmen en esa visita, pues de su belleza dejó dicho: «Es una belleza de líneas de miniatura, de finos trazos, una mujer a la acuarela»; pero, sin duda, lo que más le admiraba Carmen era su pasión por la literatura y la amistad que había disfrutado de los grandes, como Merimé, amigo de la emperatriz desde la niñez de esta y hasta la muerte de aquel. Ella sería la inspiración de su Carmen. Merimé le había presentado a Balzac, quien dice jugaba con ella sobre sus rodillas y le decía: «Dentro de unos años, te casarás con un marqués o un duque de Alba (su hermana fue la que se casó con el duque, siendo ella la que estaba enamorada) y entonces te olvidarás de este amigo que te quiere tanto». No fue así; siempre le profesó un profundo cariño y, más tarde, soberana protección. Ellos fueron sus maestros; Merimé le enseñaba francés y escritura y Balzac historia. También aparece Eugenia en las obras de Stendhal, George Sand y Lamartine. Por supuesto que habla de sus errores políticos, cuando se quedaba de regente, mientras Napoleón y su hijo estaban guerreando. De su carácter

enérgico, que otros han tachado de mal carácter (*malafollá*, tratándose de una granaína) y montones de anécdotas, así como su cercanía al pueblo, como en l868, cuando el cólera diezma Amiens y ella visita los enfermos de los hospitales sin ningún temor. Y defiende su biógrafa, que fue su pasión por las letras, su inteligencia y sus dotes de amazona, las cualidades que enamoraron a Napoleón III. Tampoco pasa por alto la faceta de la emperatriz como creadora de moda, nada menos que del miriñaque, los chalecos o las corbatas. En cuanto a sus enemigos, dice que «murió triunfante porque los sobrevivió a todos y tan larga vida es un indiscutible triunfo».

A través de las páginas de *O Mundo*, Colombine iba mostrando al país lusitano los aconteceres del suelo patrio: de la muerte de Miguel Moya, al que ella tenía un gran afecto, como padre del periodismo, por su intachable honradez profesional y comprensión del feminismo. Ella no se movió del *Heraldo* cuando los compañeros se fueron a otras redacciones buscando mayores compensaciones económicas.

También Ramón Gómez de la Serna le fue fiel al hijo de Moya, según confiesa en *Automoribundia*, al no aceptar colaborar en *La Voz*, aunque le ofrecían mucho más dinero que en el *Liberal*, porque Moya representaba para él la España independiente y feliz de entonces.

En *O Mundo*, en la sección de «Siluetas Españolas», entrevista en París a su gran amigo, Blasco Ibáñez, que acaba de regresar de Estados Unidos y le da cuenta de sus éxitos y sus proyectos. Hablan de amigos comunes de Portugal y de los que han muerto en España.

El 16 de octubre informa de la sentencia contra Unamuno por dos artículos, considerados de lesa majestad, que le condenaban a dieciséis años de cárcel, lo que había provocado un clamor universal.

No cabe duda de que el conocimiento y enriquecimiento que tuvieron España y Portugal a través de este gran puente que fue siempre Colombine, acerca de los logros políticos, del segundo y estancamiento de nuestro país, así como de la vida artística, literaria e intelectual de ambos en esa época, no se ha repetido desde que ese puente se rompió.

En enero de l919, se había creado en Madrid la revista mensual *Cosmópolis*, dirigida por su amigo Enrique Gómez Carrillo, casado ya con Raquel Meller; el amigo que le presentó a Rubén Darío en París a principios de siglo, quien dirigía en la capital francesa, por aquel entonces, *Mundial Magazine*, en el que Carmen de Burgos colaboró en una sección de modas. Ahora Carmen colabora en *Cosmópolis*, difundiendo la nueva literatura portuguesa en una columna que llama «Crónica literaria de Portugal» y que, en l921, pasaría a llamarse «Literatura portuguesa».

Y precisamente ese año de l921, en el mes de mayo, muere Dña. Emilia Pardo Bazán, buena amiga de Carmen a pesar de su diferente ideología; no olvidemos cómo Pardo Bazán hizo una buena crítica de su *Fígaro*, y también mucho espacio es el que Carmen dedica en el *Heraldo* a la muerte de la escritora, ocupándose de todas sus facetas, como ya había hecho con Galdós a su muerte.

El día treinta de ese mes, Colombine se echa a la calle, encabezando la manifestación de la Cruzada de Mujeres Españolas, enfilando por la Carrera de San Jerónimo hasta las Cortes para entregar allí todas las reivindicaciones feministas. Van repartiendo un manifiesto que contiene sus peticiones:

Igualdad completa de derechos políticos, y por tanto, ser electoras y elegibles.

Igualdad de derechos civiles.

Derogación de las leyes que cierran a las mujeres las puertas para estudiar determinadas carreras o acceder a ciertos empleos.

Que el jurado sea constituido por individuos de ambos sexos.

Igualdad con el hombre en lo que se refiere al código penal.

Crear los medios para investigar la paternidad.

Igualdad ante la ley de los hijos, legítimos e ilegítimos.

Centros de instrucción moral y cívica de la mujer.

Que desaparezca, en virtud de una ley, la prostitución reglamentada y que se persiga.

Entre las firmantes de dicho manifiesto se encuentran, como podemos ver, mujeres de diferentes clases sociales: las marquesas de Arguelles y del Ter, las federaciones de obreras de Barcelona y Alicante, casi todas las mujeres intelectuales, profesoras de la Normal, estudiantes y hasta la mismísima Pastora Imperio.

Después de mucho esfuerzo durante tantos años, el movimiento feminista español ya está en la calle.

Los Sres. Diputados parece que las recibieron con buenos modos; Colombine ya no era aquella maestrita llegada de Almería que hacía encuestas comprometidas en sus columnas: su nombre era carta de presentación donde quiera que sonara, por eso Romanones les responde: «Tendrán Vdes. el voto, ¡qué duda cabe!»; Lerroux ofreció ser él quien se lo concediera.

El presidente del Congreso se comprometió con la presidenta a recibirlas al día siguiente.

Es cierto que Carmen no ocupó escaño en el Congreso por su muerte repentina, ya que iba a presentarse a las elecciones del 33, pero sí estuvo a las puertas del mismo y ya antes había estado en boca del presidente, que había exclamado aquello de «no quiero Colombines en el Congreso».

No se le puede negar su tremenda aportación en la conquista del voto femenino. Las hemerotecas y la mayoría de sus libros guardan el testimonio de su lucha en las mismas causas durante 30 años, cuyos frutos recogieron las siguientes generaciones.

Ya el 18 de abril de ese año había vuelto, en el *Heraldo*, a su tarea de «divorciadora», concluyendo: «Más tarde o más temprano, el divorcio se establecerá, fatalmente, por la fuerza misma del progreso, que ha de imponerlo».

Nunca se dio por vencida en sus reivindicaciones, porque siempre luchó para facilitar la tarea a las siguientes generaciones, sin importarle no ser ella quien recogiera el resultado de sus esfuerzos; entendía que el bien común es una lucha colectiva y muy lenta.

Al año siguiente en París, pronunció, entre otras conferencias, «La situación social y política de la mujer española».

No fue l922 un año fácil para ella, pues al empeoramiento de su enfermedad se unió la muerte de su padre, por las mismas fechas que se celebraba el primer festival de *cante jondo* en Granada y que presentaría Gómez de la Serna, no con mucho éxito, según él nos refiere, ya que tuvo que salir por patas, pues los gitanos habían ido a escuchar «de cantar» y no estaban para oratorias.

Seguía su labor literaria y, en l923, publicó la muy autobiográfica *La malcasada*, en la editorial Sempere. Quizás esperó a la muerte de su padre para no tener que reconocer ante él su error, ya que se casó en contra de la voluntad de este. Como mencioné anteriormente, el rechazo de su padre hacia el novio tenía que ver con la pertenencia del mismo a la familia del asesino de su abuelo, que le descerrajó un par de tiros cuando iba del brazo de su mujer. Este abuelo era el trasunto de *El último contrabandista*; ese personaje mítico de su infancia al que no conoció.

La mejicana Elena Arizmendi promovió la Liga de Mujeres Ibéricas e Iberoamericanas y fue la sección «Feminismo internacional» de *La Revista de La Raza* la difusora de la misma, habiéndose nombrado a Colombine presidenta de la Liga por ser la mujer más representativa,en todos los ámbitos feministas españoles.

En noviembre de 1924, dice Elena Arizmendi desde esta revista:

La distinguida escritora doña Carmen de Burgos, presidente de la Liga, así como todas y cada una de sus representantes, se han unido para laborar en provecho del progreso y bienestar de nuestros mutuos pueblos y para lograr la integración total de nuestras respectivas nacionalidades… El movimiento contemporáneo feminista, encarrilado debidamente, puede ser un manantial inagotable y benéfico de energía cívica.

Colombine dedica una crónica a rechazar una concesión, muy limitada, del voto femenino que la dictadura de Primo de Rivera ofrecía; recordando que no es ese el tipo de sufragio que ella viene reclamando en sus campañas de prensa desde l906.

Otra novela autobiográfica sale en *La Novela Corta*, nº 457, ambientada en Rodalquilar y perteneciente a la época de su infancia, titulada *La miniatura*.

En 1924, Elena Arizmendi, que vive en Nueva York, convoca el Congreso Internacional de la Liga de Mujeres e invita a Carmen para presidirlo. *La Revista de La Raza* anuncia la partida a Méjico (donde se celebraría el Congreso) de la ilustre presidenta, que sería agasajada con grandes festejos, y les mantendría informados de todas las actividades que se desarrollaran. Dicho congreso no se celebró, pero la autora viajó a Méjico y, en las Universidades de Cárdenas y el Distrito Federal, impartió conferencias sobre «La influencia de la mujer en la sociedad».

Abogados, políticos e intelectuales promueven, en l927, una campaña en la prensa contra el artículo 438 del código penal, pero no se acuerdan de mencionar que, en el manifiesto que la Cruzada de Mujeres Españolas había entregado en el Congreso en l921, un punto que señalaba: «Igualdad con el hombre en lo que se refiere al código penal».

¿Y su novela, *El artículo 438*, precisamente, publicada también el 1 de octubre de l921?

Alguien desde las páginas de *La Revista de la Raza* la defiende: «En torno a la reforma del código penal. La labor de Carmen de Burgos: "Hay que reconocerle la iniciativa como un valor más en su continua lucha por la reivindicación de los derechos femeninos"».

Ese mismo año, en que su corazón sigue flaqueando, publica en Sempere todo el conocimiento acumulado en su lucha feminista, y del que hemos extractado alguna página al comienzo de este modesto ensayo: *La mujer moderna y sus derechos*.

Durante 1928, esta obra fue muy aclamada y, en l929, aparece en *La Esfera* el resumen del año literario, en el mes de enero, firmado por Cristóbal de Castro:

He aquí la *Summa* feminista, el *Corpus Juris* y aun el *Corpus societatis*, el Libro, por antonomasia, de la Mujer. Carmen de Burgos, la escritora más dotada, más preparada, de cuantas en España abordan el Feminismo, encierra en *La mujer moderna y sus derechos* todo un caudal de hechos y doctrinas.

La aportación de sus talentos y experiencias va de la Historia a la Estadística, de la Psicología a la Fisiología, del Hogar al Código, con el paso firme y ligero del habituado. Es un periplo feminista rico en datos, jugoso de observaciones, amenizado por anécdotas, copioso de paisajes y lecturas.

Es cierto que este libro puede considerarse el manual feminista de la llamada primera ola del feminismo, como lo sería el de Simone de Bouvoir en la segunda ola.

En l931, Cristóbal de Castro defiende la entrada de las mujeres en la Real Academia de la Lengua: «Entre las escritoras de hoy destacan en labor academicista, de erudición, de investigación, de aportación crítica y documental, de eficacia para las letras puras, Blanca de los Ríos, Concha Espina y Carmen de Burgos».

Para acceder a tal honor, debían tener alguna obra «erudita» y, de Carmen de Burgos, de Castro eligió *Fígaro*, diciendo del estudio que ella hace de Larra:

… esta Agustina, esta Bureta de las letras, toma la mecha entre sus manos y bate las altas murallas. Todo se ilumina y resplandece ahora: la Musa del suicida, el enigma romántico, el misterio del escritor genial. Y Carmen de Burgos, con su libro investigador, gana las lindes académicas.

También Francisco Umbral, nacido el mismo año que murió nuestra autora, elogió el *Fígaro* de Colombine, que utilizaría como documentación para crear el suyo: *Larra: anatomía de un dandy*, publicado en 1965.

El 14 de abril de 1931, con la proclamación de la II República, para Colombine debió ser un renacer de esperanzas, a pesar de no estar viviendo un buen momento su corazón, tanto en lo físico como en lo sentimental, como veremos más tarde.

En la revista *Mujer*, recién aparecida, escribe:

Cuando se ha esperado durante mucho tiempo una cosa muy deseada, no debemos precipitarnos al conseguirla… La verdadera transformación, la radical, hemos de hacerla antes en nosotros mismos, proclamando la república en nuestros espíritus, en nuestros hogares, reformando, incluso, el vocabulario. Pero todo esto vendrá y los que pretendan iniciar campañas de retroceso no conseguirán más que impulsar hacia delante nuestro movimiento. No me parece que debamos acelerar demasiado ese ritmo, pero siempre preferiré la velocidad revolucionaria al reaccionarismo vencido que no se resigna.

Ingresa en el Partido Republicano Radical Socialista, participando en campañas y mítines y siendo presentada por este como candidata a diputada para las elecciones de l933.

Es posible que el manifiesto que había publicado ese partido en l929, muy afín a los ideales por los que siempre luchó, fuera la causa que la hizo militar en sus filas:

El socialismo ya no es un dogma; es una civilización. Por eso no puede monopolizar ninguna ortodoxia, sino que pertenece a todos los hombres. […] Un socialismo sin dogma y sin catástrofes, vivificado en todo momento por la aspiración inmortal a la libertad. […] El Código civil, renovado por el moderno derecho social que proclama la igualdad jurídica de las clases y de los sexos.

Otra vez se lanza a emprender la lucha por el voto femenino, que comenzó en l906, pues la recién nacida República tiene los mismos miedos que tenían los gobernantes de aquella época al voto de las mujeres, si bien fue corta la campaña, porque, ahora, Clara Campoamor es diputada y, con la también diputada y andaluza Victoria Kent (que siempre ha confesado sus temores al respecto), encabeza el debate sobre el voto femenino en el Congreso en sesión del día l de octubre de l931.

La enmienda fue aprobada por 160 votos a favor y 121 en contra. Clara Campoamor rompió la obediencia de voto de su partido.

No consta que la República tuviera algún tipo de mención sobre el camino que nuestra autora había iniciado en solitario hasta llegar a estos resultados. Ella siguió colaborando y fue una de las comisionadas en la preparación del homenaje a Clara Campoamor, quien ni siquiera la menciona en su libro *El voto femenino y yo*; por ceñirse al título, supongo. Nunca es el agua que empuja a la ola quien rompe en la arena. Carmen decía que eran precisos estos homenajes, porque temían las represalias del propio partido por haber roto con la consigna dada.

Tampoco importa que no se la mencione en el premio de ensayo 2001 de Almería, premio que lleva su propio nombre y versa sobre la conquista del voto femenino.

Ya sabemos su actitud ante estas cosas: encogimiento de hombros y seguir avanzando.

Pero tampoco vamos a negarle que su obra sea un testimonio histórico-político-social de más

de 30 años de la historia, no solo de este país, sino de toda Europa, aparte de Argentina, Chile, Cuba o México.

En cuanto a su obra literaria, como algo vivo que es la literatura, cambiante según las corrientes imperantes en la época que se lea y, sobre todo, el espacio que le dé la crítica. Porque de esas críticas saldrá el interés o no por leerla. Si bien ella se definía, allá por l909, como romántico-naturalista, también hubo mucho realismo en ella y modernismo, si no en el estilo, sí en los argumentos, y hasta algún coqueteo con el vanguardismo; aunque nunca quiso afiliarse a escuelas (muy barojiana). Pero lo que nos interesa ahora es la lectura que hagamos de ella en la actualidad, y si tanto se dice que fue una mujer que se adelantó a su tiempo, creo que es su momento, porque se está empezando a enaltecer aquello que hace apenas veinte años se denostaba, como la primera persona y la veracidad de lo narrado. En un prólogo que hizo Rafael Conte en el noventa y dos a un libro (*Me quedo contigo hasta que te duermas*) del que es autora, quien escribe estas líneas manifiesta que: «… escribe en primera persona, pero despersonaliza el texto para descargarlo de autobiografismos innecesarios». Siempre hay un «pero» para la primera persona, aunque sea para justificarla.

Las cosas están cambiando ahora.

En el nº 877 de *Babelia*, del sábado 13 de septiembre de 2008, en portada leemos: «Escribo sobre mí. La autoficción marca la narrativa en castellano. El Yo asalta la literatura». Ese es el título del reportaje que coordina Winston Manrique Sabogal y que dieciséis autores y críticos analizan.

Aunque la reelaboración y potenciación de la primera persona tiene como gran fondo a escritores como Dante, el Arcipreste de Hita, Casanova, Proust, Céline, etc., cree Andrés Trapiello que la fuerte presencia de la primera persona es una manera de escribir más acorde con estos tiempos: «La sociedad urbana contemporánea ha fragmentado y roto de tal modo su identidad que no somos más que trozos de desechos de naturaleza que necesita reconocerse en un relato de su tiempo».

Yo diría que la realidad actual es, a veces, tan ficticia y virtual —aparte de que las grandes ficciones nos las cuenta el cine— que el lector va buscando la cercanía en la novela: «el tipo corriente» se está convirtiendo en el héroe contemporáneo. Y el pasado siempre está por escribir. Pero no olvidemos que el narrador, aunque escriba en primera persona, tiene que desdoblarse en el *yo* que vivió los hechos que narra y el *yo* que lo cuenta, y ambos no suelen coincidir ni en el tiempo ni en el espacio. Esos *yoes* de nuestra autora.

Primera persona e introspección es la mejor voz para el presente, según algunos escritores, sigue diciendo el artículo, y aquí, permitidme una cita de la autobiografía de Carmen de Burgos: «Mi vida se deslizó dentro de mí y todas sus complicaciones nacieron de mi espíritu». Y podríamos añadir una reseña suya en la revista Prometeo:

El porvenir lo creamos nosotros a fuerza de pensar en él, amamos las ilusiones que nosotros mismos hemos creado, el universo entero no es, en suma, más que un reflejo de nuestro pensamiento. La vida es tan subjetiva, que todo lo que no está en nosotros no está fuera de nosotros.

Entre nuestros «yoistas» ilustres actuales, tenemos firmas de la talla de Paul Auster, Philip Roth, Enrique Villamatas, Ray Lóriga, quien dice, a mi juicio muy acertadamente:

… no hay más literatura que la que se adentra en el territorio de lo ajeno y lo propio desde lo propio… Yo más Yo somos todos, y este no es más que un trabajo como cualquier otro. El fontanero no es el dueño del agua, el que porta la antorcha no es la luz.

Patricia Souza, peruana y autora de *Los rostros de la autoficción*:

Hemos llegado a un momento en el que quitarse la máscara se ha convertido en una apuesta arriesgada más que en un *striptease* ordinario, en una búsqueda de verdad, verdad escrita, a través del lenguaje escrito, pero una búsqueda de verdad sobre la propia persona, sobre un sujeto que nos va a transmitir un mensaje. Pero, sobre todo, algo que tendrá que ver consigo mismo y sus emociones, algo que de alguna forma le va a dar un rostro definido, fuera de todo anonimato.

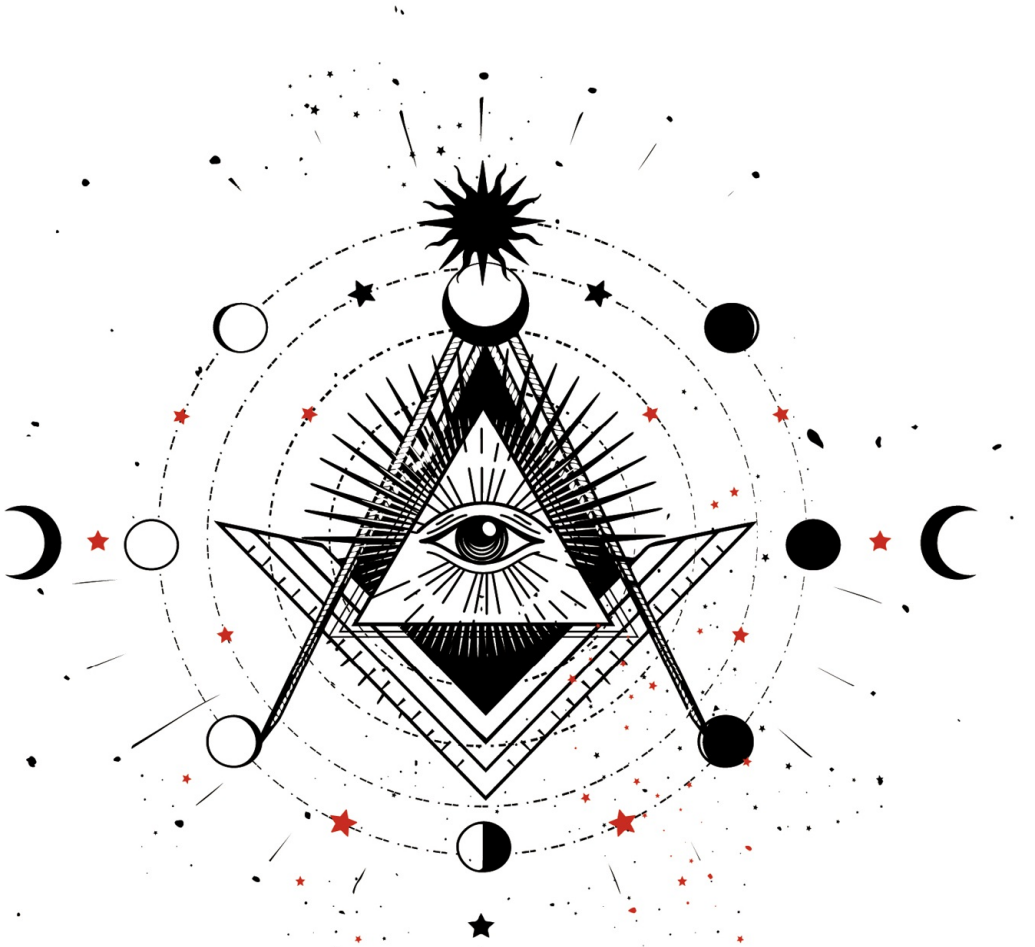
En cuanto a las últimas palabras de Souza, habría que decir que toda literatura tiene que ver con las emociones del escritor, aunque las transfiera a la tercera persona o las presente más elaboradas. Cuando se conoce la biografía de un autor, se entiende la materia prima de la que está hecha su obra, sucesos de su vida que han dejado la impronta que presta a sus personajes.

La escena desgarradora de Dolores, un personaje de Colombine, con su bebé muerto en brazos, no hubiera tenido la misma carga emocional si a la propia autora no le hubiera sucedido, aunque ella no nos describiera esa escena dolorosa de sí misma jamás, pero sí lo hizo Ramón.

Discúlpame, lector, esta manía mía de dialogar con los textos.

Nunca tuvo reparo nuestra autora en decir que sus historias eran reales, y en cuanto a las de Rodalquilar, no les había cambiado ni el nombre a los personajes, con la seguridad de que a ese rincón no llegarían sus libros. No podía sospechar que, tras el éxito posterior de *Bodas de sangre* de Lorca, hasta el cortijo del Fraile —del Monje, según su Clavel de puñales— llegarían curiosos y estudiosos de la tragedia para entrevistar al novio, a pesar de que Lorca sitúa el escenario de los hechos en una cueva y en su obra también muere el novio. Aquellas personas murieron, pero es muy posible que sus descendientes puedan reconocerlos y alegrarse de su inmortalidad, celebrar que hayan hecho arte con su historia, y ya que Rodalquilar estuvo siempre presente en la obra de Carmen de Burgos Seguí, vamos a hacer que su obra esté presente en Rodalquilar, para que nativos y visitantes, muchos procedentes de esos países por los que ella viajó y de los que escribió, puedan disfrutarla; hagámosle un jardín de lectura a Colombine, un jardín con todas aquellas plantas del valle que ella describió con todo lujo de detalles, precursora del moderno jardín botánico. Leamos su obra, que es la mejor forma de conocer a un escritor, sin análisis ni disecciones…

En cualquier caso, yo no creo que fuera una mujer que se adelantase a su tiempo, como tantas veces he oído o leído; pienso que fue una mujer tremendamente comprometida con el mismo, que se unió a todos los movimientos, europeos y americanos, de la época que le tocó vivir, lo que ocurre es que, en España, la guerra y los cuarenta años siguientes fueron como meterse en la máquina del tiempo, para aparecer en el siglo XIX. Fue la dictadura la que puso marcha atrás los relojes.



Colombine y la Masonería

V.

COLOMBINE Y LA MASONERÍA

Debemos remontarnos a los comienzos de la autora en el *Universal* de Madrid, a principios de siglo, y a su sección «Lecturas para la mujer», donde, por primera vez, escribe sobre la masonería para darnos cuenta de que fue un tema importante en su vida a pesar de lo contradictorio, pues siendo una organización donde prima el libre pensamiento, la igualdad, la libertad y la fraternidad, sin embargo, aparte de alguna aristócrata o hija de algún constructor de la catedral de Estrasburgo, por ejemplo, o la propia mujer de Napoleón, Josefina (aunque luego este acabara con los masones), la masonería en la época de Carmen era machista y sigue siéndolo.

María José Lacalzada de Mateo, doctora en Historia Moderna y Contemporánea y miembro del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española, nos dice en su reportaje «Mujeres en la masonería (entre la adopción y la emancipación)», en el nº 18 de la revista *La Acacia*, que la Asociación Masónica Internacional, en l923, decía en su punto cuatro: «Las potencias masónicas adherentes deben estar formadas por hombres exclusivamente». Esto ya era suficiente para que Carmen de Burgos emprendiera la tarea de hacer que eso cambiara.

Hemos visto que su primer contacto con la masonería lo ha tenido en Buenos Aires, a través de la logia El Grande Oriente Argentino, allá por 1913. Cuando regresa de ese viaje, hace escala en Canarias, siendo recibida por el ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife y otras instituciones insulares y donde es muy posible que visitara el único templo masónico español, construido en l905 con similitudes arquitectónicas al templo de Salomón, al que después de la guerra le darían uso militar y en la actualidad está en fase de reconstrucción, adquirido por el ayuntamiento para fines culturales.

Ya en l910 ha traducido *Las siete lámparas de la arquitectura* de John Ruskin, que era masón, al igual que muchos de sus amigos, entre ellos Blasco Ibáñez, Sorolla, Gómez de la Serna, sin olvidar al presidente de la I República, su paisano Salmerón, D. Antonio Machado, su hermano Manuel, Giner de los Ríos y otros muchos pedagogos, pintores, músicos, poetas, escritores, políticos. Pues, a pesar de que los masones manifiestan su respeto por el trabajo, tanto manual como intelectual, solo en la época actual se encuentran en la masonería española trabajadores como taxistas, por ejemplo. Sin olvidar que sus más importantes biografiados, D. Rafael del Riego y Fígaro (Larra) también eran masones. Así como Espronceda, de quien nos hizo una semblanza desde Portugal, como tantos masones españoles que fueron acogidos en las logias lusitanas. Sin duda, será años más tarde, en Portugal, de la mano de su gran amiga Ana de Castro, cuando se hará hermana masona, ya que en ese país las mujeres pueden ser iniciadas y alcanzar el grado de gran maestre.

En el Gran Oriente Español existen muchas logias de adopción (copiando esta modalidad francesa de ser adoptadas por logias masculinas que las controlan), pero las mujeres no han

recibido más que la semiiniciación… Algunas hermanas de España se han unido al Gran Oriente Lusitano, que da a las mujeres la iniciación completa, como a los hombres.

El Gran Oriente Español, una vez proclamada la II República, mantenía en vigor las directrices de adopción y tenía bien establecidos sus cuatro grados.

La Gran Logia Española iba algo más allá. Mantua núm. 31 de Madrid, de su federación fundó la logia de adopción Amor, el 2 de diciembre de l931. Carmen de Burgos, Colombine, su venerable maestra, presentó un trabajo sobre la necesidad de que tuviesen las mujeres en masonería condiciones de igualdad. La Gran Logia Española estuvo dispuesta a dirigirse a la Asociación Masónica Internacional «apoyando la pretensión de las mujeres españolas por considerarla justa, razonable, atendible y necesaria».

Preveía, además, que si la A.M.I. fuera contraria a los deseos expuestos, se recabe la libertad de acción de la Gran Logia Española, para que dentro de su jurisdicción pueda conceder a las mujeres españolas los mismos derechos que a los hombres, autorizando la creación de logias femeninas independientes, con los mismos derechos que las logias masculinas existentes.

La masonería, desde que fuera fundada en España por un coronel inglés al servicio de la corona española, el duque de Warton en l728, ha sido objeto de grandes persecuciones. La primera logia que se fundó en Madrid se llamó Matritense o Las Tres Flores de Lis. La historia siguió andando y, curiosamente, en l875 el gran arquitecto Gaudí es el encargado de la restauración de Poblet, lugar donde se encuentra la tumba del duque de Warton. No olvidemos que la masonería nació en el gremio de los constructores de catedrales y funcionaba a modo de sindicato.

Gaudí trabaja con la Cooperativa Obrera de Mataró, creada por un masón, Pagés, que mantiene estrechos vínculos con Miguel Morayta, máximo representante del Grande Oriente Español en ese momento. Gaudí trabaja con el ayuntamiento de Barcelona, controlado también por los masones, en el proyecto del parque de la Ciudadela, en una época en que la Iglesia católica está demonizando a los masones (Gaudí sería un satánico por entregar a la cooperativa un plano a escala l.666) que, por su parte, en ese momento son anticlericales y a cuyas tertulias Gaudí asistía, así como a las excursiones campestres, en las que se supone que ingerían *amanita muscaria*, defendiendo alguno de sus estudiosos que en estas subidas de *amanita muscaria* debió vislumbrar las formas fantasiosas de su arquitectura, como podemos leer en la obra del anarquista Joan Llarch: *Gaudí, una biografía mágica*.

Así mismo, trabajó en el parque de la Ciudadela con los arquitectos y hermanos Fontseré, que ocupaban altos grados en la Gran Logia Simbólica Regional de Cataluña; según nos documenta Ernesto Milá en su libro *Gaudí y la masonería: los pasos perdidos del arquitecto*.

Lo que sí está claro en la obra de Gaudí, especialmente en el parque Güell y en la Sagrada Familia, es la simbología masónica: la flor de lis, la *amanita muscari*a, el pelícano, así como otras muchas pertenecientes a la alquimia, la hermética o el catolicismo.

Pero todavía no hemos llegado a esa fecha en esta breve historia.

Felipe IV dicta una bula de excomunión contra la masonería, y esta sufrirá los más tremendos castigos por parte de la Inquisición, como penas de prisión, destierro e inhabilitación para desempeñar cargos públicos.

Con la invasión francesa y la abolición de la Inquisición, la masonería llegaría a tener sus reuniones en lo que había sido la sede de esa mortífera institución.

El conde de Montijo era masón, así como su sobrina, la que llegaría a ser la emperatriz Eugenia, cuya biografía elaborada por Colombine hemos comentado en páginas anteriores. Pero estos privilegios acabarían con la abolición de la Constitución de l812, hasta el pronunciamiento

de Rafael del Riego en l820, el cual era Soberano Gran Comendador del Supremo Consejo 33. Carmen publicaría en el 31 *Gloriosa vida y desdichada muerte* de D. Rafael del Riego, que la editorial, aprovechando que la corona había caído, subtituló: *Un crimen de los Borbones*.

Fernando VII prohíbe de nuevo la masonería. Durante el reinado de Isabel II, sigue la prohibición, pero no debía de estar perseguida, ya que casi todo su Gobierno era masón, así como sus preceptores y su propio tutor, Argüelles.

Pero, sin duda, la época de mayor crecimiento y expansión en España llegó con la Gloriosa Revolución de l868, siendo masones Prim, Sagasta, Segismundo Moret, Echegarai.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, se prohíbe por decreto y sería en esta época cuando Colombine emprenda la lucha por la entrada de las mujeres en la masonería, con las mismas prerrogativas que los hombres.

Con la llegada de la II República, la masonería se politizó, cosa que lamenta el autor del libro *Masonería*, Miguel Ángel Foruria y Franco, pues muchos de los nuevos hermanos no reunían las cualidades morales y espirituales que se requerían.

El número de logias aumentó a 67 por todo el territorio, con unos 5 000 hermanos masones, entre los cuales había 17 ministros, 5 subsecretarios, 15 directores generales, 183 diputados (de 470), 5 embajadores, 9 generales. Pero, según este autor, no atendieron a los ideales de tolerancia de la masonería y pasó lo que pasó. Cuando ganaron las derechas en el 34, entre cuyos militantes también había masones, empezó de nuevo la persecución. De los 5 000 afiliados que existían, durante la guerra cayeron 2 000, y los que quedaban se requetemultiplicaron para el dictador, que veía masones por todas partes; y lo curioso, según las fuentes que estoy citando, es que el Caudillo había pedido entrar en una logia cuando andaba por los campamentos africanos, pero al ser rechazado se encolerizó y, a título personal, culpó a la masonería de la separación de sus padres. Su padre y su hermano eran masones.

El día 1 de marzo de l940, se dicta la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo. Esa ley dicta prisión para Carmen de Burgos, que lleva ocho años muerta. La misma ley para dos organizaciones tan enemigas. Después, sin querer, pasarían a ser el contubernio judeo-masónico-comunista.

Por estas razones, la masonería española parte al exilio, menos los hermanos que quedan en las cárceles o en los paredones y las cunetas, y son recibidos por la Gran Logia de México como Grande Oriente Español en el Exilio.

No será hasta el 4 de noviembre del 77, y después de haber tenido que demandar al Gobierno en su lucha por la legalidad, que será adquirida el 18 de octubre de l980, habiendo sido consagrada en l982. Al final de la dictadura franquista, algunos masones en el exilio, del Grande Oriente Español, fundaron en Cataluña Perseverança, uniéndose luego todos en ña Logia de España, que es la que existe en la actualidad, con su página en Internet, donde su gran maestre, José Carretero Doménech, da la bienvenida y hace esta declaración de principios:

La francmasonería es una institución de carácter fraternal, iniciático y filantrópico, que tiene como fundamento la creencia en el Gran Arquitecto del Universo y, como objetivo, el perfeccionamiento ético y moral de sus miembros y, a través de ellos, de la sociedad.

No permite la discusión sobre opciones políticas o religiosas y no se manifiesta institucionalmente sobre ninguno de estos aspectos.

Sus símbolos son: la escuadra, representando al mundo material y a la acción correcta y moral; el compás, que representa al mundo intelectual y a la razón, en contraposición al fanatismo, la ignorancia y la superstición; el libro sagrado: la Biblia. Todo a la gloria del Gran Arquitecto del

Universo.

Pero la fraternidad francmasona actual, señoras, no quiere hermanas. Alegan que los rituales no estaban diseñados para mujeres en las Constituciones de Anderson, su fundador en Inglaterra. Ya alguien sentó precedentes, la rompedora Colombine; ella sí fue hermana masona y, además, «venerable».

En otros puntos, sin embargo, como su relación con la Iglesia católica, sí han modificado su postura, siendo ahora amigos, o al menos no enemigos declarados, asunto que no ha gustado a los viejos republicanos masones. O en la modernización tecnológica, internándose por la banda del ciberespacio, que tampoco debía estar previsto en las Constituciones de Arderson en l725.

Pero no solo en artículos se interesa Carmen de Burgos por la masonería, en su obra literaria también hace guiños, como, por ejemplo, en su novela corta *Dorado trópico*, que publicará el 7 de febrero de l930 en *La Novela de Hoy*, fruto de su estancia en La Habana años antes: «Daban aquellos cafés de las cuatro esquinas su carácter más típico a La Habana: eran, con sus grandes puertas metálicas abiertas día y noche y sus escasas paredes, como soportales que recordaban las logias italianas» (pág.37).

Y al espiritismo, al hacer vagar a su personaje, una europea cazafortunas, por los barrios de La Habana y detenerse en el barrio chino donde están interpretando una obra, cuyas palabras no entiende y se le acerca Paon-Ling-Su para explicarle que se trata de una obra espiritista escrita hace seiscientos años, cuya protagonista es víctima de un íncubo que acaba por hacer que se suicide, pero ahí están sus espíritus protectores que hacen que vuelva a la vida, como nos relata en la página 58 de *Dorado Trópico*.

Y como una cosa lleva a la otra, y por ser dos temas que interesaron a nuestra autora, vamos a ver la relación que existe entre la masonería y el espiritismo científico.

La semilla de este la plantó un masón, Mesmer, el creador de la teoría sobre el magnetismo animal, o el «mesmerismo», y que fundaría en París, en l778, la sociedad Armonía, que sentó muy mal a los conservadores, porque en ella se reunían progresistas y masones; según ellos, para conspirar en la magnética armonía. Entre los asistentes se encontraban La Fayette y el duque de Orleáns, gran maestre del Gran Oriente de Francia.

En l848, entre los seguidores del espiritismo estaban la reina Victoria, Victor Hugo, Thomas Mann, Thomas Edison, Schopenhauer y, sobre todo, Conan Doyle, el creador de *Sherlock Holmes* y del *Sexto Sentido*, gran difusor espiritista.

Alfred Russell Walace, colaborador de Darwin, sería uno de los pioneros en el estudio de los fenómenos espiritistas, quien afirmó: «Están probados, al menos en igual medida que cualquiera de los hechos que se consideran probados en otras ciencias». En l857, Allan Kardec publica *El libro de los espíritus*, al que ya nos hemos referido al hablar de *El retorno*, la novela espiritista de Carmen de Burgos.

En l869, el eminente físico y químico y premio nobel William Crookes crea la metapsíquica y, en l876, otro físico, William Barrett, funda la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, a la que pertenecerían Freud, Jung y Ferenczi. En 1875, H.P. Blavatsky funda en Nueva York la Sociedad Teosófica, según su definición: «Una sociedad para la búsqueda de la sabiduría divina, sabiduría oculta y sabiduría espiritual, en la que se estudian —con más rigor— los fenómenos espiritistas».

Estas investigaciones atrajeron a físicos, médicos, inventores, escritores masones, encontrándose entre ellos un español, D. Santiago Ramón y Cajal, y su hermano Pedro, también médico y científico, que efectuaron investigaciones pioneras en los sueños, los médiums y la hipnosis.

En los muchos viajes que Colombine realizo a París, frecuentó los círculos de la pintura de vanguardia, fue por ellos introducida en la pintura de vanguardia parisina, siendo algunos de sus creadores espiritistas pertenecientes a la Sociedad Teosófica. En el primer viaje de Colombine a París, ya en l903, Kupka, el pintor polaco que, además, era médium y creaba en trance, había pintado su cuadro *El principio de la vida*; no es un pintor conocido, pero de su época abstracta se encuentran cuatro cuadros en el Museo Thyssen de Madrid. En el viaje de Colombine de l911, Mondrian ya ha pintado su tríptico *Evolución*.

He querido hacer hincapié en la vertiente masónica de Carmen de Burgos porque fue precisamente el haber fundado la logia femenina Amor el 2 de diciembre del 31 la causa de su condena a prisión en los años cuarenta, aunque había muerto en octubre del 32 y sus libros, prohibidos por decreto ley en el 39.

Carmen, Ramón, María y el Teatro



VI.

CARMEN, RAMÓN, MARÍA Y EL TEATRO

En 1908, Gómez de la Serna aparece por la tertulia de Colombine acompañando a unos jóvenes, escultor y pintor, catalanes. Él mismo confiesa que sería el causante del cierre de dicha tertulia; parece que su condición de celoso era bien conocida, y la de enemigo de Cansinos Assens, muy tertuliano de Colombine, también; el propio Borges habla, en l981, de esta enemistad, tildando de erudito a Cansinos Assens y de artista a Ramón, pero que «se disgregó en greguerías». Lo cual no quita que Cansinos colaborase también en la Revista *Prometeo*, cuya dirección llevaba Ramón, financiada por su padre, así como el primer librito que ha publicado con solo diecisiete años. Borges llegó al *Colonial*, donde Cansinos se había nombrado padre del ultraísmo, y el joven argentino, que viene acompañado de su hermana Nora —que también crea unos dibujos muy modernos— dice querer ser el introductor del ultra en Buenos Aires. Sin embargo, quien escribe el *Manifiesto ultraísta* es Guillermo de Torre, futuro esposo de Nora. Borges aún no había publicado nada. Gómez de la Serna nombra como socio fundador de la cripta de Pombo a Cansinos Assens; la tertulia de los modernistas, no muy moderna, le comenta Rafael, ya que es una botillería de la época de Isabel II, y tampoco muy moderno el cuadro de Solana que la preside. Rafael Cansinos Assens, en su *Novela de un literato*, es quien más testimonios nos ha legado de cómo transcurrían Los miércoles de Colombine. Como buen tímido, es muy observador; otra cosa es la lente con la que mira.

Recaló en ella a través de un amigo poeta que le había comunicado el interés de Colombine para que fuera él quien tradujese del alemán un libro de Max Nordau, el escritor húngaro de origen hebreo, hijo de un rabino, que volvió al hebraísmo a través del sionismo político de Herzl, el movimiento de liberación nacional del pueblo judío, que no encontraría al principio un apoyo mayoritario de estos. Nordau se refugiaría en España durante la Primera Guerra Mundial, como muchos judíos, tanto asquenazíes como sefarditas.

«¡Algo nuevo e interesante que vale la pena ver de cerca, la primera mujer periodista que hace reportajes y no es condesa ni beata como la Pardo Bazán!», exclamaba Cansinos Assens.

Así puede comprobarlo cuando, llegando a casa de esta, en la calle Eguilaz, se la encuentra vestida de calle pero con un delantal puesto, porque está cocinando al mismo tiempo que dictando a su hermano, Lorenzo, la entrevista que ha hecho al político francés, M. Naquet, quien está llevando a cabo una campaña en pro del divorcio, de la misma manera que Colombine la ha hecho en el *Heraldo*. Él ha dicho alegrarse de que sea, precisamente, una periodista quien le haga la entrevista. Entre tanto, tiene que estar ocupándose de su hija para que no interrumpa el dictado ni moleste a los tertulianos.

Al rato, llaman a la puerta y es Blasco Ibáñez, que viene del Congreso —fue siete veces diputado por Valencia—, y cuyo talento de novelista ha ensalzado Colombine, aunque ellos prefieren pensar que lo que le entusiasma es su estampa de hombre joven y fuerte y el negro de

su pelo y barba. Esos ojos de árabe, que tanto le alaban las mujeres (con las que tiene mucho éxito) y que Sorolla, su paisano, ha plasmado en un retrato. «Vengo del Congreso cansado de tanto discurso, hablemos de literatura. ¡Ah, joven Cansinos! Envidio su melena, yo también la llevaba así de joven».

Visto objetivamente —como si hubiera alguna mirada objetiva— Blasco con Carmen hacía buena pareja, son de la misma edad y corpulencia, tienen bastante complicidad literaria y mismas inquietudes políticas, son apasionados y los dos comparten la experiencia de matrimonios desafortunados. Poco después, Blasco Ibáñez presentaría la renuncia de su acta como diputado y explicaría en su periódico, *Pueblo*:

Los que me conocen de antiguo… saben que yo no tengo nada de político… Soy un propagandista, un modesto sembrador de rebeldías contra lo existente, un enamorado de la revolución, no la que ha de detenerse con la llegada de la República, sino la que ha de ir más allá, indefinidamente, hasta conseguir que el hombre sea libre de veras y posea el bienestar al que tiene derecho… Llevo años de diputado y tengo la ruda franqueza de declarar que, en este periodo, he hecho menos de positivo y práctico por la revolución que lo que hice en los tiempos de muchacho entusiasta y desconocido, cuando no tenía un acta. (Biografía de León Roca).

Por estas fechas estaría Blasco escribiendo *La voluntad de vivir*, que publicaría un año más tarde en Sempere, pero que, a petición de una persona que se vio reflejada, mandó retirar de las librerías, corriendo él con las pérdidas y dejando por escrito su voluntad de que fuera publicada diez años después de su muerte, fecha que coincidió con la guerra civil y, según su hija, Libertad, a su editorial Prometeo no le servían papel. Después, el franquismo destruiría el mausoleo, aún no terminado, que la República empezó a construirle para que reposaran sus restos, sus bienes incautados, sus libros prohibidos como los de Carmen, y su familia partió al exilio. Hasta el 77 no aparecerá *La voluntad de vivir*, en el tomo IV de sus obras completas. Pero sus libros no solo han sido traducidos a diez idiomas, gozando de fama mundial, sino que fueron llevados al cine; *Los cuatro jinetes del apocalipsis*, publicada en 1916, pasaría al cinematógrafo en 1921 con Rodolfo Valentino, al igual que también protagonizó *Sangre y arena*. Además, fueron llevadas al cine sus obras: *Mare Nostrum*, *El torrente*, *Arroz y tartana* o *Entre naranjos*. Él mismo nos dice que se ejercitó en el arte de escribir a la edad de 12 años, habiendo escrito a los catorce una novela de las de capa y espada, fecha en que huye del domicilio paterno a Madrid, pasando hambre y frío hasta que un novelista le contrata como secretario, aunque más bien fue su negro. La Guardia Civil, por petición paterna, le devuelve a Valencia, y allí empieza su periplo revolucionario, la creación del periódico *Pueblo*, sus treinta entradas en prisión y su huida a París, habiendo estado sentado en el banquillo, con diecisiete años, por un soneto (malísimo dice él) de lesa majestad.

En 1909, cuando deja la política, parte a Argentina de conferenciante, donde decide hacerse colono, «fundando» Nueva Valencia y Cervantes, explotaciones agrarias que fueron un fracaso. En Méjico, vive en 1910 en plena Revolución, de la que daría cuenta en el *New York Times* y el *Chicago Tribune*. Por aquella época, los EE. UU. y los Estados mejicanos no mantenían relaciones y él llegaba con noticias frescas, aunque su intención era escribir una novela: *El águila y la serpiente*.

Escritor prolífico y hombre de acción, millonario, se retira a la Costa Azul con su yate, donde se había trasladado convaleciente después de haber pasado la guerra trabajando doce horas diarias en París, en medio del desabastecimiento, y acabaría ocupando la Fontana Rosa, una bella mansión que no pudo sujetarle; cinco años antes de morir, decide dar la vuelta al mundo, de la

que da cuenta en sus tres tomos de la *Vuelta al mundo de un novelista*. Aunque en sus primeras novelas le llamaron el Zola español, él siempre defendió que hacía novelas siguiendo el axioma de Stendhal de que una novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino. Los caminos de Blasco fueron muchos, y por ellos paseó su temperamento ese espejo. Es muy posible que Carmen y Ramón lo visitaran, pues dos novelas de ella sobre la guerra, *El permisionario* y *El fin de la guerra*, las sitúa en la Costa Azul.

Pero ahora estamos en la tertulia de Colombine, a la que acude Blasco, por amistad, pues nunca fue amigo de tertulias ni de cafés literarios; teorizar sobre literatura se lo deja a los críticos, «el novelista —dice— lo que tiene que hacer es novelar».

Reconocen Rafael y su acompañante el trabajo infatigable de Carmen para ganarse el sustento, la enseñanza, los artículos del *Heraldo* y colaboraciones para otros periódicos, además de las traducciones del francés y sus novelas cortas.

Pero ¿qué mujer podía presumir entonces de ganarse la vida con la pluma? Ni siquiera los hombres, ya que a la literatura se llegaba a través del periodismo y la escuela de periodismo eran las redacciones de los periódicos, donde entraban de meritorios, sin cobrar, para hacerse «una firma». Pues esta mujer muy pronto logró la firma, la fama y el sustento. Quizás por eso sus contemporáneos insinúen o declaren abiertamente que son sus artes de mujer quienes le abren las puertas de la literatura.

A las redacciones de los periódicos llegaban jóvenes de todas las regiones, especialmente de Andalucía, Galicia y el País Vasco, curtiéndose en la bohemia de los cafés, algunos con licenciaturas en medicina, derecho o letras, como diletantes de la literatura, otros más puristas entregados solo al arte y muchos, inoculados por el veneno de este, acababan en el hampa de los bohemios, los corrillos de la Puerta del Sol.

Cuando Rafael Cansinos vuelve a casa de Colombine con el libro traducido, esta se encuentra sola, escribiendo esos artículos que le salen del tirón y que ni lee después por falta de tiempo, y le hace estas confidencias cuando él le dice que ella ya es una escritora conocida:

Sí, demasiado… La gente se fija en mí porque soy la primera mujer periodista que entra y sale, hace interviús y reportajes como cualquier tío… Hasta aquí solo había señoras como la Pardo Bazán, que escribían por deporte… Yo soy la primera que escribe para ganarse la vida. Y eso, en este país, es algo nuevo que produce escándalo… Una mujer periodista que anda entre hombres y que, además, tiene ideas libres y escribe en la prensa de izquierdas. A mí la gente trata de desacreditarme por todos los medios… Me llaman la dama roja…, me crean una leyenda de escándalo. Todos los hombres de letras están en mi contra. Y además los despechados, los que con una mujer de ideas libres se creen con derecho a todo… y se enfurruñan si no lo consiguen. Usted habrá oído decir de mí muchas cosas. Le habrán dicho que soy una mujer aventurera, que dejó abandonado a su marido en Almería y se vino a Madrid a hacer fortuna, que he sido la querida del secretario de Romanones y que ahora lo soy de Blasco Ibáñez, sí, todo eso dicen de mí los hombres, y las mujeres no digamos…, que soy un marimacho, una mujer que da consejos de elegancia y no sabe vestir…, y los queridos compañeros añaden que escribo como una cocinera. Aunque quizás en eso tengan razón, pues yo he sido una mujer como las demás, que a los treinta años tuve que rehacer mi vida y hacerme a mí misma.

¡Oh! Yo soy una mujer calumniada… solo por no resignarme a ser una mujer resignada, como la mayoría de nuestras mujeres.

Me casé muy joven, contra la voluntad de mi familia, con un señorito juerguista, un tenorio que me fascinó…, lo confieso… ¿Qué sabía yo entonces de los hombres? Era escritor, me dedicaba

versos…, era un machito y llegaba a pegarme; yo aguantaba por mi hija, pero tenía que salvarme y salvar a mi hija. Y un día ya me planté, me puse los pantalones y ahí te quedas…, yo voy a vivir mi vida. Cogí a mi hija y me vine a Madrid.

En otro miércoles de Colombine, esta ya ha trasladado su domicilio a San Bernardo, a una casa señorial; un verdadero salón con dos escaleras de mármol a ambos lados. Ese día asiste a la tertulia el aristocrático escritor, invertido y sordo, acompañado de su *mignon*, quien le traduce la conversación en lenguaje de signos, al igual que Colombine, a la que conoce por haber sido maestra en la Escuela de Sordomudos y Ciegos de Madrid. Quiere hacer un reportaje sobre este Antonio de Hoyos, que vive en el palacio de su madre en la calle Marqués de Riscal y allí acudirán los tertulianos a visitarlo.

El salón de Colombine está cada vez más animado. Otro día es el esbelto Zamacois, escritor de novelas de temática erótica, que ha creado *El Cuento Semanal* y ha publicado en él una novela corta de Carmen, *El tesoro del castillo*. También José Francés, autor de novelas eróticas en su empeño de educar a los españoles en las técnicas que procuren el goce de la mujer y disipar la mojigatería reinante —educar en el amor libre—, ha publicado en la Novela Ilustrada, colección que dirige Blasco Ibáñez. José Francés, presumiendo de conocer el alma y el cuerpo de la mujer como médico, habla en nombre de la ciencia, de la vida y del amor. Nada hacía sospechar que acabaría pegándose un tiro en la sien cual poeta romántico. Se habla de política, de democracia, de pintura, de literatura y de arte.

Y otro miércoles aparece Ramón, a quien Cansinos lo describe de la siguiente forma:

Ramón es un adolescente pequeño y macizo, con una gran cabeza, patillas a lo Larra, ojines pequeños que enfocan al mirar, como una máquina fotográfica, en tanto sostiene en la mano una pipa apagada, puramente simbólica, como las liras de las estatuas. Es un nuevo tipo de literato. Emprendedor, activo, que se hace su propia propaganda de una forma casi agresiva. Se titula futurista y prodiga en la conversación frases tomadas del manifiesto de Marinetti.

Es un revolucionario, quiere acabar con todo lo viejo en literatura. Ya ha escrito un libro, donde se mete con Baroja, Unamuno, Azorín y contra todos los «ismos».

Ramón también acaba con la tertulia poco después de comenzar sus relaciones con Carmen; tertulia que, suponemos, María, la hija de Colombine —Maruja como la llaman los tertulianos—, echará de menos, pues está acostumbrada a que todos estos jóvenes aprueben su desparpajo y su agudeza lectora que identifica y relaciona rasgos de los personajes de sus lecturas con las de los asiduos de los miércoles. Atenta observadora (observa al observador), repara en los flirteos entre Cansinos y Keti, la hermana de Colombine, de la que este dice se enamoró desde el primer momento que la vio. Él define su esbeltez con galanura literaria, queriendo desvelar su enigma, aunque Kety le dice que no existe tal, que ella es una mujer vulgar, que solo aspira al matrimonio y que los literatos no quieren eso, y que ella no es suficiente para ser su esposa, pero es demasiado para ser su amante.

Maruja tiene un conocimiento erudito y práctico de la vida y las rabietas propias de una preadolescente. Ante la ponderación general del genio, talentoso y modernista de Ramón que, en cambio, defiende en privado que hay que guardar las formas, ella responde a su madre: «Ramón es un metomentodo… Se las da de moderno y es un burgués anticuado. ¡Guardar las formas! ¿Y tú por qué no las guardas con él? Te creerás que lo vuestro no se sabe.

La diferencia de edad entre Colombine y Ramón hizo que no solo ella cambiara la fecha de nacimiento (preguntarles la edad a las mujeres de aquella época se consideraba una impertinencia), él también lo hizo, y entre los hombres no era normal. Bueno, en algún pasaporte

de Lorca aparecen dos años más; supersticioso también, seguro que no le gustaba haber nacido el año del desastre.

Los muchos años de más de Colombine eran un hándicap en aquella época para que su amor fuera aceptado; el único, puesto que ella ya era viuda por la fecha en que entablaron relaciones. Amén de no estar bendecida su unión, entonces, lo de unión libre no se contemplaba.

No cabe duda de que quien introdujo a Ramón en los medios periodísticos y editoriales fue Colombine, aunque él ahora acaba de publicar su novela *Morbideces*, rompiendo con la vieja literatura, celibetaria y misógina, para seguir las líneas vanguardistas del Modernismo, fragmentando la realidad, dándole más importancia a la inspiración que al estudio sistemático, con el humorismo como actitud vital, despertando en los objetos una psicología casi humana, la humanización de las cosas, su fetichismo con los objetos. Su enconado y voluntario laísmo. *La deshumanización del arte* de su maestro Ortega.

En el capítulo LXI de su *Automoribundia* dice: «Yo no doy importancia más que a la inteligencia original y al amor». «La mujer es en realidad el lazarillo del hombre y el hombre el lazarillo de la mujer en la noche inhospitalaria del mundo».

Gómez de la Serna, el creador de la greguería, el histriónico por excelencia, brillante orador, que daba conferencias subido en un elefante en París o en el trapecio en el Price de Madrid —del que era cronista—, adelantándose a los gestos dadaístas, en 1917 publicaría su libro *El circo*.

Ramón, a quien el mar le parecía una enorme sopa de mariscos y las hojas de las palmeras, espadas prontas a cruzarse en un duelo. El humorista. El que dice en *Lo que no dije en mi Automoribundia* de los escritores, entre otras muchas acepciones: «Mineros de sí mismos regalan al lector lo que tanto les costó arrancar del fondo de la mina de sí mismos». «El escritor es la única materia prima que suele no ser pagada. En todo negocio, por lo menos las materias primas hay que pagarlas, pero al escritor con el que se fabrica el billetaje del libro, casi siempre se le burla» (*Nuevas páginas de mi vida*. Págs.70-72).

De él dice Alfonso Reyes en *Tertulia de Madrid*, Espasa Calpe, Buenos Aires, l949: «Sus obras perfectas no duran más de siete líneas. Pero si Ramón se alarga, si quiere soldar una idea con otra, entonces todo se pone mal y todo se lo lleva el diablo».

Respecto a la escritura, dice Gómez de la Serna: «La escritura es una petulancia contra la muerte. La literatura no es más que tener talento literario y meterse en casa a escribir, sin pensar si se está haciendo por la vida o por la muerte».

Así lo hicieron los dos, escribieron y vivieron su amor en Madrid con más recato. A veces, estando juntos, se iba cada uno por su lado para entrar por separado en los lugares a los que acudían. Pero también es cierto que, en algunos domicilios de Carmen, nómada dentro de Madrid, como en Luchana 20, aparecía Ramón en el censo. Pero, sin duda, fue viajando por Europa o viviendo en Nápoles y en Estoril, donde gozaron de mayor libertad.

Sus greguerías le hicieron famoso, fueron traducidas a muchos idiomas (mis «gregues», dice que las llamaba él en la intimidad), esas metáforas humorísticas romperealidades que cierra con una vuelta de tuerca, dando lugar a una nueva imagen. De todas las definiciones que él dio de las mismas me quedo con esta que dice: «La greguería es lo que gritan los seres confusamente, lo que gritan las cosas». Frase rápida, definitoria y sintética, con fuerza poética, fuera de la sentimentalidad, con soporte ideológico basado en su alabanza a lo ilógico, irracional, disparatado y hasta lo absurdo, poética de vanguardia que D. Antonio Machado critica y Ortega aplaude.

Una realidad que solo puede verse usando recursos de artista del verbo, titiritero de las

palabras, siendo la metáfora quien mejor propicia la relatividad, poniendo unas cosas bajo la luz de otras. Decía Pedro Salinas que, para Ramón, el trabajo literario es anticreación.

La editorial Aguilar publica en el 62 su total de *Greguerías*, en las que el autor hace un prólogo, de unas sesenta páginas, explicando lo que *no* es greguería. Habla de aquella que tanto gustó y que incluso varias marcas de jabones le ofrecieron incluirla en su publicidad: «El jabón es el pez más difícil de pescar dentro del agua». Habla de que, cuando vivía en Nápoles, un periodista andaluz dijo que las andaluzas, todas las mañanas al lavarse en los aljibes de los patios, repiten esa greguería. Ya sabemos quién era la periodista andaluza con la que convive en Nápoles. Pero ahora, en los sesenta, nadie nombra a la innombrable. Miguel Naveros, sobrino nieto de Carmen de Burgos, me decía que, cuando era niño, en su casa, los mayores bajaban la voz para hablar de ella cuando ellos entraban.

Gómez de la Serna, cuando conoce a Carmen, viene de una adolescencia castellana en Palencia y Segovia; su padre es registrador de la propiedad en estas plazas. Pasa tres años interno con su hermano en un colegio que él considera como una cárcel del terror, pues dicho internado se encuentra en un edificio que fuera de la Inquisición. En el edificio, que conserva sus antiguas salas de suplicio, «todo era tenebroso […], desde las alcobas hasta el salón de estudio, al que bajábamos a las cinco de la mañana en plena heladuría y con luz de quinqués. […] Por las ventanas del salón de estudio se veían bien el patio y galerías de la Normal de maestras y me obsesioné con una auxiliar, mayor que yo por lo menos en veinte años, trigueña, rubia, de buen perfil plástico». (*El secreto del acueducto, pág. 13*)

Esta obsesión se haría realidad con otra maestra de la misma edad, aunque ni rubia ni trigueña, sí oronda y maternal para él, que se ha quedado huérfano de madre siendo niño.

Cuando tiene lugar el pronunciamiento militar de Primo de Rivera, con la aquiescencia de su majestad, del empresariado catalán y otros sectores, Colombine y Ramón se encuentran en París, visitando la casa de Balzac en Passy, escribiendo de las penurias del escritor para subsistir, enviando la crónica a *La Esfera* (9-II-l924), con semblanzas de otros personajes del París histórico, como Chateaubriand, entrevistas a destacadas mujeres del periodismo francés. Entre tanto, en Madrid, el dictador está depurando a los escritores; destituye a Unamuno como rector de la Universidad de Salamanca, desterrándolo en Fuerteventura (de donde escapará a Hendaya), cierra el Ateneo, cuyos socios se habían solidarizado con el escritor, deteniendo a un grupo de ellos, Fombona y Valle Inclán, entre otros. Unamuno, desde Hendaya, escribe *Hojas libres* y regresará cuando el otro Miguel, el dictador, caiga y llegue la «dictablanda» de Berenguer.

Hay una antigua causa por la que Colombine lucha desde hace tiempo, la causa sefardí, de esos judíos expulsados que siguen manteniendo el castellano antiguo, muchos de ellos asentados en Portugal, donde ellos han entrado en contacto con la familia Bensade, cuyos miembros son destacadas figuras del comercio y la ciencia y que las recoge en *La Revista de la Raza*, en abril y mayo de l924, con el título de «Sefarditas ilustres». El antisemitismo está en alza; en Rusia los judíos están siendo deportados a Siberia. A propósito de Siberia, ella había traducido, en l906, una obra de León Deutsch prohibida en Rusia: *Dieciséis años en Siberia*. De aquel año era su *Revista Crítica* (que murió por falta de fondos) y la constitución de la Alianza Hispano-Israelita, firmada por: Moret, Canalejas, Morote, Galdós, Blasco Ibáñez, Francos Rodríguez y otros y, por supuesto, Cansinos Assens, descendiente de judíos. Carmen había instado a Cansinos Assens para que su amigo Bauer, el judío representante en España del banquero Edmond Rotschil, se implique en la causa, pero Bauer es asquenazí, no sefardita, y no le interesan esas causas. En cambio, siempre ha tenido veleidades literarias, negándose Cansinos Assens a ser su negro.

Ahora va a crear la CIAP, el *trust* del libro en español (aconsejado por el que sí quiso ser su negro), Compañía Ibero Americana de Publicaciones, comprando editoriales enteras y haciendo contratos a todos los escritores de firma que se dejan, así como a la crítica, ofreciéndoles suntuosos banquetes. Cansinos no es incluido, ya que le había denunciado de plagiario por haber publicado en *Cosmópolis* (la revista de Gómez Carrillo) un estudio sobre la cábala, que había plagiado de un artículo de José Farache en la *Revista Crítica* (la de Colombine), pero resultó que este, a su vez, la había plagiado de un cura.

En Estoril se hizo realidad el sueño de los protagonistas de *La flor de la playa*: hacerse una casita allí; construcción que llevan a cabo en l922, tras la muerte del padre de Ramón, ya fiscal, siempre en contra de su relación con Colombine. El hijo desaparecido es quien le asiste en su última noche de vida. «Le ayudé a bien morir, solo y valiente en la más larga noche de mi vida; era el 27 de febrero». Con el dinero de la herencia y con un segundo premio de la lotería que a Ramón le ha tocado, construyen el Ventanal.

En esa época, se fraguó en Carmen *El Retorno*, de la que hemos hablado ligeramente, apagándose la luz, inexplicablemente, durante cuatro noches mientras la escribía, según nos cuenta la autora.

Colombine puede gozar de ese clima primaveral, más benigno que el de Madrid para sus bronquios, por estar de baja en la Normal debido a su enfermedad, pero en el mes de mayo de ese año empeora y es cuando averiguan el verdadero motivo de su enfermedad: el corazón.

Ramón está en Bilbao impartiendo una conferencia sobre humorismo en el Ateneo y ella escribe el día 8 de mayo una carta a Rafael Romero (Alonso Quesada), en la que al final de la misma le habla de su enfermedad:

Estoy enferma, con una apariencia de salud, pero muy enferma. Una afección al corazón y a la aorta que han revelado los rayos X. Un corazón descomunal de grande que ocupa todo el pecho y oprime los pulmones, por eso creían que padecía de estos. ¡Pobre corazón que sufrió mucho y enfermó…! Voy a París invitada a dar conferencias en el Louvre y la Sorbone, pero en el fondo he aceptado para que me vea un especialista.

Impartió las conferencias y se reunió con sus amigos parisinos; con el sionista, Max Nordau, a quien conocía desde su primer viaje a París y que lo haría por última vez, ya que al año siguiente tendría que hacer su necrológica en *La Esfera*.

Cuando Carmen regresa a Madrid, se encuentra con la noticia de la muerte de su padre el día 8 de junio, a los 83 años de edad, a cuyo entierro no pudo asistir, porque tuvo que reponerse antes de poder viajar a Almería. Ella sale hacia Almería, y Ramón, invitado por Zuloaga, Falla y Lorca, viaja a Granada para presentar el Torneo del Cante Jondo, y de donde Ramón tiene que salir por patas, con brillo de navajas, según él nos cuenta, ya que los «calorros» querían oír de cantar y no tenían el cuerpo «pa oratorias».

Pero no todo son sombras: ese mes de junio ve la luz, en *La Novela Cort*a, *El suicida asesinado* (tampoco es que el título sea muy luminoso), con una técnica diferente, impresionista. En algunos momentos, ha declarado que su «cortedad de vista» le hace ver difuminados los contornos de los objetos, como la mirada de los pintores impresionistas. Pero, más bien, se respira el aire de los nuevos modelos de novela que propone Ortega y Gasset (siempre en contra del Naturalismo y el Realismo) y que expondrá en l925 en su libro *Ideas sobre la novela*, del que han partido todos los teóricos de la novela contemporánea: «El novelista ha de ser como el pintor impresionista, que sitúa en el lienzo los ingredientes necesarios para que yo vea una manzana». (Andrés Amorós. *Introducción a la novela contemporánea*, pág.187).

En su novela *La miniatura, recuerdos de infancia*, que publica en l924, observamos que también ha cambiado su descripción aséptica de la naturaleza; ella misma es parte de esa naturaleza, comulga con ella, se emborracha de sol, de luna, de azul y de cielo. Publica también otra serie de relatos y una novela de temática portuguesa, *El hastío del amor*, que nace de la atracción que sintió por las cartas de amor de una monja portuguesa a un mariscal francés, publicadas en París en l669. Estas cartas son las auténticas de la monja portuguesa, sor Mariana Alcoforado, célebres en la literatura de todos los idiomas, y que por primera vez se traducen al español.

En Estoril, seguía la construcción de El Ventanal mientras ella tomaba las aguas en un balneario santanderino, reflexionando sobre la importancia de la salud para el amor, que luego desarrollaría en *El novenario* y que publicaría en *Nuevo Mundo* (l923).

En l923, Gómez de la Serna publica una autobiografía incluida en el libro *La sagrada cripta de Pombo*, en la que da rasgos del carácter de Carmen: «… es la liberal, la romántica, la que compromete su pluma y su vida cuantas veces es menester por tomar una actitud generosa y rebelde, tan rebelde y generosa a veces, que aparentemente parece ir contra la rebeldía» (pág. 696).

Esa cripta, la tertulia de Pombo, a la que acuden algunos contertulios de los miércoles de Colombine y a la que se incorporan otros jóvenes, como Bergamín o Lorca, Alberti y Cernuda, ella la promocionará a través de las páginas de el *Heraldo*:

Cafés como ese viejo café Flexing de Brujas, donde se guardan los recuerdos de Rubens, y ese café del Greco en Roma, el café de los artistas, que conserva su aspecto romántico y primitivo en medio del esplendor moderno de la ciudad, y que solo puede compararse con nuestro admirable café de Pombo. (*Heraldo,* 16-l-1916).

También él la funde con las paredes del café.

Resume el alma maternal y perenne de Pombo y se ve en ella lo bueno que es su fondo y la gran naturalidad que hay en su no querer hacer daño a nadie, en su admitir toda la libertad de la vida, en su no dejar de comprender nada, considerando que todo es admisible y paralelo. (*Pombo*, pág. 201).

Ella, con uno de sus muchos pseudónimos, Perico el de los Palotes, el que utiliza para hacer crítica literaria, irá dando cuenta de las publicaciones de Gómez de la Serna en el *Heraldo*, precisamente de *Pombo* el 8 de julio de l918:

Es indudable el valor que irá adquiriendo este libro pasado el tiempo, aun cuando muchos nombres se tornen completamente desconocidos. Esos que ya no encontrarán ni el sitio de la tertulia, encontrarán en este libro el aire de otro tiempo; lo que en ningún libro estará tan herméticamente embotellado.

Y dentro del libro, en la página ciento noventa y cuatro, él le rinde homenaje de esta forma:

Alguna de esas noches secretas voy a cenar con una mujer que ha llenado de una amistad única media vida mía, ¿para qué pronunciar demasiado su nombre? He vivido mis días como hay que morirlos y vivirlos gracias a ella. Doce años (doce años ya) de bondad, de compañerismo, de afirmaciones, bien merecen que yo perpetúe su presencia en *Pombo*. Hubiera encontrado desleal con ella y con todos no hacerla figurar en este recinto, en las estancias de este libro.

Antes ha confesado: «He podido resistir con paciencia esos quince años de inadmitido en literatura, gracias a ese rato silencioso de comunicación y trabajo en su casa».

A finales de l924, se instalan en Estoril, donde ella se recuperará y vuelve su vista al pasado, como hiciera en su último viaje a París: «Al lado de los adelantos del progreso que nos seducen,

desearíamos poder conservar los restos que quedan del pasado que formó el encanto de lo que va transformándose para ser, más que historia, leyenda», dice al descubrir que todavía existe, desde la Edad Media, la Orden de las Comendadeiras, fundada para acoger a las damas cuando los caballeros partían a realizar sus gestas.

Siguen en esa mesa del Ventanal, viendo los transatlánticos cruzar el estuario y compartiendo su creación literaria. Frente a mí ha escrito sus mejores obras: esos *Últimos contrabandistas*, en que la noche andaluza crepita con crepitación de estrellas; esos *Anticuarios*, en que se concreta una novela de espléndida picardía; y su *Fígaro*, escrito con exaltación sincera, dedicada a una equidad que pocos escritores por su vida y su obra merecen.

La inquietud literaria estaba compartida. Las cartas misteriosas, las demandas lejanas de colaboración, todo ese engranaje de vivir la más pura y ancha profesión resultaba duplicado sin envidia, sin mezclarse, admirado yo de la nota clara, natural, como don floreal de la Naturaleza, que se volvía sencilla y fértil en ella. *(Sagrada cripta de Pombo*, págs. 696-97).

Y el respeto de ambos ante sus respectivas posturas, de compromiso político y social, la de ella y totalmente apolítica con tintes anarcos en su juventud, pasando luego por la firma de intelectuales antifascistas, para acabar en franquista, ese absurdo franquismo de Ramón, que decía Alberti: «Por qué franquista tu torpe ramón. […] Ramón timón tampón titiritero / incongruente, inverosímil, pero / ramón genial ramón solo ramón.

Sucesos que no hubiese comentado ninguna mujer con tanta rebeldía fueron comentados por ella en el epílogo de cada día como yo llevaba ansiedad de oírlos comentar, y llegamos a estar conformes en toda aspiración de justicia, en toda antipatía, en todo acto desinteresado que necesitó el arrebato de proclamarlo. Este compañerismo no será eterno, como no podrá serlo ninguno: tendré que ver, quizás antes que las de los míos, las nubes de sus ojos; pero yo he querido resquebrajarme y llegar a ir a la par de su tiempo con mi exceso de trabajo, con este delirio de mi labor. Este alarde de nuestro compañerismo ha sido tan seguro y sincero que nos da miedo, y a veces nos decimos: ¡Es demasiado ludibrio para la envidia de la vida haber vivido tantos años en la firmeza de una pura amistad! (*Automoribundia*, pág. 698).

María, la hija que Carmen llevaba en su vientre cuando se examina de magisterio, por libre, en la Normal de Granada, la que traía en brazos cuando llegó a Madrid, desoyendo los cuchicheos de las mujeres provincianas de que «las mujeres deben ser mártires del silencio y de la sumisión», a las que no hizo caso, según nos cuenta Ramón en el prólogo al libro de Carmen, *Confidencias de artistas*; esa niña que la acompañó en todos sus viajes y que ella inscribió en una institución afín a la residencia de estudiantes para que estudiara, no quiso seguir estudiando y, como suelen hacer los hijos, se dedicó a aquello de lo que su madre tanto había renegado: el teatro.

Dice Ramón en *La hija fea*, esa breve historia que publicó en la *Revista Crítica* en 1909, producto quizás de esos celos infantiles que suelen tener los hombres de los hijos de sus amantes y estos de ellos, más en este caso debido a la extrema juventud de Ramón:

Aquella mujer era una gran mujer. Me impuso la idea de su grandeza, con el espectáculo maternal de unos besos… La niña era fea, no fea en el sentido repulsivo, desgraciado, de la palabra, sino en el de la insignificancia y de falta de relieve.

Ya hemos visto el acierto en el retrato que de él ha dado la niña en la tertulia; el desafecto parece mutuo, o la rivalidad.

… mi hija, que nunca se ha separado de mí; que ahora, ya hecha una mujer, me aflige con su porvenir, y que, como no ha querido estudiar ni quiere escribir, porque ha presenciado con

demasiada asiduidad y muy de cerca lo duro, lo amargo, lo desvelado y lo inacabable del destino de una escritora, se ha dedicado al teatro. (*Confidencias de artistas*).

Sin embargo, María publicaría una obra dramática, *Mi pobre muñeca*, que dedicará a su madre, en junio de l921, y que estrenará en Chile en l927, con la asistencia de Colombine. Ya en 1916, había publicado en Barcelona *La primera tragedia*, en *Los Noveles*.

La postura de Gómez de la Serna y Carmen de Burgos respecto al teatro había sido, algunas veces, de rechazo y lapidarias críticas. En la autobiografía de l909, en *Prometeo*, dice: «Prefiero que me lea un imbécil a ver interpretar mis creaciones. También Ramón: «En el fondo de los teatros me he sentido en un mundo falso, naufrago, cavernario, descreído, cínico y terriblemente desengañado y disuelto…».

Veremos lo que más tarde deparará el teatro a los tres. Él conoce bien el teatro existente; esa ha sido su primera pulsión literaria no solo como autor, también como director e incluso actor. Sus obras son demasiado vanguardistas, nadie las comprende, así es que no se representan. Él quiere montar un drama de ideas, un teatro innovador de base simbolista, decadente e irónico, en su propósito de descreimiento y creación, un teatro nuevo, autosuficiente por la palabra, exigente con la modernidad, onírico, sin acción dramática, poniendo el foco en la creación de un «momento climático» a través de la música y la iluminación, propias del teatro simbolista. La pasión en el escenario debe contagiarse al espectador. Un teatro que busca lo auténtico de la existencia en conflicto con las convenciones, los prejuicios y costumbres, que rechazan la esencialidad del impulso erótico. En definitiva, según sus palabras: «Un teatro escrito para los que no quieren ir al teatro. Un anhelo antiteatral».

A la vieja literatura de célibes y misóginos, la nueva literatura quiere espacios para la mujer, sencillez contra los fastos de los literatos, inspiración frente al estudio sistemático. Escribiendo contra las reglas de la escritura, Colombine ha entrevistado a muchas actrices a lo largo de los años para el *Heraldo*, tanto españolas como extranjeras, que reunirá en l916 en el libro *Confidencias de artistas*, y donde tendrá cabida una muy particular entrevista a su hija, que ya ha debutado en el Teatro de la Comedia, haciéndolo dos años más tarde en el cine con *Mefisto*. De ahí también que Carmen empiece a interesarse por este nuevo arte, dedicándole su libro *La mejor film*, que se publicará en *La Novela Corta* el 21 de diciembre de l918; un homenaje al cine mudo. En estas confidencias de artistas, sus entrevistas tratan de desentrañar el alma de la mujer que se esconde bajo ellas. Entrevista a 17 actrices españolas, entre ellas Margarita Xirgu, Loreto Prado, María Gámez y María Guerrero; a ocho extranjeras, entre ellas Sarah Bernhardt y Francesca Bertini. Continúa entrevistando a cantantes, bailarinas y artistas de varietés como La Chelito, sin olvidar a La Niña de los Peines.

En cuanto al diálogo que tiene con su hija, la autora nos dice:

El capítulo que tiene más sentimiento es en el que hago la entrevista con mi hija, que se ha dedicado al teatro contra toda mi voluntad y todas mis lamentaciones… María me dice que siempre se ha sentido bien en su casa, «pero sin gloria». ¡Hay tanto de desgarrador en esa palabra dicha por una actriz tan querida! Hay algo como un engaño del que quisiéramos desengañarla, secretamente a ella, aunque sea empresa imposible. María me causa pena. Cualquiera que sea su porvenir será duro y costoso; ansiará ir demasiado pronto demasiado lejos, y demasiado lejos solo se llega demasiado tarde. Llorará algún día de verdad. Alguna vez estará sola.

María se ríe. Su alma es libre, tiene una seguridad natural en la vida. Los viajes y las experiencias vividas por el mundo junto a su madre le han dado un aplomo en el que Carmen confía. En la entrevista le pregunta qué es lo que más le gusta del teatro, a lo que su hija

responde: «La pasión que hay en la escena. Me parece como si saliese a un mundo menos férreo y más vivo, en el que se está más libre y más fuerte».

Está en contra, pero ya la está apoyando en su decisión, promocionándola, allanándole el camino que a ella nadie le allanó.

En estas *Confidencias de artistas*, ella confiesa en el prólogo que le parece un libro incompleto porque: «Yo hubiera querido hacerles también entrevistas a esas pobres artistas viejas, veteranas del teatro, olvidadas y desechadas y a todas esas muchachas humildes y calladas que esperan en la monotonía del escenario y ganan, penosamente, un mísero jornal».

En el prólogo de este libro, Gómez de la Serna hace una semblanza y un retrato de su persona:

De Carmen quisiera yo hablar con una solemnidad y una extrañeza que me hiciesen el desconocido, «su desconocido». Así daría más suplicante verdad a la gran caridad, a la gran sensibilidad, a la gran prestancia y al desinterés probado e invariable que he presenciado en ella a través de los años, sintiendo por ella, más que admiración, una perplejidad demasiado humana y sensata, una perplejidad que yo querría transmitir a todos, más que frente a su obra, frente a su temperamento, a su bondad civil y resuelta, a su arrostrada exaltación, tan libre y tan equitativa.

Hagamos justicia, siempre, sobreponiéndonos a todo, a una mujer íntegra, que por gran casualidad encontramos en la vida, como un cometa en el cielo. ¡Las leyes siderales no se repetirán en mucho tiempo! ¡Es tan raro encontrar lo directo en la Naturaleza!

… todo yo poseído trémulamente de ese pánico ante las mujeres comunes, solo ante Carmen he podido respirar libre, sin el tropiezo terrible de un espíritu cegado, sin sentirme mediatizado, arruinado y sobrecogido, sin tener que recurrir solo a la galantería […], sin necesitar pactar reduciendo, callando, invirtiendo, puerilizando el alma, como lo exige toda amistad femenina y sin necesitar simular esa otra cargante galantería literaria que necesitan las literatas usuales, las falsas escritoras, las contraproducentes, las demás insensatas y emplumadas.

Carmen es morena, como lo exige la franqueza, la sinceridad y la rectitud decisiva de su corazón, ese corazón de ella, custodio de sí mismo. Su morenez es la morenez extraordinaria que obedece al apasionamiento y al fervor del corazón. […]

Carmen es bella, con la recia y apretada belleza que se sostiene en la madurez. Es recia y alta, muy alta, y eso salva y acaba de hacer indiscutible su figura. […] Su opulencia está tan llena de espíritu y buena voluntad cotidiana, que eso la aligera. […]

Todo en ella es de una buena primera materia de una madera inmejorable y rara. […] Lo que da interés a su figura es la nobleza que da el espíritu amplio y pronunciado al rostro de una mujer, los vislumbres raros que eso pone en ella, los efectos de luz que adquiere la luz en una mujer, así que nos devuelve la luz con un sentido más claro y potable. ¡Cómo sostiene y hace brillar la inteligencia a una mujer! […]

En su rostro, un poco deshecho, conmovedoramente lacerado por el trabajo asiduo y ávido de muchos años, por las madrugadas venenosas y oxidantes escribiendo, por sus días de necesidad, y, sobre todo, por esas largas noches de madre admirable y rebelde que ha salvado varias veces de la muerte a esa hija suya desahuciada al nacer —esas noches desgarradas y heladas de las que pareció que saldría la hija, pero no la madre—. En ese rostro de facciones dulces y cansadas, sobre su leve, blanda y suave ajadura, se destaca una menuda, tersa y fina infantilidad, sobre todo en los ojos atónitos, crédulos y suspensos; en la nariz, bondadosa, delgada y gentil; en la boca, estática, colegiala, con dos finas comisuras que ha dibujado sutilmente su trabajo y su compasión por las cosas; y en su barbilla, de una juventud dichosa, en la que se suavizan las palabras y se hacen tersas, puliéndose en esta breve esferoidal con un hoyo sutil. Es como si permaneciese

vivo en ella su retrato de niña, ese retrato que desearíamos poner frente a todos, junto a su retrato actual, para que se viera como el espíritu conserva sus rasgos genuinos y cándidos de la infancia cuando ese espíritu es íntegro y como la huella de la vida, que tan honda es en Carmen, es simpática y enternecedora, como unas gafas en una bella niña de tirabuzones…

Tiene Carmen esa fuerza apretada y apasionada de Tintoreto. […] Y para tener más enteramente una mirada de cuadro, es inverosímilmente corta de vista, y sus ojos que parecen ver no hacen más que pensar, no viendo a un paso de ella más que el vago claro-oscuro del ser cercano. Esa miopía tiene momentos de una serenidad que le da perennidad de cuadro. […]

Su esencia bravía y noble lo es todo. […]

Carmen es un tipo de mujer casi desaparecido, cándida y robusta, selvática y silvestre, rústica y montaraz, clara y terminante, mártir de sus ideas, sin estrépito ni falta de seriedad, con un arranque fatal, sin vanidad, sin promiscuidad, sin coquetería, sencilla y abnegada.

El 27 de octubre de l916, María debuta en el Teatro de la Comedia con *La princesa bebé*, de D. Jacinto de Benavente, en un papel secundario, pero ahí está Pérez Lugín en el *Heraldo* el día 28:

Como es muy inteligente y demostró ayer tener una gran intuición del teatro, no es aventurado profetizarle grandes éxitos en la difícil y brillante carrera que ha elegido… Unimos nuestra felicitación a las muchas que ayer han recibido a Marujita Álvarez de Burgos y nuestra compañera Colombine.

Carmen por su parte, hizo la crítica del vestuario, con el título de *La elegancia en la escena*, comentando los figurines artísticos diseñados por Zamora que lucía su hija.

Al año siguiente, el 8 de diciembre de l917, María se casa con Guillermo Mancha, un actor argentino que está triunfando por esos años en el cinematógrafo. En l915 ha rodado con María Guerrero *Un solo corazón*, dirigida por José de Togores y producida por Segre Films. Unos meses antes, Colombine ha publicado *Las inseparables*, como conjurando ese sentimiento o presentimiento de la separación de esa hija con la que, ella dice, nació su mejor obra. Y sus augurios se cumplirán, porque María se marchará a América y pasará unos años sin verla y sin saber nada de ella.

En portada del *Heraldo* aparece la fotografía del evento, los novios en el acto de firmar el contrato, con los condes de san Rafael como padrinos y como testigos Lorenzo de Burgos (tío de la novia), el director del *Heraldo* y Ramón Gómez de la Serna.

Su marido le abre las puertas del cine y María participa como figura destacada en *Mefisto*, cuyo director es José María Codina, y está producida por Studio Films. Debido al éxito de la misma, producen una serie cinematográfica. De esas experiencias de rodaje, a las que es muy posible que Colombine acudiera, salió su libro *La mejor film*, que habla precisamente de las intrigas del mundo del cine detrás de la pantalla; esa «camaradería» tan estupenda de la que hablan siempre los actores, esas estupendas empatías que se producen siempre. Por su parte, en la página 11, la autora dice: «Son los sinvergüenzas los que llegan…, el mérito es inútil». Haciendo también una crítica de la pobreza económica con la que el cine cuenta en España que provoca que los artistas españoles no tengan fama en el cinematógrafo y, sin embargo, poseían un valor real.

Perico el de los Palotes seguirá con su crítica literaria, comentando libros, lo que incluye la enorme producción de Ramón:

Nada hay nada que resulte tan divertido y que reduzca más el mundo a nuestro tamaño que los libros de este escritor. Hay en ellos algo que podría llamarse «charlotismo», en una acepción mucho más amplia de la que esta frase sugiere en el primer momento. El gran artista de cine, Charlot, con su modo de tratar las cosas, sus gestos, sus desplantes, sus miradas, es algo más que

una «cosa» cinematográfica, y quizás se ha implantado porque es el tipo representativo de la época.

El «charlotismo» bajo toda esa exageración cinematográfica […] es, quizás, el medio de burlarse de la especie y de todo lo que era insosteniblemente afectado y de rúbrica. El «charlotismo» lleno de movilidad, de audacia, de fantasía, de gestos definidores, de aspavimientos que revelan irónicamente la estructura expresiva de las cosas y su novedad, es, tal vez, el fondo de algunas páginas de Gómez de la Serna. (*Heraldo*, ocho del ocho de mil novecientos dieciocho).

El Ventanal está hipotecado. En una carta de Carmen de Burgos a Rita, la esposa del poeta Alonso Quesada, le dice que Ramón está inquieto, atormentado, parece ido y hasta se ha cortado un dedo.

Me confiesa sus preocupaciones para pagar la hipoteca, las presiones del prestamista usurero, gracias al cual hemos construido este palacio. Dice que siente como si se le desintegrara la cabeza, como si se fuesen a caer sus células piramidales en uno de esos candelabros de cristal en que no se consumen las velas, sino los pensamientos. Sabes que la casa es desde el primer momento del prestamista que adelantó lo mucho que me faltó para acabarla, me confiesa, despreciando mis consejos y mi dinero y la parte de mi corazón que también está empeñado en esta casa.

Y yo sospecho que mi presencia también le turba. Discutimos con frecuencia y, aunque nos tiremos los trastos y después me haga el amor, presiento que una separación a tiempo va a ser mejor que una ruptura. […] Me dice que tengo cambiado el tiempo y el alma. […] Una Goliat hembra que solo sabe asustar.

Afortunadamente, Carmen, que hace tiempo no sabe de su hija y le preocupa, ha tenido noticias suyas:

—Hoy he recibido por fin noticias de mi hija —sigue escribiéndole a su amiga—. Ha bajado de Nueva York a México y corro como una bala a telegrafiarle que me voy con ella.

—¿Qué vas a hacer, Carmen? ¿Por qué preparas las maletas?

—Me voy con mi hija. Se acabó.

—Espera un poco.

—Estás insoportable, Ramón.

—¿Dónde puedo escribirte?

—Lo haré yo primero.

En el fondo, ha sido una separación amistosa y civilizada.

Seguía meditabundo, pero acertó a decir que él también se iría pronto a América con Ortega.

Desde México, le escribe otra carta a Rita:

He dado la conferencia en la Universidad de México y también he hecho turismo viajero y no residencial, que es el que más me gusta, aunque me lo desaconsejen los médicos. He apreciado la magnitud de las pirámides y la cultura azteca. Cholula y Teotihuacán me han deslumbrado. El lago Xochimilco, con sus embarcaciones engalanadas de flores, me ha parecido un espectáculo majestuoso. Con las pocas fuerzas que me quedaban, me decidí a cruzar la frontera y llegar hasta Hollywood. Alguien de confianza me dijo que mi hija podría estar allí, ahora que en esa ciudad emerge el cinematógrafo como salida profesional para actores y actrices de teatro.

… El boulevard era pequeño. El lujo, la novedad, la extravagancia se habían refugiado en California; allí vi las suntuosas mansiones de los actores y los conocí en restaurantes y, guiada por mis cicerones, pude comprobar que las pasiones y las miserias humanas no entienden de

dinero, éxito y grandeza.

Tampoco allí se encuentra con su hija.

Viaja a Cuba, donde el mestizaje de razas y la zona colonial es lo que más le sorprende…

Los rincones tan típicos me recuerdan a Toledo, Granada o Sevilla. Los frutos, los refrescos, el café y los jugos y el maravilloso clima me rejuvenecen y espero que mis lectores de la *Esfera* sepan apreciarlo, al menos mentalmente. Estoy alojada en el hotel Ritz de La Habana. Cuando me entregaronn el telegrama, estuve a punto de desmayarme y tuvieron que atenderme los empleados del hotel.

Había muerto su gran amigo, el poeta Alonso Quesada, de la época de la tertulia, y le sigue contando a su viuda: «Yo vine por mis asuntos, me enfermé en México y he sufrido mucho. Recité poemas de Rafael en mis conferencias». Rafael Romero firmaba sus poemas como Alonso Quesada.

Carmen ha dado una conferencia sobre Larra en el Teatro Nacional y otra sobre arte español en la ciudad de Matanzas.

La representante de la Liga de Mujeres Iberoamericanas, Aida Peláez de Villaurrutia, ha organizado un acto en su honor.

A su regreso, le cuenta a su amiga Rita:

El barco llegó a Lisboa y de allí me fui a Estoril. No hacían falta muchas explicaciones; era una visita de cortesía, porque tengo decidido regresar a Madrid. Ramón también está destrozado con la pérdida de Rafael. Me enternece ver a este niño cabezón y sensible, a la vez mujeriego como un chulo e infantil como un bebé, hablar con el corazón en la mano. Es desprendido, solidario, frágil. Se siente incomprendido y ahora ha comprendido que la muerte es el único momento que tenemos en la vida para descansar. Me ha preguntado qué voy a hacer y yo insisto en volverme a España. Pero me dice que tiene un comprador para El Ventanal y «con ese dinero podríamos vivir los dos para siempre en Nápoles». «No digas siempre que para ti es una palabra maldita», le contesto con sorna. Lo cierto es que me insiste, me adula, me corteja. Me argumenta que en Nápoles está la grandeza de su multisecular optimismo y recordamos juntos aquel cochecito para niños tirado por una cabra que circulaba por el jardín público y que parecía que el feliz mundo antiguo tirase del mundo nuevo.

El Ventanal está hipotecado y al final tendrán que venderlo, como le pasó al padre de Carmen con el cortijo de La Unión, el paraíso perdido de Rodalquilar. Ella ha viajado a Méjico y Cuba con la esperanza de reunirse con su hija, pero no sucedió así, y de estos países enviará sus crónicas y más tardíamente publicará *La misionera de Teotihuacán* y *El dorado trópico*, ambientada en Cuba.

En El Ventanal quedan los muebles y hasta la biblioteca, con muchos libros dedicados por sus autores. Ligeros de equipaje viajan a Nápoles, de cuyo primer viaje Carmen guarda un vivo recuerdo. Pasan de la tranquilidad de su retiro portugués al colorido y bullicioso Nápoles, a la viveza de sus calles, la alegría de sus gentes gesticulantes y, sobre todo, a la luz de Nápoles después de la luz, esa luz que ya no es del sol sino de Nápoles, según Ramón; y a la tumba del poeta Leopardi, sobre el que Carmen publicó un libro el año once.

Ramón tenía proyectado un viaje con Ortega y Gasset, pero la gripe no le ha dejado hacerlo. Desde comienzos de siglo había empezado su relación con —el para él maestro— Ortega, aunque este debió prodigarle su afecto pero no la lectura de su obra, según afirma Carlos García en el boletín nº 15, *Primavera* (de Buenos Aires 2007), a juzgar por el estado en que se encuentran los libros que Ramón le dedicó y que se conservan en la Biblioteca de la Fundación

Ortega y Gasset de Madrid: «No puedo cerrar este trabajo sin hacer una comprobación entre espantada y melancólica: ni uno solo de todos estos libros tiene la menor seña de haber sido leído, si se descuenta que alguno de ellos fue cortado con desgano y nunca por completo».

En un exprés hacia Bayona, Carmen le escribe una carta a Rita:

He escuchado muy nítido ese mensaje del más allá que me dice que el libro póstumo de Alonso Quesada debe imprimirse y en él debe aparecer la dedicatoria que me escribió… Recuerdo mi última cita con ese diablo de Dorestes Silva, empeñado en quitar las dedicatorias a las mujeres en los libros de Rafael, por no sé qué complejo o misoginia. Y enjuagando la pluma con mis lágrimas, empiezo a escribir: Mi querida Rita… Rafael tenía su libro dedicado a mí. Yo deseo tener esa dedicatoria. Tenga mis cartas por suyas.

Esas cartas, alguien, quizás su hija Amelia, a la que Carmen nombra, unas veces llamándola nieta y otras sobrina, al heredarlas de su madre, las legó al Cabildo Canario. Desde Nápoles le escribe a su amiga que los primeros meses para la pareja fueron idílicos, pero que ya ha empezado de nuevo el infierno de Estoril. Aunque Ramón está inmensamente satisfecho, imparte conferencias, entrevistas, saltaba a la fama y se hacía un ciudadano popular en Nápoles, donde ese escritor español era todo un personaje. «¡Por fin he recibido una carta de mi hija! ¡Está en Chile!». Y prepara su viaje a Chile para encontrarse con ella; será su segundo viaje a este país, país por el que siente una especial predilección.

Le sigue escribiendo a Rita las razones que le da su hija en la carta que ha recibido:

Me dice que quiere vivir su vida, sin la sombra permanente de su madre, sin la hipoteca que supone ser siempre «la hija de», sin la incertidumbre de dudar si la valía es la propia o la heredada de la imagen materna.

Ahora la comprendo y la valoro, pero no puedo pasar un minuto más sin ella, quiero saber cómo le va y cómo le marcha su relación con ese actor peruano apellidado Zegarra y del que no me ha dicho absolutamente nada. Quiero activar la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Iberoamericanas, ahora que me han hecho presidenta. Me voy a Santiago de Chile en el primer vapor que salga.

Y así lo hace en el mes de octubre de 1927.

En otra carta, el día 31, le escribe sobre el viaje:

Pasamos por ese puerto de América que es Panamá, con su moderno canal y sus ciudades vivas, acrisoladas con las diferentes razas. También he conocido el Perú; en esta ocasión mis guías son dos amigas de máxima confianza, la escritora Angélica Palma y la abogada Miguelina Acosta Cárdenas. Juntas hemos recorrido el esplendor de los incas, sus templos y sus ciudades.

Cuzco y Lima me han anonadado. Lima es como un cofre que guarda los recuerdos de la conquista por los españoles, blanca como Cádiz y proporcionada armónicamente. Para vencer los desniveles de Bolivia uso el tren. Llego a la paz a 4 000 metros de altura y diviso los Andes que inmortaliza el cóndor.

Y, al fin, Chile, un Chile hospitalario dónde no me siento extranjera. La isla de Juan Fernández, el puerto de Valparaíso.

Recibe homenajes de la Liga de Escritores y Artistas, la Unión Iberoamericana, la Unión Andaluza, el Círculo Español, Escuela Normal, Centro Femenino, el Ateneo chileno, que la hace socia, y hasta el mismísimo presidente de la República la recibe en audiencia. En la Universidad de Santiago, presidido por el rector y el embajador de España, se ofrece un acto en su honor.

Ha podido contemplar desde el Observatorio Astronómico Nacional el «paisaje celeste». En *La Revista de la Raza*, escribiría con el título *En el cielo sur* cuando regresara a Madrid:

Así he visto la constelación de Orión desdoblarse para mí y mostrarme su brillante cuadrilátero, quizá menos interesante que esa sombra misteriosa que la rodea. Hay otra sombra de esas cerca de la Cruz del Sur, esas negruras que unos astrónomos creen gases obscuros y otros han considerado como agujeros, pozos, aberturas a otras capas de otros cielos, como si existiesen esos cielos superpuestos hasta un séptimo cielo.

Pero, sin duda, la estrella que más brillaba en Chile para ella era su hija, que actuaba en el Teatro Santiago con la compañía Caralt y que, en honor a Colombine, estrenó la obra de la que María es autora, una comedia en tres actos, *Mi pobre muñeca*. Esa obra que ya se había estrenado en Buenos Aires en l921, donde trabajaba con su exmarido en la compañía de Ernesto Vílchez, y que se editó en ese país, enviándole María a su madre un ejemplar en el que pudo leer impresa esta dedicatoria: «A Carmen de Burgos (Colombine). A ti, madre mía, dedico esta mi primera producción deseando seguir humildemente tus pasos, con el cariño que te tiene. Tu hija».

De ese encuentro tan deseado con su hija, le cuenta en una carta a Rita desde Santiago de Chile:

Nada puedo decir de momento de mi ansiado reencuentro. Me haría daño a mí y haría daño a mi hija. Solo quiero quedarme con el sabor del recuerdo, que hizo de aquellos días unos de los más felices de mi vida. Tampoco fue algo fácil. María tiene su vida y sus problemas y yo los míos, que tampoco son moco de pavo y no nos vamos a aburrir aireándolos y flagelándonos mutuamente. Ya saldrán, más adelante. De momento, nos conformamos con mirarnos, reírnos, abrazarnos y pasear recorriendo varias veces la linda población blanca y alegre de Viña del Mar.

No he podido evitar que me hicieran socio de honor del Ateneo y me han forzado a dar una conferencia en la Universidad de Santiago y, aunque las adulaciones y los aplausos se multiplicaban, he notado un semblante serio en María. Tengo la impresión de haberle robado su intimidad nuevamente, su propia carrera. ¡Maldita sea! No quisiera haber hecho tantos kilómetros para que le vuelvan a colgar el sambenito de «hija de» que tanto le está costando desterrar.

El viaje de regreso lo he aprovechado para poner en orden los guiones de mi nueva novela. La he titulado *Se quedó sin ella* y pretendo reflejar la vida de una pareja desigual, que vence los convencionalismos sociales con su amor y que viajan incansablemente para huir del entorno que los acosa. En el texto, uno de los actores alcanza el éxito en el cine durante una visita a Hollywood y abandona repentinamente a su pareja, que queda sumida en la desesperación. Los papeles y los sexos están cambiados, pero ¿qué más da? Lo importante son los sentimientos y mi personaje no acertaba a comprender cómo se habían podido borrar del alma los recuerdos de tantos días de amor.

Esta novela inspirada en su viaje a Hollywood tiene más que ver con su hija, de cuya situación no le habla claramente a su amiga, pero sí le esboza el propósito del libro.

Ya desde Lisboa, le escribe el 5 de marzo del 28; «… supongo que vería Vd. mi artículo sobre Leopardi, donde le dedicaba un recuerdo a Rafael».

Con membrete del Majestic, C/ Velázquez y fecha 29 de mayo:

Ramón y yo hemos ensayado un atisbo de reconciliación; al menos respeto, convivencia pacífica o ayuda mutua, cada uno en su casa, el en su Torreón y Dios en la de todos. Comenzó de manera casual, comentando los guiños de nuestras últimas obras y acabamos en la cama.

Cuando le he contado a Ramón las intimidades de mi reencuentro en Chile con María, me ha sorprendido y emocionado leyéndome ese semblante opaco de ella que ha dibujado en la Roja.

Después, en otra carta a Rita, le cuenta cómo ella está leyendo la prensa, el 22 julio del 28, y

encuentra en la página de sucesos uno que le llama la atención.

La noticia estaba fechada en Almería con un curioso titular. «Cuando iba a celebrar la boda, la novia se fuga con un pariente suyo»; ese era el titular del *Imparcial*. Como en las novelas, describía con todo lujo de detalles cómo muy cerca de mi adorada Rodalquilar, en el cortijo de los Frailes, una chica de veinte años que salía con un vecino, también hijo de hacendado, se había fugado con un primo suyo. Y, sorprendidos por un hermano del novio en su escapada, en un forcejeo, el romántico secuestrador muere acribillado a balazos, con lo que ella es señalada como causante de todos los males.

El crimen me llamó la atención, aunque los llamados raptos son muy comunes en Andalucía, pero los tintes de tragedia…

A Ramón estas cosas no le interesaban. Le habían enviado un ejemplar de la revista *Gallo de Granada* y se entusiasmaba con los textos de Jorge Guillén y José Bergamín, las ilustraciones de Salvador Dalí e Ismael González de la Serna, los diálogos en prosa de uno de los promotores, Federico García Lorca. A Ramón se le caía literalmente la baba hablando de ese joven poeta granadino:

—¿Pero ese Federico no es paisano mío, de Almería?

—No mujer, es granadino. ¿No te lo he dicho antes?

—Pues ese D. Antonio, el maestro del que tanto te habla y que era profesor suyo en Fuente Vaqueros, también dio clases en Almería.

—Puede ser, pero ¿a qué viene eso?

—Pues viene a que me he enterado de que una prima de Federico que también vive en Fuente Vaquero, María, asegura que eran ellos dos bien jóvenes cuando leyeron en un diario de Granada la historia de un rapto y que ese escándalo les apasionó. ¿Ves cómo los sucesos pasionales del pueblo interesan también a los poetas, Ramón?

La confusión que Carmen parece que tenía respecto a que Lorca puediese ser almeriense se debía a que, efectivamente, el maestro Antonio Rodríguez Espinosa, maestro afín a la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza, había creado en Almería un pensionado en el que García Lorca comenzó en 1908 su bachillerato. Aunque solo permaneció durante un curso, la impronta de este maestro quedaría para toda la vida.

Curiosamente, esa prima de Lorca será la primera persona de la familia a la que Agustín Penón, el primer investigador sobre el asesinato del poeta, entrevistará en el 55…: «Es la primera persona de la familia del poeta que voy a conocer».

Continúa la carta Carmen:

Pero Ramón no me respondió. Prefirió referirme lo que le había pasado al bate granadino y del homenaje que le estaban preparando y al que asistirá la Xirgú.

—¿No es amiga de Lorca?

—Se conocen. Él le dedicó el *Prendimiento de Antoñito el Camborio*, dentro del *Romancero gitano*. Y, además, ¿no conoces la anécdota de su encuentro? Le había dado a Marquina su *Mariana Pineda*, para que ella lo leyese, pero veía cómo pasaban los días y no le llamaban. Un día, una amiga común se lo dijo a Margarita y esta llamó a Marquina, que casi se muere del susto. Tenía el texto de Federico guardado bajo siete llaves, pero se lo entregó a la Xirgu y esta, maravillada, mandó a llamar a Federico al hotel Ritz.

—¿Y qué ocurrió, Ramón? Me tienes en ascuas.

—Media hora después, entraba Federico en el *hall* del hotel. Lo llevaron a la mesa donde estaba Margarita y los presentaron. Era la hora del aperitivo y pidieron un *whisky*. Alguien dijo

que sabía a petróleo. Y Federico se reía con esa risa suya tan peculiar que parecía apoyarse en la o…

De la peculiaridad de esta risa de Federico también le habla a Penón Francisco Murillo, conocido por Paquito el de Loja, chófer de los García Lorca, cuando este le entrevista para su investigación el 28 de julio del 55: «Federico siempre estaba riendo, tenía una risa fuerte, escandalosa. ¡Qué bien me acuerdo de ella…! Todavía me parece que la estoy escuchando…» (*Miedo, olvido y fantasía*. Agustín Penón. Edición de Marta Osorio. Editorial Comares. Granada. Pág.426).

Agustín Penón le pedía a Paquito el de Loja que lo llevara por los itinerarios que hacía con Lorca y este le llevaba a la casa de Falla o a la cueva de la bailaora Lola Medina, en el Sacromonte, por la que sentía admiración. Pasaba allí mucho tiempo; llevaba tintero y pluma y se sentaba a escribir en la mesa camilla del que llamaban «cuarto de Federico». De ahí salieron páginas de su *Romancero gitano*.

Era notoria la admiración que Gómez de la Serna sentía por Federico. En su obra de teatro *Los medios seres*, Ramón le rinde homenaje a Federico, haciendo que uno de sus personajes, interpretado por la hija de Colombine, recite *La casada infiel*, ya saben aquello de: «Yo me la llevé al río / creyendo que era mozuela / pero tenía marido».

A principios de 1929, María regresa separada de su marido, enferma y sin la gloria que buscaba fuera de la casa de su madre, quien le presta su apoyo de nuevo y en marzo escribía a la viuda de Rafael Romero en estos términos: «Mi hija vino. Ahora la tengo una temporada al lado, pero no me atrevo a confiar en que no desee marchar de nuevo. Hay un veneno en el teatro para la mujer casi incurable».

En otra, a Ana de Castro: «María está de nuevo trabajando. Ahora está en Burgos, se ha puesto mejor de salud y más equilibrada».

Ese mismo año, le ofrecen a Ramón la posibilidad de estrenar con libertad, sin limitaciones, y escribe a toda prisa *Los medios seres*. Carmen quiere que María actúe en esa obra de teatro, y así se hará, estrenándose en el Teatro Alcázar de Madrid, el día siete de diciembre, sin demasiado éxito.

No es fácil determinar si es el sustrato emocional que respiran ellos tres, lo que da origen al argumento de *Los medios seres*, o es precisamente esa pasión contenida, la atmósfera creada en el escenario por los tres «medios seres» protagonistas, el desencadenante de los acontecimientos que vendrán después. Lo que sí está claro es que hay mucho de Carmen en Lucía, mucho de Ramón en Pablo y todo de María en Margarita.

Dice Ramón en el epílogo de *Peregrinaciones de Carmen*:

… su hija única a la que ha paseado por el mundo enseñándoselo y formando su espíritu de artista tan sólido, de ojos tan profundos, aunque esté nervioso hasta el delirio. Carmen la hubiera querido más sosegada, pero ella no la he hecho caso.

Así como en literatura Ramón reclama y ensaya formas nuevas (las famosas greguerías), en teatro pretende un teatro autosuficiente por la palabra y la pura contemplación de la realidad, el teatro de la vida y de las ideas. Sin acción, pero con pasión, prestando mucha atención a la puesta en escena, al vestuario y la iluminación, muchas veces sin un protagonista concreto, sino un colectivo, o un sentimiento como los celos, representados nominalmente por sombras.

Los medios seres es una obra en tres actos, con 33 personajes entre «seres completos» y «medios seres». Estos últimos —los tres protagonistas lo son— aparecen con la mitad del cuerpo pintado de negro, de la cabeza a los pies, y la función es presentada por el apuntador, como un

personaje más. Parte la idea de los estudios que la psicología está emprendiendo por aquellos años sobre los hemisferios cerebrales y sus funciones. La puesta en escena es demasiado complicada y vanguardista para el gusto de la época. Muchos personajes son llamados por el nombre del color, o medio color, que visten rayas y cuadros. Existen otros medios seres, que son unas vagas apariencias de hombres atados por el grueso cordón de los celos, de la intransigencia, de las malas respuestas.

El apuntador sale de su concha de cara al público y presenta la obra:

Espectadoras y espectadores: el autor no ha encontrado mejor confidente que yo para que sepáis la acotación general de la obra:

Los medios seres se huelgan en lo que les falta, son abnegados gracias a lo que carecen y respiran plenamente por la herida de estar partidos.

Quizá, gracias a la entre visión de la verdad que ensaya esta comedia, se verá claro que ese dulce lado inacabado es el que poetiza a los humanos.

El defecto de ser enterizo provoca el adulterio, mientras que para los medios seres no hay tamaño desamor y no dejan de contar los unos con los otros al engañarse, pues solo tratan de completarse para evitar el cansancio del corazón que no descansa más que cuando se encuentra con dos seres complementarios.

Casi todos somos medios seres, así es que tratemos con consideración a estos que se acusan como tales en la atmósfera ultravioleta del teatro.

… ¡Adiós, buenas noches! Perdonadme que os vuelva la espalda, pero ni las damas ni los apuntadores tienen espalda…

Lucía y Pablo celebran su aniversario de boda, y todos los personajes, completos y medios seres, aparecen para «comprobar» lo acertado de ese matrimonio, para ver si fue un éxito o ya empieza a hacer aguas.

En la II escena del primer acto, Lucía responde a las preguntas de una amiga viuda:

Pura.— Cuenta, cuenta.

Lucia.— Pablo es bueno, pero inacabado. Después de las palabras que dice debía decir otras que no pronuncia… Hay un beso final que tampoco me da, por muchos que me de cada día. Adora las películas cómicas y todo lo toma a beneficio de inventario.

Pura.— ¿Sabes que ese juicio parece un poco de desamor?

Lucía.— Pues te digo que no lo es. Yo no lo abandonaría por nada del mundo… Necesito quien comprenda lo frívolo como él lo comprende, pero necesito quien compense con sus palabras el lado dramático que tiene la vida, y que él ni atiende ni se explica. ¿Querrás creer que no he llorado ni una vez en todo el año?

Pura.— ¿Y por eso vas a encontrar mal a Pablo?

Lucía.— Ya ves lo que son las cosas… Necesitaría que me tomase más en serio para ser algo más que la mitad de una mujer feliz.

Pura.— Eres un poco ingrata con él… Te alegra y te aclara la vida y tú protestas.

Lucía.— No me comprendes… Te diré más para ver si aciertas… Me quejo de que él me mira con demasiada confianza, sin volver a aquella primera mirada por la que nos elegimos mutuamente… Lo acepta todo al pie de la letra y, aunque tiene imaginación, no la usa con nuestros amores.

En el II acto, III escena, aparece Margarita (María).

Es un medio ser, con su mitad negra, un jersey extraño y falda de puntas y colgantes, cuyo vestuario les parece extravagante a los concurrentes. Entra como una tromba y tira el

azucarero:

Margarita.— ¡Hola!

Lucía.— No importa…, el azucarero es siempre el ser más desgraciado de la vajilla.

Pablo (*A Margarita*).— Traes las manos frías.

Margarita.— Pues no hace frío. Es que no hay cosa que dé más frío que creer que se han olvidado los guantes.

Pablo.— Creíamos que no ibas a venir.

Margarita.— Y yo creía que no iba a llegar.

Lucía.— No te disculpes, siempre llegabas tarde al colegio.

Pablo.— Lucía ha preparado sándwiches modernistas de vitaminas.

Margarita.— ¿Y qué es eso?

Pablo.— Una cosa que deja el sol como su mejor regalo.

Margarita.— ¡Pues venga uno de esos bocadillos!, ¡pero a mí de sol y sombra, con vitaminas y mortadela!

Pablo (*Hablando con Margarita*).— Como has llegado tarde, nos debes mucha conversación… Así es que, para resarcirnos, tienes que recitar algo, ya que eres tan gran recitadora.

Coro.— ¡Sí, que recite!, ¡que recite!

Margarita.— Pero si yo no sé más que cosas muy raras.

Otros personajes dicen por lo bajo:

—Ahora se lleva mucho la recitación, ¡porque encuentran muy caro un piano! ¡Ya verá Vd. con lo que se destapa!

Pablo(*A Margarita*).— Pues venga lo que sea.

Margarita, poniéndose en pie, recita unos versos de La casada infiel, de Lorca.

Pablo y los caballeros aplauden, las damas se muestran reservadas ante conceptos tan vivaces.

Pablo(*En primer término con Margarita*).— ¡Eres más ideal de lo que yo me creía…! ¡Qué bien te sientan esos versos! Te visten de percal oloroso y te descotan hasta el alma.

Margarita.— Pero fíjate qué efecto han producido en los demás.

Pablo.— Era ya hora de irse…, pero tú te quedas a cenar con nosotros.

Margarita.— Me quedo, pero con la condición de que no des celos a Lucía. Siempre jugaste con las dos.

Pablo.— Ella tiene cuerpo de mujer y tú de sirena; completáis así lo humano con lo fantástico.

Margarita.— Te encuentro más vehemente que nunca.

Pablo.— Si vieses lo cansado que estoy del pasado.

Margarita.— ¡Qué raro es el presente! Todo el mundo se encuentra en el momento de romper con su pasado… «Cambio de películas todos los lunes».

Pablo.— En el resplandor de los versos, te he visto con cuerpo de diosa y de esclava llena de dulces quejidos. Tus versos de antes eran ñoños; estos nuevos me han demostrado que tienes que sufrir un martirio de admiración y de inquietud.

Margarita.— Fíjate que en pocos minutos me has llamado esclava, diosa y sirena… Eso es ir muy de prisa. Vas a atropellar a Lucía.

Pablo.— El coche es de tres plazas. Necesito que sea tu amiga y tu reverso. Ahora mi corazón se sentirá más pesado de drama y felicidad.

Estos diálogos insinuantes y sensuales continuarán en la escena VIII del último acto, sobre un tablero de parchís (con otros colores), como el propio laberinto de la vida, donde aparece

Margarita sentada frente al público y Lucía frente a su marido.

Pablo.— Vengo ansioso de pasearme por el parterre de colores del juego.

Margarita.— Las mías son las azules.

Lucía.— Las mías las rosas.

Pablo.— A ver quién sale.

Margarita (*Tirando el dado de su cubilete*).— El cinco.

Lucía.— El tres.

Pablo.— El dos.

Margarita.— El cinco. Comienzo libertándome. Me gusta salir de paseo en cuanto estoy lista.

Pablo (*Tira su jugada*).— El cinco también. Te acompaño y te persigo.

Lucía (*Vuelca su cubilete*).— El dos otra vez. No os puedo acompañar.

Margarita (*A Lucía*).— Mueve el dado en tu cubilete, porque muchas veces sucede que se queda dormido en una postura. Hay que despertarlo, hacerle ver que ha comenzado el juego. (*Tira Margarita*) El Seis. Cómo me gusta dar estas carreras.

Pablo (Tirando).— El cuatro. Tengo un paso más lento que el tuyo.

Lucía.— Otra vez el dos, y conste que lo he movido bien.

Margarita.— Muévelo más. Dale un poco de masaje. Como todos los dormilones, vuelve a encabezar el sueño en cuanto se le deja. (*Margarita vuelve a tirar*) El uno.

Pablo.— Aunque el uno es un número muy feo, cuando lo saca una mujer, parece que le ha salido un lunar en la barbilla.

Margarita.— Hombre, ¿y por qué en la barbilla?

Pablo.— Porque la barbilla tiene un desprendimiento de dado al que le va bien ese puntito. (*Vuelca su cubilete*) El tres.

Margarita.— Otro abonado.

Lucía (*Tira su dado*).— El cinco. Vamos, ya puedo salir y vigilaros por el camino… Eso de quedarme en casa como en un día que llueve no me gustaba mucho.

En la escena siguiente entra Fidel, el amigo taciturno de Pablo, y como no le gusta jugar, Lucía le acompaña.

Fidel.— Pero ¿por qué ha dejado Vd. de jugar?

Lucía.— Para hacerle la visita. Probablemente, viene usted de su casa de soltero buscando palabras.

Fidel.— Me basta oír anunciar las cifras de los dados… Yo traduzco esa cinta de puntos como la de una conferencia telegráfica, y confirmo las verdades sin pudor, que se dicen los que juegan, lo que piden ansiosamente a voz en grito. Solo el que no juega conoce ese descaro. Los hombres solitarios tenemos sutileza para todas las revelaciones de los demás; sacrificamos a eso las nuestras.

Lucía.— Y si usted jugase, ¿qué diría su mensaje?

Fidel.— Si yo jugase, mi mensaje sería desgarrador… Pero como no habría junto a nosotros el ser solitario que interpretase mis intenciones, jugaría tranquilo. Si suceden tantos crímenes durante el juego, no es por lo que se juega, sino porque todos los deseos incumplidos se revelan y se encienden; las almas pasan por la mesa sus tentáculos voraces.

Lucía.— Yo podría quedarme sin jugar para ver si adivinaba sus secretos.

Fidel.— No podría ser eso, porque, al jugar yo, la necesitaría como guía en ese laberinto. Un alma digna no puede jugar si no piensa en algo ideal mientras juega y va del brazo de alguien… Cuando juegan hombres y mujeres, su juego no sirve sino para distraer los abrazos que se dan las

almas.

Lucía.— Yo sé que el juego adquiriría otra amenidad. Su tono rencoroso estimula la vida. ¿Por qué secreta influencia, aun empeñándose usted en ser sombrío, pone el más confiado bienestar a su alrededor?

Fidel.— Porque las almas se reconocen sin mirarse en su encuentro a ciegas, y usted sabe que yo recojo las miradas que caen de sus ojos, el vacío de su andar, los perfiles que entrega al no ser mirada… Todo lo que él no sabe recoger… Si no he sentido celos nunca, es porque sé que los demás no tocan lo que yo me reservo. Él no sabe de qué esencias se compone la cara que usted rebasa, pero yo sí, porque soy el sufrido arancel que la recoge.

Pablo (*En el fondo*).— ¡Otra que como! Cada ficha azul es como un caramelo que te robo.

Margarita.— Caramelos venenosos de máscara… Caramelos que no te quisiera dar.

Lucía.— ¿Se acuerda usted de aquel día en que fue a decirme que Pablo estaba enfermo y paseamos juntos? ¿Por qué fue tan largo aquel paseo, que acabó en el campo?

Fidel.— La fecha más grabada en mí… Eso añade toda la certeza de mi alma… Precisamente con el compás en aquel punto he ido cerrando lentamente el círculo de mis emociones, y esperaba y esperaba que acabase, muy tarde, sí, tenía que ser muy tarde, cuando al destino le diese la gana, la curva última que cerrase el abrazo del círculo.

Lucía.— ¡Me quedó tan clara aquella tarde, que veo las esquinas por las que no quisimos torcer y aquel sitio del descampado en que nos sentamos! Aquella tarde me sentí víctima de un crimen feliz…

Margarita (*En voz alta, sobre el tono confidencial y amoroso con que ella y Pablo llevan el juego*).— ¡Te he cerrado el camino! Es bonito ser guardabarrera de una impaciencia tan grande como la tuya.

Fidel.— Lo que me ennoblece es que no hay traición en este actuar de fondo a una vida… ¿Por qué la han dejado sin tan necesaria compensación? Lo malo sería ser el frívolo luchando con otro frívolo… Ahora ya sabe usted que hay quien calla para oír mejor, mientras él habla para no oír nada… Esa complicidad aquietará mi vida, le dará un ideal… Seguiré recogiendo lo que caiga, lo que deja tan desilusionada a una mujer que la lleva al suicidio…

Lucía.— ¿Así es que sabrá usted estar callado mientras él habla? ¿Podrá usted tener siempre esa discreción salvadora?

Fidel.— Siempre.

Lucía.— Yo que sentía esta casa chica para vivir, veo que se agranda ahora, como si hubiese descubierto su doble fondo.

Fidel (*Con tono alegre*).— Es toda la vida lo que salvo, gracias a sus palabras…

Lucía.— Creo en el «toda su vida». Su silencio y su gravedad dan mérito a su juramento. Muchos han deslizado a mi oído la misma frase; muchos aún me la podrán repetir, pero yo sé que en mi reloj de pulsera caben los «toda la vida» de todos los demás y, sin embargo, siento que no cabe el suyo. Pero ¡que no se note su cambio!... Tiene usted que aparentar el aire sombrío de antes… ¿Quiere usted jugar ahora?

Fidel.— ¡Vamos a jugar!

Pablo.— Pero ¿qué es ese milagro? ¿Tú también vas a jugar? ¡Así se regenera uno! Tus fichas son las moradas. Toma tu cubilete, bebedor de soledades. El laberinto está completo. La gracia del juego es ya nuestra. ¡Brindemos con nuestros cubiletes!

TELÓN

(*TEATRO INQUIETO ESPAÑOL*. Selección de Arturo del Hoyo. Aguilar l967).

Creo que el lugar para la especulación del investigador está en esa esquina entre la vida y el teatro, entre la vida y el escritor, entre las vivencias que la persona experimenta, porque, antes, su parte de escritor inventa… en los pensamientos y palabras propias que presta a algunos de sus personajes. Lo digo porque, en 2003, TVE emitió un documental, *Carmen de Burgos sola frente a la sociedad*, dentro del ciclo «Mujeres en la Historia» y me resultó extraño que, habiendo sido tan fecunda la obra de esta mujer, le dieran espacio a un psiquiatra, Enrique Rojas, para que tratara de explicar las razones por las que Ramón y María habían mantenido un *affaire* durante los ensayos de *Los medios seres*. Como aquellos informes que hiciera el psiquiatra oficial del franquismo, Vallejo Nájera, diciendo que las mujeres poseídas de ideología de izquierdas padecían algún tipo de trastorno mental. La conclusión de este otro psiquiatra, con el que habían consultado el caso que nos ocupa, era que se había producido por ese afán de las actrices de poseer al autor. O algo parecido.

Por su parte, Ramón lo explica así en su *Automoribundia*, y no lo rectifica en *Lo que no dije en automoribundia*. Ignoro si por fin escribió *Lo que no dije en lo que no dije en automoribundia*, como amenazaba en l948.

Una interrupción de locura llenó los febriles días de los ensayos y oí (de María) el «siempre había esperado este momento» y en esas noches supe que ella tomaba cocaína y hubo una escena de muerte verdinegra que violentó más aquella pasión. (Pág. 511).

Él tomaba láudano, un opiáceo, pero eso era legal, se vendía en las farmacias.

Refiriéndose a Carmen, en la página 548 de dicha *Automoribundia*:

¡Espléndido encuentro! Pero después habían de pasar muchos años sobre ese gran premio que fue para mí encontrar mujer bella, noble y con talento, hasta que *Los medios seres* vinieron a ser su desenlace y me dejaron a mí mismo convertido en «medio ser».

No es de extrañar, por otra parte, que Ramón se sintiera atraído por «aquella niña fea» de principios de siglo, ahora convertida en una mujer hermosa, más o menos de la misma edad que cuando conoció a su madre, y que ella quisiera dejarle claro al otrora modernista en qué consistía la *modernidad*.

En carta de Ramón Gómez de la Serna a Guillermo de Torre, con fecha 20 de diciembre de 1929, se puede leer: «He estado muy distraído, pensando, escribiendo y asistiendo a los ensayos de *Los medios seres*, que tantas discusiones ha despertado y de la que no estoy arrepentido».

En febrero de 1930: «Me he venido a establecer en París para trabajar con más calma y fecundidad; últimamente en Madrid, el tener que actuar de animador y respondiente, me quitaba todo el tiempo». Nunca olvida Ramón en estas cartas a Guillermo de Torre, enviarle admiración y cariño para su esposa, Nora Borges, de la que después haría una biografía. La había conocido con sus dibujos modernistas, cuando apareció con su todavía nada célebre hermano, por la tertulia de los ultraístas que capitaneaba Rafael Cansinos.

El 15 de abril ya se ha cansado de París y le cuenta a su amigo que Ortega ha estado allí y con él se ha ido a un encuentro con escritores catalanes y castellanos, en Barcelona, donde también estaba Giménez Caballero.

Pero ya no aguanta París, a pesar de que allí se ve con su amigo, Girondo, con Victoria Ocampo o con Delia del Carril, esposa de Neruda.

Le confiesa a Victoria Ocampo:

En París sufrí todo lo que se sufre en París.

¿Se marcha Vd.?

Pensaba vivir mucho tiempo en París, pero la nostalgia de Madrid ha sido tan grande que a

Madrid vuelvo y volverá a funcionar aquel Pombo. Cuando vine de allí y clausuré Pombo, de una manera que creí definitiva, pensé poder vivir lejos de Madrid. Hoy ya sé que no es posible.

La Ocampo invita a cenar a su casa a Cocteau y a Ramón y dice de este: «Ramón descuartiza tranquilamente el francés, para introducir en él el español de una forma que a Cocteau le divierte.

Carmen, consecuente consigo misma y su manera de entender el amor (amistad perfeccionada), como siempre, hizo o quiso hacer lo que convenía, no molestar; a los dos días pidió el traslado a Barcelona, aunque parece que esto no se llevó a cabo y fue Ramón quien huyó a París y después a Argentina, continuando María al lado de su madre, ya que estos acontecimientos no eran lo más apropiado para su hiperestesia (agudeza inhabitual de los sentidos en especiales circunstancias, en la acepción «paranormal»), término muy usado en la época. En el Julio Casares: «Sensibilidad excesiva y dolorosa».

A su amiga Rita, la viuda de Rafael Romero, le escribe el 7 de abril de 1930:

Mi cabeza estaba confundida y mi corazón sufría. No sentía ganas de vivir. Solo el arrepentimiento de mi hija y sus sinceros sollozos lograron restablecerme algo. Sus adicciones eran un problema y solo me tenía a mí para ayudarla. Ahora está bien y le manda sus recuerdos.

Solo Rafa Cansinos pudo consolarme cuando lo visité llorando y le conté todo en un rincón del Café Colonial. Le confesé que Ramón me había pegado; pero él solo alcanzaba a exclamar; «¡La pobre Carmen! ¡La pobre Carmen!».

«Una verdadera huida a París, a salvo de las iras de la madre y de la demencial pasión de la hija» dice en la página 157 el primo Gaspar Gómez de la Serna en su libro *Ramón*, que publicó en el 63 Taurus Ediciones. Allí se instala en un pequeño estudio, esperando que París le sonría de nuevo. Acaba de salir el libro póstumo de Apollinaire, prologado por él, y le llaman de todas partes. Abre su sucursal del Pombo en el café de la Consigne, frente a la estación de Montparnasse, a la que acuden tanto españoles como latinoamericanos. Cobra y se funde sus derechos de autor; acude al restaurante del periódico *Le Journal*, donde celebran sus reuniones los miembros de la Academia Francesa del Humor, nombrándole académico de honor, así como a Chaplin, los dos únicos miembros extranjeros. Aunque los honores no dan dinero y él se encuentra con estrecheces económicas y frío mientras escribe *La Nardo*. En primavera regresa a Madrid y, en octubre de 1930, ya ha llegado la radiodifusión y la emisora Unión Radio; pone un micrófono en su torre de Velázquez para que pueda dar directamente su colaboración literaria, por la que le pagan 30 pesetas por emisión. Pero el año 31 tendrá que dejar la Torre; otra torre que se le desmoronaba y de ese desgarro dejó constancia en un artículo en *El Sol*, que tituló: «Torres más altas han caído; sí, ¡pero esta torre era la mía!». No solo cayó la Torre de Ramón, también cayó la Corona.

En el capítulo LXXIV de *Automoribundia*, dice que su primer viaje a América fue en l931. «Me decidí a cambiar completamente de destino, ya que el que tenía se había desgajado».

Allí, en el Pen Club de Buenos Aires, quedó deslumbrado por una tímida criatura. Esta tímida criatura le sería presentada al momento por Manuel Gálvez. Una joven recién separada y madre de un hijo de meses, Luisa Sofovich, con quien se casaría. Era ella poeta, con alguna cosilla publicada y «estaba llena de fe en la literatura y el amor». En esos meses, también ha viajado Ramón por Uruguay, Paraguay o Chile, extendiendo el Ramonismo, pero ya quiere regresar a Madrid. Tan exagerado él, dice tener miedo a la venganza andaluza, aunque él sabe que ese no es el estilo de la andaluza, con la que ha mantenido una relación de veinte años.

En Madrid se oculta, pero con tantos amigos comunes y habiéndose movido siempre por los mismos sitios, es imposible que no lleguen a oídos de Colombine las cosas que dice Ramón en la

residencia de estudiantes o en los cafés. Suena el teléfono y, al otro lado, alguien le dice que Ramón ha vuelto a España, pero que se oculta porque teme una venganza andaluza. Ocurrencia ramoniana que le hace partirse de la risa.

De hecho, siguieron siendo amigos hasta la muerte de Colombine; justo ese mismo día, por la mañana, había hablado con ella para visitarla al día siguiente, cosa que hacía todos los domingos.

V Congreso Internacional Feminista en Madrid



VII.

CONVOCATORIA DEL CONGRESO INTERNACIONAL FEMINISTA EN MADRID

Colombine, una vez más, tuvo que renacer de sus cenizas, y como cuando abrazaba a su bebé muerto, engañada por el calor que la fiebre había dejado en él, cayendo después en una postración de días, dándola casi por muerta, se levantó del quebranto con más fuerza que nunca. Así ahora va a emprender con vigor todas sus luchas anteriores, como en un acto de sublimación.

A principios de l930, final de la dictadura de Primo de Rivera, publica un resumen de todas las actividades feministas que se llevaban a cabo en distintos países, reactivó los proyectos de la Liga de Mujeres, recordando su actividad pionera con la Cruzada de Mujeres a favor del sufragio en l921.

En febrero, publica en *La Revista de la Raza*, nº 173: «Un congreso de la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas». Al regir de nuevo la Constitución del Estado, esta sociedad hace un llamamiento a todas las mujeres españolas que simpaticen con sus aspiraciones para que trabajen por la igualdad de derechos y vindicaciones femeninas.

Como siempre, sigue atenta al nuevo pensamiento y publica un artículo sobre el concepto de civilidad de Ortega, en el que defiende que dicho concepto reclama el concurso de la mujer, ya que se basa este en un «anhelo de justicia que lleva aparejado el deseo de la igualdad, la libertad, la tolerancia y, en una palabra, la decencia, para no avergonzarnos de nuestra nacionalidad». («La mujer. Civilidad Femenina». *Revista de la Raza*. 9 de marzo de l930).

Proponía a las mujeres el tipo de libros imprescindibles en la biblioteca de una mujer moderna y culta, en contraste con el libro de cocina y el devocionario, a cuya consulta se vieron obligadas las mujeres de no hacía mucho tiempo. Ella participó de esos planes bibliotecarios para mujeres, aunque los amplió con el bagaje de su erudición.

«La escritora tenía que quedar relegada a ocuparse de modas y frivolidades en periódicos, donde directores de menos cultura que ellas escribían los artículos de fondo o las críticas literarias», en *La Revista de la Raza*, de 9 de abril de l930.

Otros casos hubo en que escribieron libros que firmaban sus maridos, como en el caso de la escritora y más tarde diputada por Granada María Lejárraga, esposa del empresario teatral Gregorio Martínez Sierra, del teatro Eslava, y luego editor de Renacimiento, a quien abandonaría amigablemente al enterarse de que tenía una amante, Catalina Bárcena. De él se decía en los cafés madrileños que eso sí que era un hombre con suerte, porque su mujer le escribía las obras y su amante las representaba. La Bárcena era una actriz de éxito. El libreto del *Amor brujo* de Falla también lo escribió Lejárraga, en las nuevas ediciones ya lleva su nombre.

La igualdad entre ambos sexos como punto de partida y la consideración de «asunto privado el faltar a la fidelidad» era la propuesta de Carmen de Burgos para una ley de divorcio, haciendo un

recorrido por la historia para mostrar la evolución de la legislación. De nuevo el artículo 438.

Su enfermedad sigue y en verano viaja a la «Meca de los enfermos de corazón», el balneario de Royat en Francia, frecuentado por escritores, acompañada de su amiga portuguesa Ana de Castro. De ese viaje serán los escenarios de su novela *Perdónanos nuestras deudas* (como ella perdonó), precediéndole un *Retrato de autor*, que firma Rafael Marquina, al que pertenece este párrafo:

Carmen de Burgos, comprensiva, ni ambiciosa ni intrigante, por tanto ni rencorosa ni agresiva. […] Hoy, en la madurez dorada de su talento, puede pasear —de vuelta— con aire de tolerancia, risueña y satisfecha, por encima del bien y del mal, por esas alamedas que ella recorrió solitaria y que ahora creen haber descubierto las animosas peripatéticas, que apenas empiezan a ir a las audacias de donde ella regresa. La lentitud, un poco triste, de su paso, la palidez de su melancolía, el noble empaque de su sencillez, […] la purísima sutiliza de su sonrisa, a la que pudiera aplicarse la bella alusión de Valle Inclán y decir que es «triste de ciencia antigua».

Pero a su enfermedad se une la de su hija, según consta en el epistolario de la Biblioteca Insular de Las Palmas, en carta dirigida a la viuda de Alonso Quesada: «Yo no soy feliz ahora porque tengo también a mi hija delicada de salud y me inspira serios temores… No tengo ilusión por nada…, ni siquiera puedo escribir».

Otras más desalentadoras parece que escribe a Ana de Castro: «He andado medio loca con tantas cosas y mi salud no es buena, pues de sustos y sufrimientos siento que me desfallece el corazón».

La situación no estaba para desfallecimientos personales, exigía de su empuje y, al igual que cuando llegó a Madrid, tenía que ocuparse de su hija, a la que hacía examinar por los mejores neurópatas, con sus correspondientes facturas, por lo que comenzó de nuevo haciendo de tripas corazón, sacando fuerzas de flaqueza o haciendo suyos los versos de Rudyard Kipling, también masón.«Si en la lid el destino te derriba, / si a tu caudal se contraponen diques, / date una tregua…, pero no claudiques».

Desde *Portugal Femenino*, Ana de Castro evoca el valor de la figura de Colombine, con una semblanza y un retrato reciente que le había enviado Carmen con esta dedicatoria: «La causa de todas las mujeres, cualesquiera que sean las divisiones de patria o raza, no es más que una, como solo es una la justicia para toda la humanidad». Le agradecen que ella haya sido la más entusiasta y desinteresada propagandista de la patria lusa.

Carmen de Burgos sigue impartiendo conferencias por España, en Alicante sobre «La influencia de Andalucía en la literatura española». Con un estudio sobre los zéjeles y moaxajas de los árabes, consigue reavivar la Liga Internacional y Cruzada de Mujeres, poniéndola a la cabeza de las organizaciones feministas. Creó la Agrupación Vanguardia Republicana para la colaboración de ambos sexos en pro de la República. El 4 de noviembre son presentados estos proyectos en mitin celebrado en el teatro María Guerrero, donde intervinieron la abogada Concha Peña, la periodista Matilde Muñoz, Eduardo Ortega y Gasset, líder del Partido Radical Socialista, y otras personalidades. Colombine cerró el acto con una conferencia, exponiendo la situación de la mujer en España, destacando la labor que se proponía la agrupación de enseñanza cívica de la mujer para enseñarle a ejercer sus nuevos derechos. En la Casa de la República en San Bernardo 68, se impartirían estas enseñanzas.

Aceptó su participación en Izquierda Republicana Anticlerical, siendo elegida vicepresidente primero.

Su hija se va reponiendo y puede sustituirla en actos públicos cuando ella necesita reposo y no

puede acudir a sus compromisos que, en ese año, sin duda el más entrañable para ella, sería el homenaje que la República rindió a Nicolás Salmerón el l9 de septiembre de l931 en Almería. Allí acudió desde Madrid, con una delegación formada, entre otros, por Unamuno como director del Consejo Superior de Instrucción Pública; Indalecio Prieto, ministro de Hacienda; Victoria Kent, directora general de Prisiones; y Marcelino Domingo.

Desde su llegada a la ciudad de Guadix, la prensa informa. En Almería les espera una muchedumbre, mientras suenan las sirenas de todos los buques del puerto. Un arco floral de estilo mudéjar les saludaba con la siguiente inscripción: «Almería les da la bienvenida a los forjadores de la Democracia, que vienen a honrar la memoria del más preclaro de sus hijos. Justicia, Libertad, Trabajo». En la plaza de toros se dio el mitin de afirmación republicana, en el que intervinieron los políticos, retransmitiendo por radio sus discursos, y cerrando el acto D. Miguel de Unamuno.

Se celebró un banquete oficial en el Círculo Mercantil e Industrial, donde Colombine había conferenciado a su regreso de la Argentina, en l913. En Alhama, al día siguiente, fue ella la que primero tomó la palabra desde el balcón de la casa natal de Salmerón, dirigiéndose a sus paisanos. «Ensalzó sus dotes de tribuno, abogado, filósofo y profesor, firme opositor de la pena de muerte —dimitió para no tener que firmar una—, recordando la reciente ejecución de Fermín Galán por la sublevación de Jaca».

Rafael Alberti había montado una obra con Margarita Xirgu a modo de romances de ciego, poco después de su fusilamiento y que tituló simplemente *Fermín Galán*. Hubo de retirarla, y una mujer le propinó una bofetada a la actriz cuando iba por el Retiro llamándola «catalana de mierda», algo que afectó bastante a Margarita.

Carmen de Burgos hace que reediten su novela, *Los espirituados de Jaca*; esta vez con el título de *Los endemoniados de Jaca*.

Este año también publica nuestra autora en Biblioteca Nueva: *La gloriosa vida y desdichada muerte de D. Rafael del Riego*, con el subtítulo *Un crimen de los Borbones*, aprovechando que estos ya no están. Lamenta la ausencia de documentos para el estudio de determinadas épocas de la historia, por esa práctica habitual de destruir toda documentación histórica comprometida, remontándose a la época musulmana.

Aterra el relato de los preciosos libros […] que morían lamidos por las llamas de las fogaratas del Santo Oficio… Estos libros representaban el alma humana en su conquista de la sabiduría a través de los siglos. Se ha quemado el alma de la humanidad. El sistema se sigue empleando.

Y se emplearía, pocos años después, con su propia obra, pasto de las llamas o muerta para el lector con su prohibición, que para el caso es lo mismo. Y como un libro lleva a otro libro, duelen esos libros quemados por los fascistas, silenciando el grito de la libertad, en el Puerto de A Coruña, en agosto del 36, en la descripción tan plástica de la hoguera que nos hace Manuel Rivas en *Los libros arden mal* (2006).

Manuel Rivas, ese gallego enamorado de las palabras, que despertando la sensualidad de estas, tan gozosamente, es correspondido por ellas. Seiscientas diez páginas para hacer esa defensa de los libros, como ella lo hacía al comienzo de su biografía sobre Riego.

Manuel Rivas levanta su lápiz de carpintero y acuden todas las palabras en tropel y se le rinden. Aunque esas palabras contenidas en las seiscientas diez páginas de *Los libros arden mal* son las que saltaron en chisporroteo durante dos días de agosto del 36 en las hogueras fascistas, que él las recogió desde su altura de buen novelista, o desde la mismísima Torre de Hércules, ¡qué *carallo*!

No le conozco personalmente ni leerá estas líneas, pero es un rendido homenaje a un miembro del Club de los Amantes de las Palabras que acabo de fundar en este preciso instante, de parte de otra socia, que hace con ellas lo que puede y cuando se dejan. También por entretenerme en otros recovecos, como alargando el momento de la despedida de Colombine en estas páginas, descansando de la fatiga que me produce tanto material alrededor mío que, si solo contar un poquito de lo mucho que hizo esta mujer admirable es abrumador, imagínense lo que sería llevarlo a cabo.

Ya estamos en l931, y un año más tarde, Colombine agotará el número de latidos que la biología a su corazón asignó, porque lo hizo latir a una velocidad vertiginosa.

Y siento que no hubiera sido mucho pedir una prórroga de tres años, no más, para que la flor de sus anhelos de libertad se abriera durante la República; así que pasaran tres años, ya podría descansar tranquila y evitarle su tercera guerra, esta vez en casa propia; y la perplejidad de tener que admitir que había estado durmiendo con el enemigo: un franquista.

La biografía de Riego alcanzó un gran éxito de crítica y de ventas; Cristóbal de Castro lo incluyó en su *Resumen literario del año*, con elogios a su aliento liberal y a su rigor documental. El 7 de noviembre, aniversario de la ejecución de Riego, en l823, se organizaron diversos actos de homenaje, presidiendo Colombine el realizado en el Ateneo y como oradora, por la noche, en la Casa de la República, en el acto presidido por Miguel Tato y Amat, donde su hija leyó el capítulo «Hacia la isla del reposo» de dicha biografía.

Colombine, en su intervención, fue acogida con una gran ovación y criticó la convocatoria de un concurso para elegir un himno nacional, porque «los himnos no se improvisan, sino que los crea y populariza el pueblo».

Encabezó una comisión con diversas peticiones a las instituciones: al ayuntamiento, un espacio más relevante para su memoria que la calle Imperial, la primera por la que fue arrastrado; a las Cortes, un acto solemne para recibir el sable de honor que las propias Cortes habían concedido a Riego; y al Gobierno, la declaración de fiesta nacional el 7 de noviembre como el día de Riego, así como la revisión de su proceso.

El día 3 de noviembre, ella había escrito una carta a Marañón diciéndole: «Acabo de enterarme de que unas señoras, movidas de buen deseo, querían hacerme una velada necrológica anticipada y que le hablaron a Vd. Yo me he negado a aceptar homenajes que no merezco, aunque les agradezco la buena intención. No se ocupe Vd. de eso».

El día anterior, había dado una conferencia de inauguración de curso en la Escuela Normal de Maestros, a los que les había puesto como figura ejemplar a Marañón, por haber preferido continuar con su labor médica, rechazando el puesto de embajador en París que le había ofrecido la República.

A finales de noviembre, se siente agotada, como explica en carta a Ana de Castro: «Yo siento tener que dejar ahora esta labor tan intensa y fecunda que estoy haciendo, pero veo que necesito un descanso, pues, si no, va a ser peor…».

Ese descanso, aunque con asistencia médica, lo tuvo en Navidades en Estoril, junto a su amiga, como se desprende de una carta de su hermana Catalina, Ketty, la hermana también maestra que siempre estuvo al lado de nuestra autora, en la sombra, cuyo nombre hemos visto como «hermana masona» en la fundación de la logia Amor y en otras agrupaciones feministas; razones por las que fue condenada a 12 años y un día de prisión, cuando ella ya estaba en el exilio. Cuando regresó, se alojó en un convento, donde la policía la descubrió en el 63 y, por intercesión de la madre superiora, alegando el breve tiempo que duró la logia Amor y sus 84 años, fue

archivado el expediente.

Sin que su estado haya mejorado, a finales de enero regresó a Madrid, recibiéndola en la estación su hija María y su hermana Catalina. María está en trance de preparar su divorcio para casarse de nuevo, esta vez con su prometido, Ernesto Zegarra Romano, un actor peruano.

El 4 de marzo, Carmen publica, en *La Novela de Hoy*, *Los guiones del destino*, cuya protagonista, una actriz que vuelve a la escena tras la muerte de su marido, muere en el escenario ante la presencia del público, aplastada, literalmente, por el telón.

Premonitoriamente, así fue su propia muerte, poco tiempo después, cara al público.

En el *Pórtico* de dicho libro, Rafael Marquina rinde homenaje a la labor pionera de Colombine:

… es honesto, es útil, es justo, es casi obligatorio, gritar a las nuevas luchadoras el deber de rendir homenaje a las que […] fueron las precursoras valerosas e inteligentes […], acaso ninguna tan admirable como la gran escritora Carmen de Burgos. Todas las conquistas que la mujer ha logrado en España han tenido en ella una combatiente esforzada, una definidora audaz, una entusiasta propagandista. […] En su obra literaria […] concurren todas las virtudes del liberalismo social, de contenido humanista, de ideología avanzada. […] La convierten en uno de los más sólidos, más fuertes, más inteligentes caudillos del renacimiento espiritual de España.

A estas alabanzas le añaden jugo de profundidad personal las que ha vertido en el prólogo de *Vida y milagros del pícaro Andresillo Pérez* Gil Benumeya, publicada también en *La Novela de Hoy* en l930, en el que se lee:

Carmen de Burgos es un espíritu generoso. Su arte y su alma se abren alegremente a todas las corrientes optimistas del pensamiento y la vida. Precursora […] de mil causas nobles, cede sus infinitos motivos de gloria por el afán de una vida nueva, el de un nuevo espectáculo de cordialidad humana, de un nuevo acto que lleve a crear belleza.

En esta novela, Andresillo es un niño pobre que sufre acoso escolar y, como consecuencia de ello, «deja la escuela y aprende las artes de la picaresca» en la Puerta del Sol, pasando a ser un puertasolino más, como se les conocía.

Carmen ha asistido a una piscina pública en París con su hija, a través de la cual, dice ella, va aprendiendo cómo será la vida de las generaciones venideras. *¡La piscina! ¡La piscina!*, publicada en mayo de l930, es un canto a estos nuevos modos de vida. La alegría de cuerpos disfrutando de la sensualidad del agua, del coqueteo de los rayos del sol penetrando su superficie, de los besos dados en las calles parisinas a plena luz del día, la transgresión de la melena de la discordia, por el pelo corto, aunque reconozca que en ella todavía queda algo de la educación carpetovetónica que le impide disfrutar con naturalidad de todos estos encantos modernos que su comprensión celebra.

El doctor Marañón, por su parte, ha hecho una larga disertación sobre los celos en el prólogo a su novela larga *Quiero vivir mi vida*, también publicada ese año:

Carmen de Burgos, atenta siempre a los progresos del pensamiento, ha escrito una novela en la que desarrolla un conflicto, de la psicología y del instinto de la mayor modernidad, de un interés actual apasionante. En la literatura clásica, los hombres y las mujeres representaban cada cual un tipo de pasión, sostenida y única: Otelo era los celos, Hamlet la duda, D. Quijote la generosidad, Werther la pasión sexual, sin escape hacia el sensualismo pagano, que caracterizó el Romanticismo, y así sucesivamente. Ya en Stendhal se encuentra una psicología complicada, exenta de la simplicidad esquemática de los sentimientos que culmina en Flaubert, cuya comedia sentimental es, a mi juicio (juicio de biólogo, no de crítico), una de las piezas representativas del arte moderno… Los seres humanos en nuestra psicología somos un mundo complicado, lleno de

fuerzas contrarias y diversas que cambian con los momentos de la evolución y las circunstancias de la vida, de un modo constante y, a veces, radical. El escenario de nuestro arte de ahora no es exterior, sino en el alma de cada protagonista, y en él se agitan fuerzas encontradas.

Carmen de Burgos conoce, repito, al por menor, todas las orientaciones de la psicología de ahora. En su vasta cultura ocupan un sitio fundamental las aportaciones de los psiquiatras, de los naturalistas y de los literatos que han aportado tantos materiales a la ciencia.

Los celos tienen, sin duda, un significado sexual equívoco. Ninguna mujer de feminidad estricta mata al hombre que la abandona, porque el amor sabe siempre lo que se hace, y sabe por ello que el abandono del ser amado es muchas veces puramente formal, que el hombre huido deja su corazón intacto en el seno de la mujer abandonada; y a esta, entre ríos de lágrimas, le basta esa garantía para consolarse y esperar. Y cuando se va todo —el hombre y el amor—, entonces la mujer sabe también que no hay nada que hacer.

Esta es, probablemente, la novela en la que Carmen conjuró o trató de conjurar los celos, después de *Los medios seres*, haciendo que la protagonista —dejándose llevar por el componente viril de su naturaleza— asesine a su marido.

Dispuesta de nuevo a emprender otra campaña en el *Heraldo*, «pidiendo una ley de divorcio», no fue necesario, ya que el 18 de octubre fue aprobada dicha ley.

El periodista José Montero Alonso le rinde homenaje y le hace una entrevista en su domicilio, que publicará en *Nuevo Mundo* el 4 de octubre de 1931:

Carmen de Burgos (Colombine) fue la autora de la primera encuesta periodística en torno al divorcio. Divorcio, voto femenino, igualdad de los hijos ante la ley... Estas nuevas realidades españolas, ¿cómo dieron sus primeros pasos entre nosotros? ¿Cómo fueron hallando eco y calor antes de ser letra viva en los preceptos constitucionales? ¿Quién lanzó las semillas generosas que, al fin, tras la hostilidad y el hielo de muchos años, llegan hoy a puerto de triunfo? […] Lo interesante era profesar aquellos sentimientos antes, cuando las cosas no habían dado la vuelta, cuando se tenían todos los inconvenientes sin ninguna ventaja. Se habla hoy un poco irónicamente del republicano de toda la vida y, sin embargo, hay en él más gallardía y más espíritu que en la lluvia actual de republicanos recién llegados, de republicanos de ocasión… Ser ahora abanderado de los derechos de la mujer, cuando ya están conseguidos o a punto de conseguirse, no es peligroso ni meritorio. Meritorio y peligroso lo era antes, en 1905, en 1910, aún en 1915, cuando una voz orientada en ese sentido solo despertaba un eco casi unánime de protesta. Carmen de Burgos fue periodísticamente la iniciadora, la precursora de estas realidades ya incorporadas a la Constitución.

En noviembre, el día 13, se publica su *Puñal de claveles*, del que ya hemos hablado al principio de este modesto ensayo.

En el Boletín Oficial de la Gran Logia Española, se registra la inscripción el 2 de diciembre de 1931 de la logia Amor; logia de adopción en la que figura Carmen de Burgos como fundadora y con el grado de gran maestre. Entre las hermanas afiliadas se encontraban: Gloria Carbonell, María Álvarez Burgos, Mercedes Fernández, Catalina de Burgos, Elena Feijoo y María Gutiérrez.

El 4 de junio del 32, preside en el Ateneo la clausura de la campaña por la abolición de la reglamentación de la prostitución, otra de sus viejas denuncias desde l921, a través de la Liga y la Cruzada de Mujeres; la Aaolición de la prostitución como aceptada forma de esclavitud.

No tenemos sus memorias porque la energía que le quedaba la empleó en la organización en Madrid del V Congreso Internacional Feminista, fijando su fecha para mayo de l933. Aunque, en

el 98, Federico Utrera publica, en Hijos de Muley Rubio S.L., un libro que puede llevar a engaño por el título, *Memorias de Colombine*, que son unas memorias figuradas por él, basándose en la correspondencia que la autora mantuvo durante treinta años con el poeta canario, Alonso Quesada, y a la muerte de este con su esposa, Rita.

Al final de ese verano, se retira de nuevo al balneario de Royat, esta vez acompañada por su amiga Gabrielle Reval, con la intención de regresar en otoño y reiniciar sus compromisos.

Así lo hizo; regresó a su domicilio de Nicasio Gallego, donde Ramón, que ya había regresado de la Argentina, casado, la visitaba los domingos por la tarde, como muestra de la solidez amistosa en que se había basado siempre su relación.

Republicana muere en plena República



VIII.

REPUBLICANA MUERE EN PLENA REPÚBLICA

Y llegó el 8 de octubre de 1932, en que Colombine dijo adiós desde la tribuna, en mesa redonda organizada por el Círculo Radical Socialista, en la calle Francisco Ferrer. Era sábado. La disertación era sobre educación sexual y, como buena oradora, no malgastó el último aliento en quejarse; en medio de la fatiga, aún alcanzó a decir: «En las bodas del futuro, al tomarse los dichos, deberá acudir el médico en vez del confesor. Muero contenta, porque muero republicana. Digan conmigo: ¡Viva la República!».

Dos doctores presentes en la sala subieron a socorrerla, el Dr. Estellés e Iranzo, a los que enseguida se unió su médico y amigo personal, Gregorio Marañón.

Así como la protagonista de su última novela, *Guiones del destino*, que había publicado el mes de marzo, murió Colombine de cara al público.

En el Registro Civil de Madrid, quedó registrado su fallecimiento a las 5 de la tarde del día 8 de octubre de 1932. Aunque parece que sucedió la madrugada siguiente, en su domicilio, ya que el acto en que participaba estaba programado a las 21 horas.

Toda la prensa del día 9 de octubre dedicaba titulares a Colombine.

Muerte de una escritora ilustre:

Una vez los tres médicos reunidos, se procedió a hacer una sangría y a la inyección de varias ampollas de aceite alcanforado. Sin embargo, la ilustre escritora continuaba empeorando. A pesar de su estado, conservaba su serenidad. Sin perder energía pronunció estas palabras:

«Muero contenta, porque muero republicana. ¡Viva la República! Les ruego a Vdes. que digan conmigo: ¡Viva la República!». Se avisó a una ambulancia, que trasladó a doña Carmen de Burgos a su domicilio, donde falleció a las dos de la madrugada. (*El Sol*)

A la hora de su muerte, como siempre, allí estaba Catalina, su soporte de toda la vida; su hija llegó más tarde y sufrió una crisis nerviosa abrazada al cadáver de su madre, según informaba el *Heraldo*.

Ese domingo, a las cinco de la tarde, bajo una fina lluvia, partió la comitiva con el féretro cubierto con una bandera (que según que periódicos es una u otra: nacional, de la Cruzada Republicana o quizás fueran las dos) hacia el cementerio civil, ese cementerio por el que ella, conocedora de cementerios, sentía especial predilección. Había publicado el Día de Todos los Santos de 1919 en el *Heraldo*: «Mi cementerio…, sin grandes monumentos ni rebuscados epitafios, parece un amable jardín». Y en ese jardín descansa.

Casi veinte años más tarde, Ramón evocaría ese día en su *Automoribundia*. Dice que mantuvo una conversación telefónica con Carmen, previa a su habitual visita de los domingos, y que ella le había hablado de la extraña agitación en la que se encontraba la tórtola (algunas veces hablaron de esa tórtola, o de otra, que cuando escribían los dos en esa mesa, en forma de piano de cola, una tórtola iba de hombro en hombro).

La tórtola presentía augurios de muerte, como si hubiese visto la sombra de la Huésped invisible. Quedé de luto por aquel gran corazón y pensé que, desde que se va al otro mundo alguien a quien quisimos mucho, ya estamos denunciados allí por seguir viviendo. (Pág. 560).

En Lisboa, se organiza un homenaje en su memoria, recordando el calado de su figura y de su obra, y desde *Portugal Femenino* del mes de noviembre, Ana de Castro:

Carmen de Burgos, a grande escritora espanhola… é um valor mundial que todas as mulheres devem respeitar, embora mesmo nao concordem com a suas creencas e nao estejam a altura do seu pensamento desanuviado e liberto de quaisquer dogmas e preconceitos sociais… Amava mais os seus ideais do que a sua própia vida… E quem sabe se o seu grande e heróico sacrificio ficará ainda longos anos irreconhecido e inútil na sociedade, e principalmente entre as mulheres, ao progresso das quais se sacrificou.

«Oración fúnebre. En la muerte de Carmen de Burgos» es lo que le dedica Blanca Silveira Armesto en *La Libertad* el día 14 de octubre.

Carmen de Burgos era toda inteligencia y corazón; suave y dulce a veces, pero rebelde siempre, constantemente rebelde, aún a través de la sonrisa graciosa y sutil que florecía en su boca. Su vida fecunda fue de una lucha continua y excesiva que enfermó, prematuramente, su corazón ardientemente apasionado y sincero. Trabajó infatigablemente por la realización de todos sus ideales. Vertió su inteligencia vigorosa y fértil a la par que su corazón, cada vez más enfermo de tanto darse a los demás, en el libro y en la prensa, en la cátedra y en la tribuna. Su labor fue extensa y admirable.

Desde el Diario de la Palmas: «… personalidad femenina muy destacada, ocupa puesto relevante en la historia de las letras españolas contemporáneas. Amaba a los humildes y su corazón bondadoso no consentía, sin protesta, las injusticias sociales».

También la abogada Concha Peña hizo el día catorce su necrológica en el *Heraldo*, desde las páginas en que Carmen había hecho las de los que la antecedieron:

Siluetas femeninas. Carmen de Burgos. Al morir Colombine, la gran escritora que conquistó fama mundial, la patria ha perdido una de las más eminentes figuras del feminismo. Yo como homenaje póstumo […] pido al Gobierno de la República y las mujeres todas de España el esfuerzo necesario para perpetuar eternamente el nombre de esta gloriosa mujer, que fue grande en muchas virtudes y disciplinas.

También Blanca Silveira, en su oración fúnebre, le había hecho peticiones a la República:

Nuestra voz noble y sincera suplica al Gobierno de la República, tan amada por ella y a cuyo advenimiento tanto ayudó, un homenaje a su memoria, escribir su nombre en la lápida de una calle, algo en lo que legue su recuerdo a la posteridad, como queda en el corazón de los que supieron comprenderla y amarla.

Desde *El Liberal*, proponían una suscripción colectiva para un mausoleo y una placa conmemorativa en la casa que murió, en Nicasio Gallego nº 1. Desde este mismo periódico, al día siguiente de su entierro, Roberto Castrovido escribía:

In Memoriam. Una gran periodista:

Mujer de exquisita cultura e inteligencia, figura preeminente en el magisterio español, cuyo mérito había traspasado las fronteras… Su muerte deja un vacío muy difícil de llenar en la intelectualidad femenina, por lo extraordinario y vasto de sus conocimientos, y la República ha perdido una de sus más eficaces y decididas defensoras… ¡Colombine, Colombine! Mucho aprendí, gocé y sufrí contigo, en las páginas de tus libros, que son tus hijos inmortales. Mucho he aprendido de amor y perdón humano.

Su viejo amigo, Cansinos Assens, gran amigo de Colombine de su época de la tertulia, exclamó emocionado: «¡Su muerte, con el nombre de la República en los labios, es algo grande, apoteósico, que convierte el hecho natural de morir en un gesto heroico, de luchador que muere en la brecha!».

«Colombine… Colombine, que ha muerto como una verdadera dama roja, con el nombre de la República en los labios» (pág.314. *Novela de un literato*, 3).

Parece que la República, su querida República, hizo oídos sordos a estas peticiones, aunque toda la prensa reprodujo este comunicado, que la Unión Republicana Femenina envió rindiendo tributo a su memoria:

A doña Carmen de Burgos, ilustre precursora de las actuales realizaciones feministas en España, ya que, como periodista, como escritora y como organizadora infatigable de nobles empresas femeninas, laboró toda su vida y hasta el instante de su muerte por los derechos y por los ideales que la República ha venido a consagrar. En consideración a estos singulares méritos y a la alta categoría de escritora, de la insigne mujer que acaba de rendir su último aliento en un viva a la República, la Unión Republicana Femenina, acogiendo un deseo de su presidenta, Clara Campoamor, acordó por unanimidad solicitar al ayuntamiento de Madrid que una calle de esta capital lleve el nombre preclaro de Carmen de Burgos.

También desde su Almería natal, *Diario de Almería*, el 13 de octubre, titulaba, escuetamente:

Carmen de Burgos ha muerto.

Carmen de Burgos, la incansable viajera, la romántica en la literatura; la revolucionaria en la tribuna y en la prensa… Almería debe perpetuar la memoria de tan gran escritora, grabando su nombre en tosco mármol, ya que ella, en su paso por la vida, se cuidó de grabarlo en letras de oro en las páginas de la historia de las letras.

El 19 de noviembre, se realizó un gran homenaje en el Círculo de Bellas Artes, organizado por la Liga y la Cruzada de Mujeres Españolas, con la colaboración de todas las organizaciones feministas, políticas, culturales y de Instrucción Pública, más los amigos de Fígaro y de Riego. Todos los representantes de estas fueron necesarios para ocuparse de las innumerables facetas e intereses en los que Carmen había dejado su vida.

En la posguerra, su nombre estaba en las listas de autores prohibidos por decreto. Los había que salvaban algún libro de dicha prohibición, pero la obra de Carmen de Burgos fue prohibida en su totalidad, junto a la de Gorki, Zola, Voltaire y Rouseau, Sinclair Lewis, Romain Rolland, Eduardo Ortega Gasset, Raúl J. Sender y otros muchos.

De esta prohibición, fuimos así mismo las víctimas, y en nuestras manos está acabar de rescatar su obra y divulgarla, para que las nuevas generaciones sepan de su existencia y no tengan que sorprenderse del silencio y a veces del desprestigio que la ha rodeado.

Personalmente, creo que su repentina muerte nos privó de su mejor libro, de esa novela que siempre quiso escribir, como todo escritor que siempre va en busca de ese libro que no se deja escribir. Le faltó poder sentarse, en el exilio en el mejor de los casos, para, literariamente, entregarnos lo mejor de ella. Su vida fue tan intensa que escribía sobre la marcha sobre la vida, y para ganársela y criar sola una hija. Escribía sobre la vida de aquellos a los que admiró, muertos o vivos, sobre las injusticias del mundo, los olvidados y oprimidos y todos los personajes interesantes con los que se relacionó (literatura de combate) y de todos los aconteceres de la humanidad. Pero le faltó tiempo para sentarse en el atanor y transformar todo eso en su mejor literatura, que, como todos sus empeños, habría llevado a cabo. Su vida no fue dramática; dramática era la vida del resto de españolas en su conformismo que, tocándole vivir los mismos

infortunios —sus maridos les pegaban «lo normal»— no alzaron la voz.

La suya fue una vida difícil, rica, plena, apasionada, interesante, valiente, generosa, transgresora, rompedora, estimulante, humana, muy humana, gozó y sufrió, siempre creativa y vitalista. No le asustaba la vejez, porque no pensaba envejecer como nuestras abuelas, sino seguir viajando y alimentando su espíritu con el arte y la naturaleza, con todo lo innovador; en alguna ocasión, dijo que saber envejecer es una tarea que empieza en la juventud. Y, a pesar de todo, cuando le llegó la parca dijo: «Muero contenta…».

A veces fantaseo con ese libro que hubiera podido escribir en su ancianidad y me resulta un ejercicio muy estimulante. Quiero cerrar estas páginas tomando como epílogo, que muy bien podría estar de epitafio en su tumba, esta frase suya, repetida hasta la saciedad, para que mediten sobre la enjundia de la misma:

«YO ESPERO RESUCITAR POR LA FUERZA
DEL LIBRO QUE NO HABRÉ PODIDO ESCRIBIR».

EPÍLOGO

Estimado lector:

Esto que acabas de leer era el tesoro que para mí guardaba el cortijo de la Unión y que, poco a poco, desde hace treinta años, he ido desenterrando y gustosa he compartido contigo, haciéndote cómplice, pues eso somos los escritores y los lectores: cómplices. Y los libros espejos en los que mirarnos, por eso un libro se multiplica por tantos como lectores tenga. Porque leer es una actividad creativa.

Este libro es fruto del azar, que hizo que un día llegara a mis oídos el nombre de esta mujer, lo cual, unido a mi pasión por la lectura y mi inclinación por lo oculto, lo prohibido, dio estas páginas, cuyo propósito no fue otro que recuperar el recuerdo, un trozo de *memoria colectiva* que nos fue secuestrada. Si lo he conseguido y te he transmitido un poco del entusiasmo con el que lo he escrito, me doy por satisfecha y, sobre todo, agradezco tu lectura.

Me he dirigido a ti en masculino, pero quiero ser justa, por la experiencia que tengo en fomento de la lectura, y decir que, en cuestión de lectura, la mayoría de las personas que practican este bendito vicio son mujeres.

Y ya en confianza, tengo también un anecdotario oral de las gentes del valle de Rodalquilar que no anoté, porque no pensaba yo meterme en esta empresa, pues era pura curiosidad. La que más me sorprendió, hace ya muchos años, fue que pregunté por Carmen a un grupo de vejetes que jugaban a cartas en el Barecillo, pero esta vez dije Colombine, y uno levantó sus ojos picaruelos por encima del abanico de naipes y vino a decirme que él, con ese nombre, solo había conocido un puticlub de carretera.

Me quedé pensando qué tenía que ver ese negocio con la comedia del arte y Colombine. Pero, a medida que me iba internando en el personaje y descubrí en *Almería Bufa*, luego *Almería Alegre*, revistas de su marido, en las que vilipendiaba a «esas marimachos» en la columna que titulaba «Feministas», y dada la costumbre que él tenía de visitar estos garitos, se me encendió la bombilla, entendiendo de quién habría sido la ocurrencia, mientras imaginaba las bombillas de colores en un bar de carretera, parpadeando con el nombre de «Colombine».

Los más ancianos del lugar, como Trinidad en el Barecillo o Pepe Alcaraz y su esposa Ángeles en el valle, o una bibliotecaria ya entonces jubilada de Almería que la conoció bien, y algunos otros, me hablaban de la dimensión humana de Carmen, como persona de bondad y generosidad. Todos murieron ya.

En cuanto al proyecto de crear en el valle un jardín de lectura, el Jardín de Colombine, que presenté en varias instituciones almerienses con buena acogida, ahí sigue, arrumbado en despachos institucionales; el sueño sigue vivo y los sueños no cumplidos se quedan flotando en la atmósfera, hasta que llega otra sensibilidad que los quiera atrapar para soñarlos de nuevo. Siguiendo la estela de nuestra autora, se me ocurre crear un círculo de amigos de Colombine (como Los Amigos de Fígaro o Los Amigos de Riego que ella creara) para darle más fuerza al

proyecto y sacar a Carmen de aquella creencia suya de que sus libros nunca iban a llegar a ese rincón.

A ese rincón llegan, ahora, gentes de todo el mundo, de países por los que ella viajó y de los que escribió, y que podrían leer sus novelas del ciclo de Rodalquilar, en el escenario en que fueron situadas. Está muy bien nadar, bucear o hacer senderismo, pero si a todo eso le añadimos un elemento cultural y antropológico, creo enriquecería el valle camino del Playazo, y ya que Rodalquilar está tan presente a lo largo de toda su obra, hagamos que esta llegue a Rodalquilar.

También tengo otro empeño, acogiéndonos a la Ley de Memoria Histórica: conseguir que se le otorgue el reconocimiento de represaliada por el franquismo.

Afortunadamente, en la docena de años que han pasado desde que escribí estas páginas, el nombre de Carmen de Burgos ya se pronuncia mucho más que en décadas anteriores, por no hablar de hace 40 años, una total desconocida. Se crean fundaciones, centros culturales, premios literarios, con su nombre. Se han reeditado alguna de sus obras. Carmen está resucitando. La *estamos* resucitando. Nada que ver con cuando me embarqué en esta travesía, cuya singladura espero haber llevado a buen puerto. De Carmen he aprendido que hay que ir lanzando semillas al viento, cuyos frutos recogerán otros.

Ahora podemos leer sus libros, que es la forma más certera de conocer a un escritor o escritora.

BIBLIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Mis viajes por Europa (Alemania, Inglaterra y Portugal). Colección Sanz Calleja. Segunda edición.
Mis viajes por Europa (Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega). Colección Sanz Calleja. Segunda edición.
Confesiones de artistas. Colección Sanz Calleja. Vol. 1 y 2.
Los inadaptados. Biblioteca General Caja Granada. l990. Introducción de José María Artero.
Los anticuarios. Madrid. Biblioteca nueva, l919. Fígaro. Imprenta Alrededor del Mundo, l919.
El retorno. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021,
La malcasada. Ed. Sempere. Valencia, l923.
La mujer fantástica. Semperre. Valencia, l924.
Quiero vivir mi vida. Madrid. l929. Biblioteca Nueva.
En la guerra. El cuento semanal. Madrid, 29-10-l909.
El veneno del arte. Los Contemporáneos. 28-1-l910.
El honor de la familia. Cuento semanal. 21-VIII-l911.
La justicia del mar. El libro popular.19-11-l912.
Frasca la tonta. El libro popular. 30-VI-l914.
Villa-María. Madrid.
La novela corta. Nº 8 4-III-l916.
Ellos yellas o ellas y ellos. Madrid. Los Contemporáneos. 2-VI-l916.
Don Manolito. Los Contemporáneos. Madrid 15-XII- l916.
El permisionario. Los Contemporáneos. Madrid.ll.V- l917.
Pasiones. La Novela Corta. 21-VII-l917.
La mejor film. Madrid. La Novela Corta. 21-XII-l918.
La rampa. Los Contemporáneos. 11-VIII-l921.
«Al Artículo 438». La Novela Semanal.1-10-1921.
La mujer fría. Novela Corta. 25-XII-l922.
El suicida asesinado. Novela Corta. 3-VI-l922.
El hastío del amor. Novela Corta. 13-X-l923.
La melena de la discordia. La Novela Semanal 21-XIII- l925.
¡La piscina, la piscina! La Novela de Hoy. 9-V-l930.
Perdónanos nuestras deudas. La Novela de Hoy. II-IX- l931.
Vida y milagros del pícaro Andresillo Pérez. La Novela de Hoy. 26-XII-l930.
Puñal de claveles. La Novela de Hoy. 12-XI-l931.
Guiones del destino. La Novela de Hoy. 4-III-l932.
La emperatriz Eugenia. La Novela Corta. 15-VII-l920.
Semblanza de José Espronceda. Novela corta. 26-IV-l919.
Modelos de cartas. Editorial Sempere. l909.

La mujer jardinero. Editorial Sempere. l912.
Salud y belleza. Ed. Sempere. Valencia. l918.
¿Quiere comer bien? Ed. Sopena.

BIBLIOGRAFÍA DE OTROS AUTORES

Elizabeth Starcevic. *Carmen de Burgos, defensora de la mujer*. Editorial Cajal. Almería, 1976.

Bravo Cela. *Carmen de Burgos. Colombine*. Espasa Calpe, 2003.

Concepción Núñez Rey. *Carmen de Burgos. Colombine en la edad de plata de la literatura española*. Fundación José Manuel Lara. Premio biografías, 2005.

Cansinos Assens. *La novela de un literato.* Madrid. Alianza, l982.

Sainz de Robles. *La promoción del cuento semanal*.

Seoane Mª C. y Saiz Mª Dolores. *Historia del periodismo en España*. Madrid. Alianza editorial, l998.

Zulueta. *Cien años de educación de la mujer española*. Historia del Instituto Internacional. Madrid. Castalia, l992.

Federico García Lorca. *Bodas de sangre.* Edición de Allen Joseph y Juan Caballero. Cátedra. Letras Hispánicas. 18 ed., 2005.

Carmen de Burgos. *La flor de la playa y otras novelas cortas*. Castalia. Instituto de la Mujer. Edición introducción y selección de Concepción Núñez Rey l989. *El último contrabandista. En la guerra. El veneno del arte. El perseguidor. La flor de la playa. El permisionario.*

Gómez de la Serna. *Lo que no dije en automoribundia*. Nuevas Páginas de mi Vida.

Gómez de la Serna. *Nostalgia de Madrid*. Espasa Calpe, l966.

Boletín Ramón. Nº 15. Primavera (de Buenos Aires), 2007.

Andrés Amorós. *Introducción a la novela contemporánea*. Ediciones Cátedra. l985. 8ª edición.

Gómez de la Serna. *Los medios seres*. Teatro inquieto español. Selección de Arturo Hoyos. Aguilar, l967.

Aurora Cáceres (Evangelina) *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*. Editora Tipografía Nacional. Guatemala, 2008.

Fundación Enrique Gómez Carrillo. Presidente Jorge Carro. Profesor de la Universidad Landívar de Guatemala, argentino que conoció a Gómez de la Serna, a Mª Teresa León y a Rafael Alberti en buenos Aires, en los últimos tiempos de su exilio.

Alfonso Reyes. *Tertulia de Madrid.* Espasa Calpe. Buenos Aires, l949.

María Pilar Rodríguez. *Una revisión de modernidad desde la perspectiva de género: Tres relatos de Carmen de Burgos*. Diputación de Almería. Premio de ensayo Carmen de Burgos, 2003.

Fernando García Mercadal. *De la conquista del voto femenino a la democracia paritaria*. Premio ensayo Carmen de Burgos, 2001. Diputación de Almería.

Miguel Naveros. *La ciudad del sol*. Alfaguara, 1999.

Ernesto Milá. *Gaudí y la masonería: Los pasos perdidos del arquitecto*. (l875-l882).

Joan Llarch. *Gaudí: una biografía mágica*. Miguel Angel Foruria y Franco: Masonería.

Álvarez Mª T. *Ellas mismas: mujeres que han hecho historia contra viento y mare*a. Madrid. La esfera de los libros, 2003.

Gómez de la Serna. *Automuribundia*.

Navarrete Galiano. C*armen de Burgos: aproximación a la obra de una escritora comprometida*. Instituto de estudios Almerienses. 1996.

Gustavo Vidal Manzanares. *Masones que cambiaron la historia. 18 semblanzas masónicas*. Editorial Edaf.

Boletín de la Gran Logia de España.

Agustín Penón. *Miedo, olvido y fantasía*. Edición de Marta Osorio. Editorial Comares. Granada, 2009.

Federico García Lorca. *Vida, pasión y muerte*. Ian Gibson. Plaza y Janés, 1997.